

9

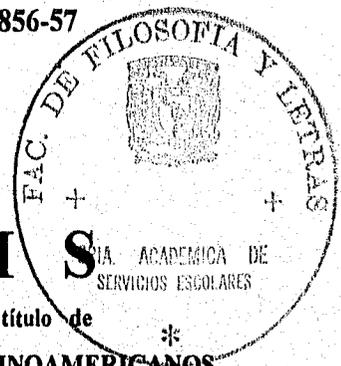
2ej



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA  
DE MEXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**CARACTER Y CONDICIONES  
DEL FILIBUSTERISMO DE WILLIAM WALKER  
EN NICARAGUA, 1856-57**



**T E S I S**

Que para obtener el título de

**LICENCIADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

**P r e s e n t a :**

**FABRIZIO A. MEJIA MADRID**

**FACULTAD DE FILOSOFIA  
Y LETRAS**



**Ciudad Universitaria, México, D.F., 1996**

**COORDINACION DE ESTUDIOS  
LATINOAMERICANOS**

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **Carácter y condiciones del filibusterismo de William Walker en Nicaragua, 1856-57**

|  |     |
|--|-----|
| Introducción.....  | 1   |
| 1. El Destino Seccionalista.....   | 8   |
| 1.1. El antecedente filibustero en Cuba.....                                     | 14  |
| 1.2 El nuevo filibusterismo hacia México .....                                   | 24  |
| <br>   |     |
| 2. William Walker y las condiciones en Nicaragua .....                           | 49  |
| 2.1 La batalla por la ruta nicaragüense.....                                     | 50  |
| 2.2 El regionalismo en Nicaragua .....   | 61  |
| 2.3 Los liberales y las intervenciones .....                                     | 66  |
| <br>   |     |
| 3. Intereses y alianzas de Walker en Nicaragua .....                             | 75  |
| 3.1 El contrato de Walker en Nicaragua.....                                      | 75  |
| 3.2 La guerra de Costa Rica contra Walker .....                                  | 93  |
| 3.3 La presidencia de William Walker en Nicaragua<br>y su proyecto político..... | 97  |
| 3.4 El final del proyecto de William Walker .....                                | 111 |
| <br>   |     |
| 4. Conclusiones .....  | 127 |
| 5. Bibliografía.   |     |

## Introducción

El filibusterismo se ha definido como un fenómeno en el que “ciudadanos o súbditos de cualquier nación hacen la guerra a otro Estado, con el que su propio país está en paz, con objeto de ocuparlo”<sup>1</sup>. Esta definición impone, por lo tanto, el término “filibustero” a una gran cantidad de fenómenos diversos: desde los conquistadores españoles en Latinoamérica hasta los “pioneros” ingleses en Norteamérica. y —sin mediar una declaración de guerra de un Estado a otro— hace depender el ataque del filibusterismo a la voluntad de los individuos que lo emprenden. Sin embargo, esta definición tan general es incapaz de explicar por qué el filibusterismo de los Estados Unidos hacia México, Centroamérica y el Caribe surge con tal fuerza en la década de los años cincuentas del siglo XIX y logra convertir en Presidente de Nicaragua a uno de sus líderes, William Walker.

Durante años, la falta de una idea clara del carácter y condiciones del filibusterismo de la década del 1850 ha atrapado a sus analistas en dos grandes corrientes. Por un lado, los autores que parten de la idea de que el filibusterismo es un resultado de la voluntad de un grupo de individuos ansiosos de poder y riquezas, que salen a una aventura sin más apoyos que sus propias armas. Esta posición se inclina, por lo tanto, a los estudios psicológicos de los expedicionarios o al recuento de sus hazañas militares. La otra corriente se inclina a ver el fenómeno como un resultado de la política expansionista de los Estados Unidos que, escudada en la empresa “privada” de estos aventureros, promueve y financia secretamente sus actividades. Esta posición tiende a producir estudios condenatorios de un expansionismo norteamericano en el que todo, desde la guerra contra México hasta el desembarco de *marines* en Granada, resulta ser lo mismo.

Sin embargo, una mirada atenta al filibusterismo de esos años nos brinda una realidad mucho más compleja y útil para entender las relaciones que América Latina ha tenido no sólo con los gobiernos de los Estados Unidos, sino con la opinión pública de ese país, con sus empresarios e intelectuales. Esa relación está basada en una compleja red de expectativas, prejuicios y formas de conocimiento que muy pocas veces se presentan de forma tan clara como en la

campaña que William Walker emprendió para ocupar Nicaragua.

Desde una perspectiva multidisciplinaria, el filibusterismo puede ser comprendido como el cruce de tres variables: como parte del imaginario social de ciertos grupos que ven en la expansión territorial norteamericana una forma de cumplir con una misión de "regeneración" de América Latina; como resultado de un conjunto de condiciones históricas que hicieron del istmo nicaraguense un terreno fértil para las invasiones filibusteras; y, finalmente, como una empresa que, si bien tuvo que enfrentar las políticas de los gobiernos federales de los Estados Unidos, también estuvo financiada por los capitalistas de Nueva York, auspiciada por un grupo de periódicos de alcance estatal y nacional y por políticos locales, senadores y miembros del gabinete federal, en especial de la Presidencia de Franklin Pierce.

Como parte del imaginario social, entendemos el fenómeno filibustero como un caso especial de la ideología del *Destino Manifiesto*, algo que Robert E. May llamó el *Destino Seccionalista* <sup>2</sup>, es decir, el que se desprende de la disputa entre la sociedad esclavista de los Estados del Sur de Estados Unidos y el Norte por nuevos territorios. Este discurso constituye la expresión de un clima político propenso a la expansión, fácilmente rastreable en los periódicos de la época, y que tiene su origen en las anexiones de los territorios de México y Oregon, con las que Estados Unidos cumple la ocupación desde el Atlántico hasta el Pacífico. Este tipo peculiar del *Destino Manifiesto*, contiene, a su vez, un marcado discurso racial que lo vincula a la pretensión de hacer de las tierras "tropicales" el asiento "natural" de la esclavitud. Sus mentores se conciben a sí mismo como "salvadores" de las repúblicas latinoamericanas, hundidas en el desorden racial (la mezcla) y la inestabilidad política.

En el nivel de las condiciones históricas, entendemos que el filibusterismo responde a la disputa entre Gran Bretaña y los Estados Unidos por el control de la ruta nicaraguense interoceánica, no como un enfrentamiento sólo entre gobiernos, sino como una consigna con la que la opinión pública siente encarnar la "Doctrina Monroe". En este sentido, es también un resultado de las pugnas regionalistas en Nicaragua y de los faccionalismos en Centroamérica que entregan al filibusterismo la posibilidad de presentarse como "elemento estabilizador" en un contexto de desorden político.

Y, finalmente, en el nivel de las condiciones concretas que posibilitaron el filibusterismo, encontramos un grupo bastante definido de financieros, políticos y periodistas que promueven la formación de este tipo de expediciones y que, como en el caso de William Walker, tienen influencia en los funcionarios públicos de los que dependen los embarques, reclutamientos y venta de acciones.

Cruzando estas tres coordenadas, la imagen del filibusterismo nos aparece mucho más compleja y reveladora. No es definible ni como una empresa puramente privada que depende sólo de la voluntad y personalidad de sus agentes ni un plan expansivo encubierto del gobierno de los Estados Unidos contra América Latina. Es, más bien, un movimiento de profesionistas y gambusinos con un fuerte contenido esclavista, promovido por una opinión pública que ve en la expansión hacia el Sur una misión de "regeneración" continental y que aprovecha las condiciones peculiares de Nicaragua y las de las vísperas de la Guerra de Secesión en los Estados Unidos para tratar de imponer sus propósitos.

Se ha escogido el caso de William Walker porque sus expediciones representan, casi de forma paradigmática, las condiciones, dinámica y propósitos del filibusterismo norteamericano. La prensa norteamericana lo llamó "el más grande héroe de la irresistible ley de la colonización moderna"<sup>3</sup> y el gobierno liberal de El Salvador lo llamó "el sucesor de Morazán"<sup>4</sup>. En realidad, el episodio del filibusterismo de Walker en Nicaragua fue definitivo para la historia de Centroamérica, pues su expulsión concretó la organización y reconocimiento de un bloque "anti-filibustero" que posibilitó, a partir de la siguiente década, el predominio de los conservadores en las cinco repúblicas y la instauración de los cultivos de exportación, en especial, el del café. La producción cafetalera impondría la necesidad de ciertas reformas liberales, más moderadas que las que llevaron a su fin al morazanismo, abriendo el camino a los caudillos liberales en todas las repúblicas, excepto en Nicaragua, donde la sombra del intervencionismo liberal no se olvidaría hasta 1893.

En México, la invasión de Walker a Baja California y Sonora sería un factor de presión para que Santa Anna vendiera el territorio de "La Mesilla", venta

que pesaría en el levantamiento armado contra su dictadura.

A pesar de su importancia definitoria para el futuro de las repúblicas centroamericanas, los estudios sobre el filibusterismo de William Walker son escasos y fragmentarios. Los historiadores norteamericanos tienden a concentrarse en la personalidad del filibustero y en sus motivaciones supuestamente "quijotescas". Por su parte, los historiadores centroamericanos tienden más a la exaltación de la guerra "anti-filibustera" como momento fundacional de la lucha "anti-imperialista". En México, sólo encontramos menciones en relación a la posguerra con Estados Unidos. Pero, a casi ciento cincuenta años de la presidencia de Walker en Nicaragua, sus biógrafos continúan interpretando sus verdaderos propósitos. Uno de ellos, Albert Z. Carr, desvincula al personaje de su contexto:

Walker se dejó llevar por su idealismo y ambición; una combinación irresistible, cuando su meta es la misma. Creía de todo corazón que las instituciones democráticas de los Estados Unidos constituirían una esperanza para los pueblos del mundo y que todo americano tenía la obligación de llevar la luz de la democracia a sus vecinos en penumbras. Al mismo tiempo sostuvo en su corazón el heroico sueño de la fama mundial. Toda sus aspiraciones secretas se centraban en derrotar a sus enemigos y obtener la victoria en los campos de batalla, pero en el nombre de los derechos, la justicia y los Estados Unidos.<sup>5</sup>

El más acusoso historiador del filibusterismo, William O. Scroggs, disculpa su esclavismo con los altas metas de la estabilidad y el progreso:

Walker pudo haber puesto fin a la anarquía y fundar un imperio tropical sobre las ruinas de un desdichado ensayo de democracia. Que su triunfo hubiera redundado en provecho de la civilización, pocos habrán, tal vez, en vista de la situación actual de la América Central, que se atrevan a negarlo.<sup>6</sup>

Otro ensayista del filibusterismo, Robert E. May, también desata las redes que se tejieron alrededor de Walker y confunde los deseos de su personaje con lo que realmente sucedió en Nicaragua:

Irónicamente, nos parece que Walker tenía muy pocas intenciones de promover un imperio para beneficio de los Estados esclavistas, a pesar

de sus pronunciamientos públicos. Es evidente que quería el poder en Nicaragua para sí mismo. Y es probable que deseara el imperio centroamericano para su propio beneficio. Walker promovió el apoyo del Sur como un medio para sus fines personales.<sup>7</sup>

Alejandro Hurtado Chamorro, de la Academia de la Lengua de Nicaragua, disculpa el esclavismo de Walker en su país con un argumento curioso:

Su objetivo es interesado, tiende a suscitar la simpatía del Sur para obtener su apoyo. Consecuentemente con ese propósito, Walker tenía que hacerse pasar como un propagandista exaltado de la esclavitud (...) No revela en sus argumentos a favor de la esclavitud, una verdadera y sincera convicción de la doctrina. Se sobrepasa en su actuación, revelando con ello artificiosidad. Su insistencia provoca la sospecha del lector.<sup>8</sup>

Desde otra perspectiva, Gregorio Selser, también concentrado en el personaje y no en el carácter y condiciones del filibusterismo, describe a Walker como

“mezcla de cruzado medieval, Napoleón de opereta y Alejandro de pacotilla, un producto típico de esos años de conquista alegre y despreocupada en que los ‘soldados de fortuna’, es decir, los mercenarios, se alquilaban al precio de comida y bebida cotidiana, a cuenta de portentosas porciones de fabulosas ínsulas de Barataria.”<sup>9</sup>

Es obvio que todas estas perspectivas resultan útiles, pero el objetivo de esta tesis es desplazar el centro de atención del personaje a las condiciones históricas que generaron el carácter de su filibusterismo. Desde ese marco, cruzado por las coordenadas que ya esbozamos, esta tesis pretende demostrar tres hipótesis:

- 1) Que los propósitos de William Walker eran la constitución de un “imperio” esclavista en Centroamérica y Cuba, cuyas tierras serían compradas por los plantadores del Sur de los Estados Unidos. Este “imperio” sería una salida a la esperada secesión de los Estados Unidos y consideraba a los países de América Latina como un dique para detener la expansión del Norte yanqui.
- 2) Que este propósito estaba más allá de la voluntad del personaje; era compartido por otros filibusteros y financieros de esa compleja red de expectativas e intereses que se formó en tres ciudades de los Estados Unidos

—San Francisco, Nueva Orleans y Nueva York— y cuyos triunfos y derrotas más importantes personificó Walker en Nicaragua.

3) Que las condiciones que permitieron el filibusterismo de Walker en Nicaragua —la disputa por una ruta interoceánica, los regionalismos en Centroamérica y el interés de los gobernantes norteamericanos en la expansión territorial— cambiaron con la propia invasión filibustera, que provocó la formación de un bloque anti-filibustero que incluyó a la oligarquía agrícola y comercial centroamericana que no estaba dispuesta a perder sus propiedades; a las comunidades indígenas a las que se les confiscaban sus productos de autoconsumo; a Costa Rica que buscaba un control cabal sobre la ruta del Tránsito; a Gran Bretaña y sus aliados locales, cuyos intereses comerciales y territoriales eran hegemónicos en la zona y reconocidos por los propios Estados Unidos en el Tratado Clayton-Bulwer; los capitalistas del Norte, representados por los intereses canaleros de Vanderbilt y, por último, el propio gobierno de los Estados Unidos, para quien Walker representó, sucesivamente, un elemento de presión y, más tarde, un obstáculo para sus intereses en los istmos de Tehuantepec, en México, Nicaragua y Panamá.

Para demostrar estas tres hipótesis, se ha recurrido a fuentes norteamericanas que, a su vez, están basadas en fuentes primarias. Aunque las perspectivas de estas fuentes tiendan, en su mayoría, a la biografía del personaje, la riqueza de sus datos primarios permite un análisis histórico de más largo aliento, pues se tratan de los vínculos entre filibusteros, prensa, políticos norteamericanos y financieros. Resulta por ello sorprendente que muchas de estas fuentes no puedan consultarse en México, ni existan traducciones en Centroamérica. Debido a esa lamentable omisión, esta tesis pretende ofrecer también un panorama, aunque breve, del conocimiento que los norteamericanos tienen de este filibustero. En general, las fuentes norteamericanas no toman en cuenta, por extraño que nos parezca, las condiciones políticas, sociales y económicas en Centroamérica y hacen caso omiso del imaginario social norteamericano expansivo. Por ello, se decidió enmarcar los datos que estas fuentes norteamericanas nos facilitan en un esquema de análisis histórico interdisciplinario que tomara en cuenta las coordenadas que mencionamos más arriba.

## Notas

- <sup>1</sup> Alejandro Hurtado Chamorro, *William Walker. Ideales y propósitos*, Granada, Academia Nicaragüense de la Lengua, 1965, p. 25.
- <sup>2</sup> Robert E. May, *The Southern Dream of a Caribbean Empire, 1854-1861*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1976, p. 5.
- <sup>3</sup> *Ibid.*, p. 78.
- <sup>4</sup> William O. Scroggs, *Filibusteros y financieros*, Managua, Banco de América, 1975, p. 167.
- <sup>5</sup> Albert Z. Carr, *The World and William Walker*, West Port, Greenwood Press, 1975, p. 81.
- <sup>6</sup> William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 413.
- <sup>7</sup> Robert E. May, *op. cit.*, p. 134.
- <sup>8</sup> Alejandro Hurtado Chamorro, *op. cit.*, p. 223.
- <sup>9</sup> Gregorio Selser, *Nicaragua: de Walker a Somoza*, México, Mex-Sur, 1984, p. 8.

## 1. El Destino *Seccionalista*

Tras la guerra contra México (1846-1848), la idea de que los Estados Unidos debían extender su territorio hacia Centroamérica y el Caribe se generalizó.<sup>1</sup> Esta idea compartía los rasgos básicos del *Destino Manifiesto* de la década de 1840:

Una expansión prefigurada por Dios en una región no definida claramente. En cierto imaginario significó la expansión sobre una zona hacia el Pacífico; en otros, sobre Norte América y, en otro más, sobre todo el continente. Pero lo distintivo es que su credo apela a la opinión pública. Para mediados de la década de 1840, atrajo a tanta gente que constituyó un movimiento (...) Ese Destino Manifiesto significaba la oportunidad de otras tierras de ser admitidas en la Unión Americana. Cualquier comunidad, establecida en autogobierno por contrato o revolución existosa, podía aspirar a su anexión.<sup>2</sup>

En el caso de las “nuevas repúblicas” que no pidieran su anexión, el *Destino Manifiesto* de los años cuarentas podía apelar a una opinión pública ansiosa de nuevas tierras desaprovechadas:

Nuestro camino no es sobre las naciones en desgracia, sino sobre los desiertos que debemos rescatar con nuestra industriosidad y energía en el dominio del arte y la civilización. Nuestro sentimiento público repudia cualquier posesión desaprovechada, y ese sentimiento está gradualmente adquiriendo la fuerza para establecer la ley: ha enviado a nuestros aventurados pioneros a Texas y los llevará al Río Norte, y esa frontera, puramente nominal y convencional como es, no los detendrá en su marcha hacia el Pacífico, el límite que la Naturaleza nos ha dado.<sup>3</sup>

Pero, una década más tarde, en los años cincuenta del siglo XIX, la idea del *Destino Manifiesto* adquirió nuevas configuraciones. Por un lado, un acentuado sesgo racial contra los vecinos hispanoamericanos:

Los mexicanos son las personas más brutales, bárbaras e ignorantes de todos aquellos que demandan el derecho de ser hombres blancos civilizados —los cobardes, traidores y feroces mestizos—, porque son ladrones, asesinos, fugitivos, ajenos a toda descripción justa.<sup>4</sup>

La mezcla racial como principio de degradación política y social era la contraparte del progreso.<sup>5</sup> Las repúblicas hispanoamericanas, sin posibilidades de redención interna, debían esperar la llegada de una solución externa y pura que les redimiese: "Las miserables repúblicas de Centroamérica, habitadas por una mitad degradada de la humanidad, agradecerían un gobierno Anglo-americano"<sup>6</sup>. Ese agente externo se sustentaba en la figura del pionero: "Hemos encontrado nuestro límite en el Oeste. La costa del Pacífico y los desiertos centrales de Norte América ya se vinculan en el mismo desarrollo. Debemos mirar hacia el sur, donde las naciones y razas en degeneración nos invitan a entrar"<sup>7</sup>

Antes de 1850, la expansión hacia el Caribe, México y Centroamérica no contenía este sesgo sureño-esclavista:

Antes de la década de los cincuenta, la división fundamental sobre la cuestión de una expansión hacia el Caribe, se estableció entre *whigs* y Demócratas y no entre Norte y Sur. El ala expansionista del Partido Demócrata se inclinaba hacia las islas del Caribe, mientras que los *whigs* frecuentemente bloqueaban estas iniciativas. El Presidente demócrata, James K. Polk, fue el único gobernante que trató de comprar Cuba antes de 1850 y los demócratas del oeste encabezaron el movimiento para ocupar todo México ("All México") en la guerra de 1846. Los *whigs*, por su parte, se opusieron a la guerra contra México y, a la propuesta de Polk de adquirir la península de Yucatán en 1848. No fue sino hasta que se planteó el problema de esclavitud en los nuevos territorios anexados de México, que la división se polarizó entre Norte y Sur.<sup>8</sup>

Junto con la incapacidad biológica de los habitantes de México, Centroamérica y el Caribe por hacer progresar sus países, los expansionistas de los años cincuenta idealizaban las potencialidades naturales de la región que llamaron "El Gran Lago Norteamericano", el Golfo de México, un "paraíso no aprovechado": "La fertilidad de las costas nicaragüenses sobrepasa a la del Delta del Río Nilo. Por ello, Nicaragua podría convertirse en unos cuantos años en uno de los países más ricos del mundo".<sup>9</sup>

Pero lo que hace realmente distintivo a este *Destino Manifesto* de 1850 son los vínculos entre el desdén por lo mestizo y la idealización del trópico con el ensanchamiento de la esclavitud:

A pesar de que muchos de los países del Caribe, Centroamérica y Sudamérica habían abolido la esclavitud, los sueños creían que podía ser restaurada. El senador Albert Gallatin Brown planteó el asunto directamente al Congreso de Mississippi: "Quiero Cuba y creo que, tarde o temprano, la tendremos. Quiero Tamaulipas, Potosí (*sic*) y uno o dos estados mexicanos más; y los quiero por la misma razón — para sembrar y expandir la esclavitud. Y una posesión en Centroamérica nos ayudaría poderosamente en la adquisición de esos estados". Otro de los voceros del esclavismo sureño, George Fitzhugh, imaginaba esclavos en México y Centroamérica que produjeran el algodón, arroz, café y tabaco que "los blancos y Europa urgentemente requieren".<sup>10</sup>

Restaurar la esclavitud en un "imperio caribeño"<sup>11</sup> respondía a la necesidad del Sur norteamericano de reestablecer el equilibrio político en la Casa de Representantes, o bien, prepararse para la secesión.<sup>12</sup> Con argumentos raciales, los sureños imaginaban que, adquiriendo los territorios del Golfo de México, los negros estarían en condiciones de migrar: "Imagínense, ustedes caucásicos, trabajando en el rayo del sol tropical y durmiendo en sus enormes planicies y pantanos. ¡No! Esos recursos deben de ser trabajados final y plenamente por la raza que Dios en su misericordia formó y creó para tales regiones".<sup>13</sup> La migración de los negros a Centroamérica y el Caribe dejaría al Sur de los Estados Unidos "libre de revueltas raciales y fricciones relacionadas con el asunto de la esclavitud y, eventualmente, podría decretarse una emancipación, cuando ya no hubiera una población importante de negros".<sup>14</sup>

Además del equilibrio interno entre Sur y Norte, los sueños veían en la expansión hacia el Caribe y Centroamérica la apertura de una nueva era de desarrollo agrícola y comercial. El gobernador de Luisiana, John Wickliffe, argumentó así su propuesta de adquirir Cuba:

Si Cuba es anexada, La Habana se convertiría rápidamente en el gran centro comercial del sur y, en unos años, rivalizaría con Nueva York, al concentrar el comercio de los puertos sudamericanos, de todos los puertos del Norte y Sur del Pacífico con la vía a través del istmo y, con ella, de los productos de Asia."<sup>15</sup>

Este imaginario de un "Lago Norteamericano" desorganizado pero explotable es el trasfondo de las campañas filibusteras que ciudadanos norteamericanos encabezaron contra los estados del norte de la República Mexicana, Cuba y Nicaragua. Lo relevante de esta idea expansionista es su carácter *seccionalista*, es decir, vinculado a los intereses, instituciones e identidades culturales de un sector de la Unión americana, del Sur de los Estados Unidos: por su situación geográfica, clima e incapacidad de sus razas mestizas, las tierras tropicales invitaban a los "pioneros" de 1850 a prolongarse en una "federación militar y esclavista".

El surgimiento de este tipo especial de *Destino Manifiesto* obedeció a varias razones internas y externas. Por un lado, el agudizamiento de las contradicciones políticas entre Norte y Sur en torno al carácter libre o esclavista de los nuevos territorios de la Unión, que llevaría al compromiso de dejar a la "soberanía popular" de los territorios, a través de sus legislaturas locales, determinar qué instituciones preferían. Como los nuevos territorios adquiridos de México no eran aptos para el desarrollo de la plantación esclavista, los sureños temían verse rodeados, en unos años, por estados abolicionistas que, con la mayoría en las cámaras de representación, pudieran prohibir la posesión de esclavos. Este temor, no del todo infundado (la crisis nacional en torno al destino de Kansas-Nebraska así lo demostraría), expresaba sobre todo los cambios económicos dentro del propio Sur a partir de 1850:

En los primeros años del 1850, el algodón aceleró su marcha hacia el oeste, hasta que, en 1859, 1.3 millones de los 4.3 millones de pacas producidas en toda la Unión, venían de estados ubicados al oeste de Mississippi. Virginia conservó su importancia unitaria como productor de tabaco, pero los estados al oeste de los Apalaches producían más de la mitad del total para la primer mitad de los 1850's. La incorporación del tabaco rubio, que crecía mejor en suelos pobres, estimuló notablemente este cambio. Las secciones tabacaleras más antiguas en Maryland, Virginia y Carolina del Norte diversificaron sus cultivos a la manera del

noreste. Para 1850, la cosecha de trigo en Virginia duplicó en valor a la del tabaco. <sup>16</sup>

Simultáneo a este cambio de productos agrícolas en la década mencionada, las plantaciones de esclavos sufrieron un proceso de concentración de la mano de obra y de las unidades agrícolas, aunado a una falta creciente de capital:

La importancia creciente del algodón en todo el Sur reforzó la necesidad de contar con más esclavos en la región. La demanda hizo que el precio de esclavos se incrementara hasta mil ochocientos dólares en la década de los cincuenta, tres veces más que en los veinte. A medida que los esclavos se volvían más costosos, los propietarios de éstos se concentraban. En 1850, sólo 254 personas poseían doscientos o más esclavos. Diez años después, 46 mil de los casi ocho millones de habitantes blancos de estados esclavistas tenían hasta veinte esclavos. La tendencia en el Sur fue la concentración de la tierra y de la mano de obra. <sup>17</sup>

Tenemos, entonces, un proceso simultáneo de concentración de los factores de la producción esclavista y de aislamiento territorial y político de los plantadores con respecto a los nuevos estados de la Unión; dos fenómenos que se conjugaron para consolidar el expansionismo *seccionalista* y las campañas filibusteras hacia tierras tropicales como prolongación del imaginario sureño. Se trata de una agudización gradual de los peligros del cambio —diversificación de cultivos, industrialización nortea, concentración de la población ciudadana en las ciudades, restricciones para la trata de esclavos, fugas de negros hacia estados del oeste— y por ello encontramos personajes cuya posición con respecto a la esclavitud y la secesión es moderada (como el mismo Walker), quien, aparentemente, sufrirá un proceso de radicalización *seccionalista*, a la par que el proceso de enfrentamiento Norte-Sur se agudiza. Este punto será abordado con mayor amplitud.

Otra de los rasgos característicos del filibusterismo que pueden ser comprendidos con base en fenómenos de cambio estructural en los Estados Unidos es la participación de agentes financieros y políticos de Nueva York en las campañas invasoras a México, Centramérica y el Caribe. El origen de esta participación es una mezcla de intereses económicos entre el Sur esclavista y

los comerciantes de los puertos del Noreste:

En 1840, *Hunt's Merchant Magazine* estimaba que el costo de transportar una paca de algodón de una granja a un puerto era de 2.85 dólares. Con los cargos adicionales por almacenamiento, aseguramiento, tarifas portuarias y embarque, el costo ascendía a 15 dólares. Fueron los capitalistas de Nueva York los mismos que gradualmente empezaron a controlar el transporte y el comercio del algodón sureño y, además, los que abastecieron de productos importados a los plantadores y sus familias. El Sur no tenía más alternativa: su capital estaba atado a la posesión de la mano de obra".<sup>18</sup>

Este papel de los empresarios neoyorquinos como enlace de los estados esclavistas con el mercado externo hace comprensible su participación financiera —por medio de bonos— en las expediciones filibusteras y diluye la confusión que algunos autores quieren ver en ella.<sup>19</sup> Más aún, el papel de los periódicos neoyorquinos en el filibusterismo no debiera subestimarse. En 1850 había alrededor de dos mil quinientas publicaciones periódicas, casi mil más que en 1840.<sup>20</sup> El *Herald* de Nueva York tenía una circulación de 17 mil ejemplares diarios. "Nunca antes la prensa extendió tanto su poder. Columnas y noticias hicieron posible por primera vez en la historia conformar la opinión pública de los americanos tan rápido y a escala nacional".<sup>21</sup>

Vinculado al problema de las relaciones de la economía esclavista con el mercado interno y externo se encuentra el asunto del transporte hacia el Pacífico. En enero de 1848, mientras las tropas norteamericanas se asentaban en la Ciudad de México en espera de la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, en el valle de Sacramento, California, se descubría oro. Además de generar una renovada migración hacia el oeste y la rápida incorporación de California como estado no-esclavista a la Unión (octubre de 1849), la "fiebre del oro" puso de manifiesto la necesidad de contar con una comunicación más rápida entre la costa este y la oeste. Los sucesivos proyectos de construir vías férreas transistmicas, que más tarde podrían convertirse en canales marítimos en Tehuantepec, Nicaragua y Panamá reforzaron las misiones de conquista en esas zonas. Pero más allá de esta evidencia, las expediciones filibusteras se concentrarán en una nueva disputa *seccionalista*: si el nuevo ferrocarril

transita del Pacífico hacia Chicago, el Norte se beneficia (de hecho, este asunto fue el detonante para la propuesta de organizar la administración de Nebraska), pero, si se dirige a Memphis o Nueva Orleáns, es el Sur el beneficiado.<sup>22</sup> Como veremos más adelante, la expedición de William Walker a Sonora tuvo como resultado la compra a México del territorio ("franja de Gadsden" o "La Mesilla") necesario para llevar a cabo este proyecto.

Es esta compleja red de intereses en torno al Sur de los Estados Unidos el trasfondo del surgimiento del filibusterismo de mediados del siglo XIX, sin cuya mención resulta incomprendible el camino que siguió en Nicaragua. Como imaginario colectivo, la posibilidad de un "imperio caribeño" esclavista adquirió una dinámica característica que incluye la utilización intensiva de la propaganda impresa, la venta de bonos en el mercado financiero para pagar la invasión, el apoyo de políticos y jueces norteamericanos para no ser castigados por la violación a la Ley de Neutralidad, y, finalmente, el intento de generar en la población invadida un sentimiento de solidaridad hacia el invasor como redentor de pueblos degenerados y ávidos de progreso. Se trata, por una parte, de agitar a una opinión pública propensa al *Destino Seccionalista* y, por otra, de presentar al grupo promotor de todas las expediciones filibusteras —el llamado "Club de Nueva Orleáns"<sup>23</sup>— como un movimiento espontáneo de agentes de la "joven América" que van en ayuda de los demócratas de Centroamérica y el Caribe. Esta dinámica queda al descubierto en la campaña filibustera de Narciso López en Cuba (1851), cuyos principales contactos públicos y agentes apoyaban, más tarde, a William Walker en Nicaragua.

### 1.1 El antecedente filibustero en Cuba

Entre la guerra contra México (1846-48) y la de secesión en los Estados Unidos (1861-1865), la anexión de Cuba como estado de la Unión fue promovida desde la presidencia —James K. Polk, Franklin Pierce y James Buchanan—, el Congreso y el grupo demócrata conocido como "Young America" —Stephen Douglas, John L. Sullivan, Lewis Cass, entre otros.<sup>24</sup> Pero la dinámica del filibusterismo no está determinada por las políticas

oficiales de los Estados Unidos; más bien, actúa de acuerdo a sus intereses particulares, aunque sea en contra de las leyes y decisiones estatales.

Del lado cubano, los interesados en la anexión eran numéricamente menores que los norteamericanos, pero con un peso específico considerable en la economía insular: "La Junta de La Habana", un grupo que veía en la anexión a los Estados Unidos la única vía para separarse del dominio español.<sup>25</sup>

Los norteamericanos combinaban sus deseos expansionistas hacia Cuba con su temor a la degradación racial, histórica y política con referencias claras a la Doctrina Monroe de 1823: "Cuba es el último reducto en el nuevo continente de una Nación enferma y decrepita"<sup>26</sup> o "La posibilidad de que Gran Bretaña tome por asalto la isla pone en grave riesgo nuestra seguridad".<sup>27</sup>

Pero el asunto central que unía a plantadores cubanos y políticos norteamericanos era la esclavitud. El rumor recorrió la prensa del Sur y de Nueva York: España aboliría la esclavitud en Cuba, a instancias de Gran Bretaña.<sup>28</sup> Desde 1817, Gran Bretaña había impulsado un tratado con España que teóricamente eliminaba el comercio de esclavos en Cuba.<sup>29</sup> El interés de Gran Bretaña en la trata de esclavos en Cuba no estaba motivado por razones humanitarias o de igualdad jurídica, sino por fuertes componentes comerciales:

Cuba se había convertido, con el uso de esclavos, en la más fuerte competidora de las *sugar islands* inglesas. Con la firma del tratado de 1817, Inglaterra se proponía romper la competitividad cubana y que ésta rivalizara en igualdad de circunstancias con sus colonias, donde desde 1808 se había declarado abolido el tráfico de esclavos (...) España recibió de aquella nación 400,000 libras esterlinas como indemnización en 1817. Sin embargo, en los planes de España no estaba acatar el tratado. Cuando en mayo de 1820 se cumplió el plazo para terminar el comercio de esclavos, éste no se interrumpió, antes bien empezó una nueva etapa en la que la ilegalidad y la clandestinidad fueron causa de condiciones todavía más adversas en el trato hacia los esclavos.<sup>30</sup>

Al ver incumplidos los acuerdos, Inglaterra vuelve a obligar a España a un tratado complementario en 1835, en el que se establecían penas y multas para los que contrabandearan con esclavos. Pero, entre noviembre de 1840 y junio de 1842, David Turnbull, cónsul británico en La Habana y, además, presidente

de la *Anti-Slavery Society* inglesa, promovió un acuerdo para que una comisión hispano-británica elaborara un censo de esclavos introducidos ilegalmente en la isla desde 1820. Estos esclavos serían liberados, en cumplimiento del tratado de 1817.<sup>31</sup> La llegada de Turnbull como cónsul general británico en Cuba coincidió con la toma de posesión de Gerónimo Valdez como nuevo capitán general de España en la isla. Frente a los rumores de una eventual abolición de la esclavitud, los plantadores cubanos acudieron a pedir la intervención del senado norteamericano para que se protegieran sus propiedades. Ante esta presión, Valdez optaría en 1840 por no obedecer a la Corona Española en la aplicación de los tratados con Gran Bretaña.<sup>32</sup> Y la misma Inglaterra decidiría un cambio de táctica hacia mediados de 1842:

Lord Aberdeen ministro de Relaciones Exteriores inauguraba un periodo de acercamiento hacia los Estados Unidos, por lo que abandona sus presiones sobre la isla. Detrás estaba la idea —al igual que en la concepción norteamericana— de que era preferible mantener a Cuba en la misma situación a que cayese en manos de los Estados Unidos. Como resultado de las modificaciones inglesas, el cónsul Turnbull hubo de renunciar a su cargo en la isla (...) Fue algo contradictorio: el inicio del proceso de liberación de la esclavitud en Cuba fue rápidamente frenado por quienes más interesados habían estado en llevarlo a cabo. Sin embargo, si bien por el momento se terminó la presión inglesa por la esclavitud existente en la isla, aparecieron las rebeliones de esclavos en respuesta.<sup>33</sup>

En ese mismo año, la capitanía general vuelve a cambiar en Cuba, debido a la caída de la regencia de Espartero en España y el regreso de María Cristina. En septiembre de 1842, Valdez fue sustituido por Leopoldo O'Donnell, quien reprimió todo indicio de rebelión esclava.

Más que una decisión política, la reducción de los mecanismos esclavistas para hacerse de mano de obra fue resultado de un proceso económico de largo aliento. En la determinación de aminorar el peso de la esclavitud en los procesos productivos de Cuba se combinaron tres factores: el miedo a la "haitinización" de la isla (la revuelta de "la Causa de la Escalera" se efectuó en 1844), el aumento de los precios de los esclavos provocado por la clandestinidad en el tráfico, y el crecimiento de la demanda de azúcar en el

mercado mundial. Una minoría ilustrada y una pequeña porción de plantadores azucareros empezaron a ver las contradicciones que la mano de obra esclava generaba al interior de una producción que necesitaba más que nunca de la introducción de adelantos tecnológicos que sólo podrían ser operados por trabajadores asalariados. A lo largo del siglo XIX, Cuba tendería a separar en dos su producción azucarera: la mano de obra esclava dedicada al cultivo de la caña de azúcar y un sector de trabajadores libres que se encargó de la transformación y refinación del azúcar.<sup>34</sup>

Como efecto de estos factores, entre 1847 y 1849, España implementó un programa de contratos por ocho años como forma de atraer mano de obra china y de indios de Yucatán. Esta recomposición racial del sistema esclavista en Cuba se debió a los temores de los plantadores cubanos frente al aumento de los negros traídos de África con respecto a la población española. En ese incremento de negros, los blancos respiraban una rebelión tipo Haití.<sup>35</sup>

La verdad sobre la introducción de esclavos chinos no correspondió a los rumores en el Sur de Estados Unidos. El temor de que España cediera a la propuesta británica intensificó las relaciones del "La Junta de La Habana" con los políticos norteamericanos, quienes veían dos escenarios posibles: si los británicos conseguían la liberación de los esclavos ilegalmente introducidos a Cuba, los estados del Sur de los Estados Unidos podrían abastecer de esa mano de obra a las plantaciones cubanas y, si Cuba se anexaba a la Unión, los políticos del Sur se comprometían a disipar cualquier tipo de emancipación de esclavos.<sup>36</sup>

Del lado de los reformistas cubanos, la anexión era vista como la respuesta posible a la represión generalizada que encabezaba O'Donnell y a los problemas derivados del conflicto con los esclavos:

No sólo se encontraría en Estados Unidos el apoyo para mantener la esclavitud, sino que se resolverían de esta manera problemas surgidos por la incapacidad de España para entender las necesidades de la isla (libertad de comercio, impuestos bajos, libertad política, etcétera). Personajes como Gaspar Betancourt Cisneros ("El Lugareño"), Miguel Aldama, Cirilo Villaverde, José Aniceto Iznaga y otros cubanos importantes participaron en la organización de proyectos que liberarían a la isla con la anexión a Estados Unidos.<sup>37</sup>

Los proanexionistas en ambos bandos buscaron desde 1848 a un líder filibustero que promoviera un desembarco. Se lo propusieron a William Worth, un general de la guerra contra México, y a John L. O'Sullivan, el político que acuñó el término *Destino Manifiesto* en el *Morning News* de Nueva York en diciembre de 1845, a raíz de la anexión de Texas.<sup>38</sup> A principios de la década de 1850, los proanexionistas pasaron a la planeación de una expedición filibustera, de acuerdo al nuevo imaginario sureño del *Destino Seccionalista*. El depositario fue Narciso López, militar venezolano que había participado en las campañas españolas contra Simón Bolívar, que había tenido puestos gubernamentales en la administración colonial en Trinidad —había sido destituido por el mismo O'Donnell— y quien, tras algunos fracasos financieros, había decidido unirse a la fracción criolla anti-colonial en la isla. En 1848, había huido a Estados Unidos, en medio de un arresto masivo de revolucionarios cubanos de la llamada "Conspiración de la Mina de la Rosa Blanca" y, para julio de 1849, ya tenía dos batallones de reclutas en Nueva York y Nueva Orleáns para invadir Cuba y solicitar su anexión a la Unión.<sup>39</sup>

Sin embargo, López fracasó. Se vio envuelto en una de las dinámicas características del filibusterismo en los Estados Unidos: mientras algunos gobernadores y funcionarios de estados portuarios promovían embarques filibusteros, la Presidencia de los Estados Unidos prohibía esos embarques con rumbo al Caribe, de acuerdo a la Ley de Neutralidad de 1818, que establecía restricciones a campañas militares contra Estados que eran compatibles con las instituciones liberales, prohibía los alistamientos para el servicio militar extranjero a los ciudadanos norteamericanos y cualquier pacto para transgredir dichos límites con el objetivo de entrar a esos alistamientos; también condenaba, bajo diversas penas, a los "corsarios" que se armaran y organizaran expediciones contra Estados nacionales extranjeros y contra sus territorios reconocidos.<sup>40</sup>

En el caso de Narciso López, el Presidente Zachary Taylor, en acuerdo a la Ley de Neutralidad, decretó una proclama contra la expedición y ordenó a su

secretario de Estado, John Clayton, que bloqueara la salida de los barcos filibusteros en Nueva Orleáns y decomisara el contenido de las embarcaciones en Nueva York.<sup>41</sup> El operativo desalentó a los filibusteros, que huyeron de un probable arresto.

Tras esta derrota legal, López puso en marcha la respuesta paradigmática del filibusterismo: aliarse a los políticos del Sur para obtener recursos y apoyos legales. Obtuvo el respaldo financiero del gobernador de Mississippi, John Quitman, quien, además, le dotó de reclutas.<sup>42</sup> y del apoyo propagandístico indispensable para toda aventura de invasión: los periódicos. El editor del *Delta* de Nueva Orleáns incluyó en sus páginas noticias de una rebelión cubana contra el dominio español y los términos en que los reclutas voluntarios serían pagados al triunfo de la expedición filibustera. Donó también dinero a la causa anexionista e, incluso, puso las oficinas de su periódico como dirección oficial de la campaña de López.<sup>43</sup> El otro financiador característico del filibusterismo, el plantador algodónero, está simbolizado, en este caso, por la participación de John Henderson, senador por Mississippi.<sup>44</sup>

La primavera de 1850, los seiscientos reclutas de Narciso López tomaron Cárdenas, Cuba. Casi todos eran norteamericanos<sup>45</sup> y, debido a ello, fracasaron en el intento por convencer e involucrar a la población local en una rebelión anti-española. Perseguidos por las tropas coloniales, los reclutas de López huyeron hacia Key West, Florida, donde los marinos norteamericanos los arrestaron por violación a la Ley de Neutralidad.<sup>46</sup> En seguida encontramos otro rasgo característico de estas expediciones: el juicio federal a los involucrados y su exoneración casi inmediata, debido a la presión de la opinión pública. A López, Henderson y Quitman se les procesó por un jurado federal que les absolvió.<sup>47</sup>

Para el verano de 1851, López partió de Nueva Orleáns con cuatrocientos hombres rumbo a Cuba. Esta vez dividió sus fuerzas en dos batallones: el que él comandaba desembarcaría y el que encabezaba William Crittenden (sobrino del Fiscal General de los Estados Unidos, John Crittenden) cuidaría los abastecimientos de armas y la retaguardia. De nueva cuenta, la poca simpatía que su esfuerzo bélico provocó en los cubanos, los convirtió en un enemigo

menor para las fuerzas españolas apostadas en la isla. Contaban con apoyos en torno a la isla: la Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe del hacendado abolicionista Joaquín de Agüero y un grupo patriota de Trinidad encabezado por Isidro Armenteros. Pero era necesario el apoyo militar dentro de la isla. Todos los filibusteros de López fueron apresados y fusilados.<sup>48</sup> Narciso López murió frente al paredón el primero de septiembre de 1851.

Una carta de Crittenden enviada a su padre antes de morir nos da la dimensión del filibusterismo como resultado de un imaginario *seccionalista*, enraizado en la propaganda periodística: "Fui engañado por López. El y la prensa me aseguraron que la isla se encontraba al borde de la revolución."<sup>49</sup>

No obstante la derrota de Narciso López, su expedición filibustera fue el origen de muchas otras que tomaron su muerte como un acto fundacional: John Quitman, gobernador de Mississippi, aceptó encabezar el movimiento anexionista, al que continuaron financiando John Henderson y L.J. Sigur, un americano residente en Cuba, miembro de "La Junta de La Habana" y editor de un periódico moderadamente anexionista.<sup>50</sup> Los reclutas no-sureños de Narciso López se unirían más tarde a las filas de William Walker: Roberdeau Wheat, Theodore O'Hara, Louis Schlessinger y Achilles Kewen. Callender Fayssoux, quien sería el comandante naval de Walker, lo fue también de la fallida expedición de López a Cárdenas.<sup>51</sup>

Las reacciones de la opinión pública anexionista a los fusilamientos en Cuba no pueden resultarnos más significativas: en Nueva Orleans, el populacho destruyó el Consulado Español y la prendió fuego al periódico español, *La Unión*. El incidente fue de tal magnitud que el Gobierno Americano tuvo que dar explicaciones al Español en nota diplomática.<sup>52</sup>

El episodio del motin en Nueva Orleans cierra, en realidad, el ciclo filibustero en la Cuba de esos años. En 1852, se organizó la rebelión de "Vuelta Abajo" (Oriente), que tuvo como respuesta española la formación de grupos paramilitares policiaos llamados "Batallones de Voluntarios". La revuelta fracasó, pero el cambio en el clima interno y externo llevó a los cubanos separatistas a abandonar la anexión como vía de la independencia y luchar por la autonomía. El fin del anexionismo dentro de Cuba no se debió a que los

norteamericanos hubieran dejado de desear la anexión de la isla, sino porque las medidas para tal efecto dejaron de ser filibusteras y se transformaron en políticas de compra y diplomacia del gobierno federal. El mismo presidente Franklin Pierce se preparó para esa expansión hacia el Caribe al nombrar embajador en España al senador Pierre Soulé de Louisiana, James Buchanan, conocido por sus deseos de anexar territorios tropicales, fue designado embajador en Gran Bretaña y John L. O'Sullivan, el designador del *Destino Manifiesto*, representante en Portugal. Este cambio hacia una diplomacia expansionista hacia el Caribe fue provocado por la reacción del Capitán General de Cuba, Juan de la Pezuela, quien, en 1853, llamó a la liberación de los negros esclavizados ilegalmente (los llamados "emancipados") desde 1835.<sup>53</sup>

La intención del Capitán General no era abolir la esclavitud de hecho, sino amenazar a los Estados Unidos con "liberar y armar a los esclavos cubanos en caso de que se presentara otro intento de invasión".<sup>54</sup> Lejos de intimidar a los sureños, las amenazas de España los incentivaron. John Quitman comenzó los preparativos para una nueva expedición que detuviera la probable "haitianización" de Cuba "que eventualmente podría contaminar a nuestros esclavos".<sup>55</sup> El *Herald* de Nueva York volvió al ataque: "Sería suicida de nuestra parte el tolerar la erección de un Estado libre de negros en una isla tan rica y fértil como Cuba, a unas cuantas millas de nuestra frontera sur."<sup>56</sup>

Pero, la disputa entre Sur y Norte, arrojó una posición contra la anexión: "Hubo un tiempo en que el Norte podría haber apoyado la anexión de Cuba, pero el error de Nebraska convierte en un imposible cualquier anexión futura".<sup>57</sup> Esta reacción del Norte jugó un papel importante en convertir los deseos de anexar Cuba de un asunto de expediciones filibusteras a una lucha diplomática por la compra de la isla a España. De hecho, ambas medidas se empezaron a volver excluyentes: como los filibusteros habían incluido el tema esclavista en el marco del expansionismo del *Destino Manifiesto*, los norteamericanos radicales —republicanos, en su mayoría— se opusieron a toda anexión.

Por su parte, el Sur comprendió que la adquisición de Cuba era relevante para el equilibrio en la Unión. El gobernador de Florida, James Broome, la

Convención de Comerciantes del Sur, el senador por Georgia, Robert Toombs y los periódicos de Nueva York y el Sur, destacadamente, el *Daily Picayune* de Nueva Orléans, el *Enquirer* de Mississippi y el *Herald* de Nueva York presionaron al Congreso para que anexara Cuba.<sup>58</sup> aprovechando que Gran Bretaña y Francia estaban comprometidos contra Rusia en la Guerra de Crimea:

El día ha llegado para un arreglo positivo y concluyente con España con respecto a Cuba. Podemos tenerla ahora y evadir la guerra. Pero si titubeamos, hasta que la guerra europea termine, seremos arrastrados por nuestra seguridad y derechos en el Golfo de México a una colisión con Inglaterra y Francia.<sup>59</sup>

No obstante el clima proclive a una compra-venta pacífica, John Quitman siguió preparándose para una aventura filibustera en Cuba. Dueño de más de 150 esclavos y plantaciones en Mississippi y Texas<sup>60</sup>, la figura de Quitman es sustancial para comprender el filibusterismo norteamericano. Quitman había participado en la guerra texana y en la guerra contra México, el general Scott lo nombró gobernador militar de la Ciudad de México. En su gobierno en Mississippi, en noviembre de 1850, le propuso al Congreso local una reunión para escindirse de los Estados Unidos y, obviamente, se opuso a cualquier compromiso con respecto a los nuevos territorios anexados de México. "Deseaba que Cuba entrara en la Unión como estado esclavista para equilibrar la admisión de California"<sup>61</sup> y, por ello, estaba contra la compra de la isla: "Pezuela tendrá el suficiente tiempo, entre la compra del territorio y la transferencia formal de la isla, para liberar más negros. Si Cuba asumiera el estatus de territorio, las fuerzas anti-esclavistas del Norte podrían tratar de aceptarlo como estado libre y hasta podrían tener éxito, como en el caso de California".<sup>62</sup>

Este sesgo *seccionalista* fue lo que condujo a ambas posiciones —la del Presidente de comprar y la de Quitman de invadir— a la derrota. En el tiempo en que Pierce buscaba la manera de anexar Cuba, la crisis del Acta Kansas-Nebraska estalló, polarizando a la Unión y concentrando las energías del Presidente y el Congreso en una fórmula para evitar la secesión. No

obstante que el incidente del 28 de febrero de 1854 (la confiscación de novecientas pacas de algodón de un barco norteamericano por las autoridades españolas en La Habana) hubiera desatado la guerra, Pierce no logró destrabar el nudo cubano: mientras Quitman siguiera promoviendo su campaña filibustera en los periódicos y con la venta de bonos en Nueva York, los funcionarios españoles endurecían más su posición de no vender la isla. Al día siguiente de firmar el Acta Kansas-Nebraska, en junio de 1854, Pierce advirtió que se perseguirían todas las expediciones ilegales a Cuba.<sup>63</sup> El secretario de Estado, Marcy, mandó detener a Quitman y a cinco líderes filibusteros de "La Junta". Esta acción penal provocó un renovado interés de los sureños por enlistarse y, por otro lado, la decisión de uno de los integrantes anti-esclavistas de "La Junta", Domingo de Goicurúa, de separarse de Quitman y organizar otro movimiento, que acabaría al lado de Walker en Nicaragua.<sup>64</sup> Quitman pasó el siguiente año tratando de sostener, sin muchos recursos, una expedición filibustera que nunca se embarcó y sobre la que el Presidente había endurecido la aplicación de la Ley de Neutralidad. Por otra parte, el temor a una abolición de la esclavitud en Cuba disminuyó con la segunda administración en la Capitanía General de José G. de la Concha, en marzo de 1855. Al mes siguiente, Quitman renunció a "La Junta" y aclaró su oposición hacia el Presidente Pierce:

El Presidente ignoró la existencia de una conspiración entre varias de las potencias de Europa —Inglaterra, Francia & España— para dejar inválido al comercio americano y al progreso americano por medio de la africanización de Cuba. Esa abolición amenaza el sistema de los catorce estados del Sur de los que la nación entera se beneficia. La oposición del Presidente a la expedición revela que se ha rendido a los elementos anti-esclavistas.<sup>65</sup>

El contexto interno de los Estados Unidos había cambiado: en torno a la disputa por Kansas, el Partido *whig* sufría un proceso de desintegración, y surgía el Partido Republicano que se oponía terminantemente a la expansión de las instituciones del Sur. Con todo en contra, el Presidente y sus embajadores

en Europa cometieron un error conocido como el "Manifiesto Ostende", un documento de los representantes de Estados Unidos en Europa que encabezaban los litigios diplomáticos de la compra de Cuba, cuyo contenido establecía que si España no vendía Cuba, "entonces, por todas las leyes, humanas y divinas, tendremos la justificación de pelear contra España".<sup>66</sup> La molestia europea por el documento filtrado a la prensa, terminó con las intrigas financieras de Pierce.

La derrota doble en la adquisición de Cuba demostró, entre muchas otros cambios en las condiciones internas y externas, la existencia de un enfrentamiento *secesionista* sobre el que tendrían que actuar cualquier otra expansión futura. En el caso que nos ocupa, la certeza entre los filibusteros fue que el rasgo central de su esencia, el *Destino Seccionalista* les permitía recaudar recursos y reclutar voluntarios. Pero esa misma virtud se había convertido en su principal obstáculo: en un contexto de polarización entre esclavistas y abolicionistas, los filibusteros corrían el riesgo de preparar expediciones que nunca llegaran a su destino.

Sin este aprendizaje previo, los esfuerzos filibusteros de William Walker no habrían arrojado resultado alguno.

## 1.2 El nuevo filibusterismo hacia México

La derrota en Cuba no hizo sino aumentar la urgencia de terrenos para restaurar los equilibrios políticos del Sur como contrapeso a los crecientes estados abolicionistas. La organización filibustera de Nueva Orleans decidió transferir sus operaciones a las tierras del Pacífico. En 1854 decidieron una segunda expedición contra México, en específico, contra Baja California y Sonora. Por su posición geográfica aislada de la República mexicana y unida territorialmente a la Alta California, por su escaso poblamiento y la inseguridad de sus pocos habitantes, dejados a merced de los indios y los bandoleros, Baja California y Sonora habían sido un objetivo militar de la expedición francesa-californiana de De Pindray y de Gaston Raousset de Boulbon, detenida en Hermosillo en dos ocasiones: en 1852, Raousset se internó en Sonora con el objetivo de quedarse con la zona minera, y en 1854, con el sueño de formar un territorio autónomo que agrupara a Sonora,

Chihuahua, Sinaloa y Durango. En ese segundo intento, el conde Raousset murió fusilado. Por su lado, los norteamericanos habían visto en la península un territorio para colonizar y el Presidente Polk durante la negociación del Tratado Guadalupe-Hidalgo, insistió infructuosamente en la inclusión de Baja California en la anexión.<sup>67</sup>

La participación de William Walker en la expedición a Baja California y Sonora no es del todo casual. Existen diversas hipótesis sobre las razones que condujeron a Walker a enlistarse en las filas del filibusterismo de Nueva Orleans. Desde 1848, Walker se había distinguido, como editor del periódico *Crescent* (donde Walt Whitman escribió voluninosos reportajes de la vida en Nueva Orleans, entonces la tercera ciudad más poblada de la Unión, después de Nueva York y Philadelphia)<sup>68</sup>, por su posición moderada frente a la secesión y su abierta oposición al filibusterismo hacia Cuba, no hacia su anexión. En ese entonces, Walker era supuestamente un “moderado” en el tema de las instituciones esclavistas. Creía en el compromiso de la “soberanía popular”, por el que cada nuevo territorio decidía en sus congresos locales si deseaba incorporarse como estado libre o esclavista<sup>69</sup>: “Si estos estados (Virginia, Kentucky y Tennessee) eligen abolir la esclavitud dentro de sus fronteras —y confieso que los vientos de los tiempos indican que así lo harán— será un asunto que sólo ellos deben considerar.”<sup>70</sup>

Ante todo, Walker no creía en la guerra civil como forma para dirimir la cuestión secesionista:

Antes de que el pueblo recurra a la violencia debe preguntarse si la injusticia es suficiente para armar al hermano contra el hermano. ¿Es la posesión de esclavos, como un derecho abstracto, tan inobjetable que ningún hombre desinteresado puede dudar de su contenido? Existe otra cuestión que todo hombre prudente debe preguntarse antes de arriesgarse en las incertidumbres de una guerra: ¿qué se ganará con la victoria?<sup>71</sup>

Pero, mientras Walker se mostraba moderado en el tema de la “soberanía popular” y la guerra civil —opiniones que en modo alguno hacen de él un abolicionista—, en el tema del expansionismo se adhiere a la opinión del Sur,

en un editorial de principios de 1848: "Cuba debe independizarse de España y debe, como una consecuencia lógica, convertirse en un miembro de la Unión."<sup>72</sup>

Pero Walker y el *Crescent* se opusieron, aunque débilmente, a la idea de la expedición filibustera para anexarla <sup>73</sup> y prefirieron insistir sobre la compra de la isla o sobre la posibilidad de "esperar" a que una revolución independentista espontánea hiciera "caer esa ciruela madura en nuestro regazo".<sup>74</sup>

Independientemente de estas opiniones que Albert Carr ha querido ver como expresiones de una ideología no-esclavista en Walker (Carr asume, sin más elemento que la inferencia, que los editoriales del *Crescent* eran escritos por Walker <sup>75</sup>), Walker escribió una conferencia sobre "La Unidad del Arte" para leerla en la Universidad de Nashville, Tennessee, donde él había estudiado derecho. En esa conferencia quedan establecidas las bases de un pensamiento no muy original en el clima de las revoluciones europeas de 1848: mezclas del romanticismo byroniano con ciertas tendencias a ver la historia como la superación de etapas de abajo —la degradación— a arriba —el progreso material y espiritual— por medio de la guerra:

La vida misma es una forma del arte. Es a través de la persecución del arte de vivir como una hombre, mitad gusano y mitad ángel, puede erguirse sobre lo primitivo (...) El ser artístico del hombre encuentra expresiones aun en la guerra, la expresión más poderosa y fiera del patriotismo y el artista de la vida debe luchar por conseguir el perfecto y radiante semblante de la valentía.<sup>76</sup>

Sobre el tema de la guerra, y a propósito de las revoluciones de 1848 en Europa, Walker escribió para el *Crescent*, "Las Guerras del Mundo", donde establece su creencia en las etapas de la historia:

¿Deben los hombres permanecer para siempre esclavos de sus tendencias puramente destructivas? ¿O estamos todavía en el germen del ser y es necesario pasar a través por los niveles más bajos de la existencia antes de llegar a los estados más altos y nobles que esperan a la Humanidad en el futuro? <sup>77</sup>

Walker se refería una idea europea en boga <sup>78</sup> que vinculaba la enfermedad y las investigaciones médicas sobre "parásitos que contaminaban la buena sangre de personas y pueblos" con "el cambio social asimilado a la descomposición biológica".<sup>79</sup> El vínculo era la historia genealógica de la corrupción social:

Los pecados de los padres (la vagancia, el crimen, el alcoholismo, el cretinismo, la prostitución, la esterilidad) eran repetidos por los hijos. Por este medio, la historia se convertía en un movimiento de descomposición racial que llevaba su enfermedad contagiosa de una revolución a otra, de un cuerpo a otro.<sup>80</sup>

Esta idea de "la degeneración europea" se veía en los Estados Unidos como la consecuencia lógica para naciones demasiado antiguas y "decrépidas" (como se le llamaba a España) que podían ser redimidas sólo con la guerra, es decir, con el derramamiento de su sangre mala, con la extinción de sus "razas" degeneradas. De 1848 hasta 1918, se creyó que la existencia de enfermedades contagiosas era signo inequívoco de descomposición social.<sup>81</sup> A finales de 1848, cuando el *Crescent* celebraba la adquisición de nuevos territorios para la Unión, la independencia de Hungría y la guerra en los Balcanes, una epidemia de cólera azotó Nueva Orleans. A pesar de sus conocimientos médicos, William Walker no pudo evitar que su novia, la sordomuda Ellen Galt Martin, muriera.<sup>82</sup>

Para sus pocos biógrafos, la muerte de Ellen es el punto de inflexión en la vida de Walker.<sup>83</sup> Todo indica que esto es cierto, aunque tendemos a creer que una decepción amorosa no alcanza a explicar suficientemente el cambio en las posturas de Walker. Acaso la muerte de Ellen es la constatación, de acuerdo al imaginario en boga del 1848, del riesgo de una descomposición americana. Dentro del imaginario puritano, las plagas eran vistas como un signo divino: desde el siglo XVII hasta principios del XIX, las epidemias que diezaban a los indios manifestaban el deseo de Dios de "limpiar" las tierras para que las ocuparan los novoiñgleses.<sup>84</sup>

Más allá de las especulaciones, lo verificable es que Walker comienza a escribir después de la muerte de Ellen como si aquella epidemia de cólera

fuera un signo divino dirigido a él:

A menos que un hombre crea que existe algo trascendente que debe hacer, nunca hará nada grande. Por ello, muchos de los capitanes y reformadores del mundo han confiado en las estrellas y en el destino. Una gran idea surge en el alma de un hombre: se agita en su interior, transportándolo de su presente ignorante y lo hace sentir el futuro en un instante. Es natural para un hombre así poseído el concluir que ha sido elegido para poner en práctica el pensamiento que le ha sido revelado. ¿Por qué se le ha revelado tal cosa? ¿Por qué se le ha dado la capacidad de ver lo que para otros permanece oculto, si no es para que él lo lleve a la práctica?<sup>85</sup>

En 1849, Walker se sentía llamado a llevar a cabo una misión evangélica —en su niñez perteneció a los Discípulos de Cristo, un movimiento protestante que planteaba el retorno a la sencillez de la Iglesia en el campo norteamericano— basada en los postulados básicos del *Destino Manifiesto*: “la exportación de la democracia, el fortalecimiento del poderío nacional, la ayuda a los pueblos en desgracia, la prevención de una guerra civil en los Estados Unidos”.<sup>86</sup>

En ese año, el *Crescent* cancela sus ediciones porque es acusado de ser “pro-yanqui y abolicionista” por sus lectores.<sup>87</sup> La acusación se basó en el rechazo del diario a la primera expedición filibustera de Narciso López a Cuba.<sup>88</sup> Pero más allá de la anécdota, el cierre del *Crescent* por razones seccionistas nos da la dimensión del grado de polarización entre esclavistas y agentes del Norte que se había alcanzado en Nueva Orleans. El único amigo de juventud de Walker, el abogado Edmund Randolph, emigra a California en el clima de la “fiebre del oro”. En junio de 1849, Walker lo sigue.

Resulta relevante para la breve historia del filibusterismo seccionalista y sus antecedentes notar que las posiciones políticas de William Walker cambiarán en California: de ser un moderado en casi cualquier asunto, Walker comienza su carrera periodística en el oeste con cierta radicalidad hacia la justicia local, vale decir, contra los enemigos naturales de cualquier expedición filibustera. Por medio de Randolph conoce a John Nugent, el dueño del *Herald*, el más joven de los más de doce periódicos de San Francisco, reconocido por su posición con respecto a la esclavitud: era una institución que podría ser debatida y preservada si los extremos en el Sur y el Norte no invocaban la

guerra civil o la secesión como chantaje. <sup>89</sup>

Este es el punto en el que encontramos la continuidad del pensamiento de William Walker, más allá de las razones personales que le hayan llevado a una supuesta radicalización de sus simpatías por la causa del Sur. Si atendemos a su argumento central contra los esclavistas, publicado en 1852 por el *Democratic State Journal* de Sacramento, California, veremos que la "moderación" de Walker no es un asunto de principios sino de táctica:

Los ultra-esclavistas son los más eficientes y activos agentes que el abolicionismo puede tener en los estados del Sur. Los verdaderos amigos del Sur son aquellos que no alientan el enfrentamiento a cambio de preservar las instituciones del Sur. <sup>90</sup>

Es decir, no es que Walker fuera un "moderado" primero y luego se convirtiera al esclavismo radical. Todo lo contrario: con tal de "preservar las instituciones del Sur", incluida la esclavitud, Walker estaba dispuesto a no escalar el conflicto con el Norte, en el inicio de las diferencias. Mientras esta táctica de no-enfrentamiento le reportara al Sur el beneficio de continuar con la esclavitud y las plantaciones señoriales, Walker defenderá la paz. Cuando el clima se polariza, Walker emprende su defensa de la esclavitud por un medio que él cree puede evitar el desmembramiento de la Unión: exportar las "instituciones del Sur" a los territorios de Centroamérica. Así, los supuestos cambios de Walker atribuibles a problemas personales, pasan a un segundo plano en función de una visión más compleja de los agentes del esclavismo en la transición de la posguerra con México a la firma del Acta Kansas-Nebraska (1854): si la esclavitud es el principio estratégico a defender, los pronunciamientos que llaman a la paz no pueden sino ocupar el lugar de la táctica calculada en cada momento coyuntural para conservar los territorios y propiedades que ya se tienen.

Pero, en 1850 la guerra de Walker en California era otra: frente a la ola criminal que se desató en San Francisco en ese año, Walker llamó a la Suprema Corte de California "flagrantemente estúpida" y manejada por "inescrupulosos, corruptos e insignificantes practicantes".<sup>91</sup> El exabrupto, dentro de un clima de inseguridad generalizada, abrió un flanco de

enfrentamientos entre el Juez de Distrito, Levi Parsons y Walker, que llevaría a éste último a un proceso penal al que asistió una buena parte de los ciudadanos de San Francisco.<sup>92</sup> Walker fue sentenciado a pagar una multa de quinientos dólares que se negó a cubrir y fue a la cárcel. Al día siguiente, cuatro mil personas se reunieron en la plaza frente a la corte y pidieron la renuncia de Parsons y la liberación de Walker.<sup>93</sup> Edmund Randolph, el abogado defensor de Walker, fue el orador principal: "Pido su voto para aprobar una resolución popular por la que condenamos la acción de Parsons como un ejercicio de poder contra las garantías constitucionales y una violación de la ley".<sup>94</sup> Diez días después, Walker salió libre. A corto plazo, las consecuencias de su acto fueron el aumento de la circulación del *Herald* y una nueva ola criminal que incendió los edificios del centro de San Francisco, incluyendo las oficinas del *Herald*.<sup>95</sup> Pero, a mediano plazo, la disputa de Walker contra las instituciones judiciales, le valió una popularidad en San Francisco y en California <sup>96</sup> que hizo de él un líder de opinión que defendía los derechos individuales frente a un Estado arbitrario y corrupto. Este capital político le garantizaría un respaldo masivo a sus empresas filibusteras en los siguientes años.

Una vez conseguido el reconocimiento de la ciudadanía californiana, Walker aceptó trabajar en el despacho de Henry Watkin —un prominente abogado y político— en Marysville, cerca de San Francisco. En San Francisco, siendo editor del *Herald*, Walker había conocido al conde Gaston Raoul de Raousset-Boulbon, a su regreso de la expedición abortada en Sonora.<sup>97</sup> En 1852, Raousset-Boulbon había decidido anexionar a los Estados Unidos las tierras de Sonora, que la prensa había publicitado como ricas en oro y plata. Raousset también sabía por los periódicos que la población de Sonora vivía aterrorizada por las constantes incursiones de los Apaches a los desprotegidos poblados mexicanos.<sup>98</sup> Su plan contempló estos dos hechos y decidió ir a la Ciudad de México y, con el apoyo diplomático de Francia, ofrecer al gobierno mexicano de Mariano Arista la "supresión" de los Apaches a cambio de una concesión para explotar las minas. En la primavera de 1852, Raousset-Boulbon obtuvo la concesión y en mayo se embarcó con ciento cincuenta hombres al puerto de

Guaymas. La situación en México no podía ser más proclive a la aventura de Raousset: en mayo de 1852, estallaba la revolución de José María Blancarte contra el gobernador de Jalisco, Jesús López Portillo y, tras una negociación con los conservadores, contra el Presidente Arista. Las sucesivas enmiendas al Plan de Guadalajara contenían un solo punto en común: que regresara Antonio López de Santa Anna a la Presidencia de México. En la nueva frontera norte del país, las intenciones de separarse de la federación eran la regla: Chihuahua, invadida por tribus de comanches, amenazaba sublevarse si no se le protegía, Tamaulipas era asediada por el bandolero José María Carbajal y por José María Canales, quien deseaba anexar a los Estados Unidos una improbable "república de la Sierra Madre" y, en el extremo del Pacífico, levantamientos armados contra las nuevas disposiciones fiscales en Mazatlán y un golpe de Estado contra Melchor Ocampo en Michoacán, encabezado por Piedad de Cabadas.

La novedad de la expedición franco-californiana a Sonora fue su habilidad para evitar la aplicación de la Ley de Neutralidad: en el contrato con el gobierno mexicano, Raousset quiso que el término para referirse a su expedición fuera el de "colonizadores".<sup>99</sup>

Walker, enterado por los periódicos, se propuso disputarle a los franceses el derecho de explotación y pacificación de Sonora. No obstante la ventaja que Raousset le llevaba en acuerdos con el gobierno nacional y local, Walker intervino. Poco pudo hacer: el gobernador de Sonora se había convertido en accionista de la empresa minera de Raousset. Lo que Walker no sabía era que Raousset no había contemplado en el reparto de acciones al representante del poder real en la zona: el comandante militar, General Miguel Blanco. Aprovechando este error de cálculo de la expedición francesa, un banco de California sobornó a Blanco<sup>100</sup> para que desatendiera el contrato. Más aun, se le ofreció a Blanco ser accionista importante de una nueva compañía explotadora en Sonora que se formaría, le prometieron, en cuanto la expedición de Raousset fuera expulsada de México. Así, Blanco negoció la salida de la expedición francesa de Guaymas hasta que las enfermedades comenzaron a hacer mella en el espíritu de la tropa.

En cuanto llegaron a Hermosillo, el General Blanco exigió a los miembros de

la compañía de Raousset que "se sometieran a su mando y se naturalizaran ciudadanos mexicanos o trabajarían en calidad de mineros bajo sus órdenes".<sup>101</sup>

Este ultimátum contravenía el convenio firmado por las tambaleantes autoridades mexicanas y Raousset impulsó la toma de Hermosillo, entonces una población de casi doce mil personas y una guardia militar de mil doscientos soldados.<sup>102</sup> Pero, nuevamente, el dispositivo filibustero falló debido a la poca simpatía de los pobladores locales hacia la invasión. Raousset, con fiebre y 243 bajas <sup>103</sup> y habiendo tomado Hermosillo, tuvo que pactar su salida de Sonora con las autoridades mexicanas.<sup>104</sup>

A principios de 1853, William Walker fue a entrevistarse con Raousset para proponerle una asociación en un nuevo intento de conquista, pero el francés lo rechazó, atendiendo a la hipersensibilidad de la opinión pública mexicana tras la guerra con los Estados Unidos: "No puedo asociarme contigo. Para ser franco, los americanos son tan detestados en México, que su presencia echaría a perder mis oportunidades."<sup>105</sup>

El método utilizado por Walker para la expedición a Sonora y Baja California, además de seguir al empleado en Texas, ponía en el centro de su éxito o fracaso, no los apoyos del gobierno mexicano, sino la posibilidad de encabezar una revolución de independencia con miras anexionistas:

El plan de Walker era nada menos que introducir una fuerza militar norteamericana y hacerse líder de Sonora, con o sin la cooperación de sus políticos. Sonora se declarararía una república independiente y funcionaría como un protectorado de los Estados Unidos, daría la concesión minera a una compañía norteamericana, sin importar los acuerdos que los franceses lograran en la Ciudad de México y, más tarde, pediría su anexión a la Unión Americana.<sup>106</sup>

Los mineros y financieros de California se entusiasmaron ante esta perspectiva y emitieron bonos por quinientos dólares. "asegurados por las tierras que Walker obtendrá de Sonora."<sup>107</sup> Los bonos, vendidos secretamente a compradores simpatizantes de la anexión, pagaron el reclutamiento, las armas y abastecimientos y la renta de un barco. Walker organizó esto con la ayuda de

Edmund Randolph y de Parker Crittenden, el hermano del filibustero que acompañó a Narciso López a Cuba.<sup>108</sup> Pero antes de zarpar, Walker necesitaba información sobre las condiciones políticas en Sonora y decidió embarcarse hacia el Puerto de Guaymas.

Desvinculado de Rousset y acompañado de Watkin, se dirigió a México a tratar de negociar con el gobierno de ese país, un permiso para que se establecieran en Sonora algunos emigrantes californianos. El gobierno no sólo se negó, sino que le trató enemistosamente, teniendo todavía frescas las dificultades ocasionadas por la incursión francesa. En vista de este fracaso, se organizó la expedición filibustera.<sup>109</sup>

Esperando en la colonia norteamericana en Guaymas una respuesta del gobernador de Sonora, José Gándara, para una entrevista, Walker recuerda haber pulsado el ánimo de temor e inseguridad de la población frente a las incursiones de los Apaches: "Algunas mujeres *americanas* le hablaron a Walker de los Apaches que habían rondado cerca de la ciudad y le suplicaron que volviera a Estados Unidos y reclutara suficientes hombres para asegurarles la paz."<sup>110</sup>

En perspectiva, el problema de las incursiones de los apaches en Sonora y Chihuahua, era visto por el gobierno mexicano como responsabilidad de los Estados Unidos. En el Artículo XI del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, los norteamericanos se habían comprometido, no sólo a evitar las incursiones de los doscientos mil indios desplazados de los territorios que México perdió, sino también a indemnizar a los habitantes mexicanos que por esa razón sufrieran pérdidas.<sup>111</sup> Los Estados Unidos nunca implementaron ese acuerdo y Walker aprovechaba la laguna: ninguno de los dos gobiernos aceptaba su responsabilidad para garantizar la seguridad de los habitantes de los estados fronterizos. Por otro lado, el gobierno mexicano se encontraba en una transición bastante compleja, luego de la renuncia de Mariano Arista a favor de Santa Anna en enero de 1853, que inauguraría la dictadura conservadora de este último y generaría la reacción liberal —la Revolución de Ayutla— un año después.

Tras casi una semana de espera, el gobernador de Sonora accedió a una

entrevista con Walker en Hermosillo "con respecto a los Apaches y sus intenciones de colonizar". El lenguaje de la carta le dió a Walker la impresión de que se trataba de una trampa para arrestarlo (circuló un impreso que daba una recompensa a quien llevara vivo o muerto a Walker a Hermosillo<sup>112</sup>) y regresó a California con una certeza: "La expedición ya no podía encubrirse con la máscara de un grupo de colonizadores pacíficos; tendría que zarpar de San Francisco en abierta violación a las leyes federales y luchar en Sonora desde el momento de su desembarco"<sup>113</sup>

El procedimiento que Walker utilizó en la invasión a México contiene ya todos los elementos del nuevo filibusterismo *seccionalista*. Primero, el uso intensivo de la prensa.

Al día siguiente de su retorno de Guaymas, el 15 de septiembre de 1853, el diario *Alta California* publicó una noticia sobre el asesinato de ochenta personas en Sonora a manos de los Apaches en una semana y concluyó: "Es difícil predecir hasta cuándo terminarán los sufrimientos de la desdichada e inerme gente de Sonora. No pueden protegerse ellos mismos y el gobierno mexicano tampoco. Su única esperanza es la guerra y la ocupación de su territorio por las tropas estadounidenses"<sup>114</sup>

El siguiente paso fue evitar un arresto por violaciones a la Ley de Neutralidad. El 30 de septiembre de 1853, un bergantín, *The Arrow*, fue comprado y cargado con armas y municiones. No obstante, las autoridades militaresprehendieron el barco, poniéndolo a las órdenes de las autoridades federales, por una supuesta deuda del dueño con un comerciante.<sup>115</sup> Walker sabía que el factor sorpresa en la toma de territorios mexicanos era vital para el éxito de la expedición filibustera, por lo que no discutió la decisión de la autoridad militar de San Francisco. Inmediatamente consiguió un nuevo barco, *The Caroline*, el cual zarpó con 45 expedicionarios el ocho de octubre de 1853, antes de que las autoridades dificultaran su salida.

Resulta significativo el hecho de que el coronel Ethan Allan Hitchcock, Jefe Militar de San Francisco, fuera removido de su puesto por Jefferson Davis, el Secretario de Guerra, inmediatamente después de la interferencia en la partida de *The Arrow*.<sup>116</sup> Podemos razonablemente suponer que este tipo de casos

revelan que el filibusterismo de los cincuentas, si bien no constituía parte de una política orientada desde el gobierno de los Estados Unidos, sí tenía simpatizantes en su interior que estaban dispuestos a apoyarlo, a veces, sin importar las restricciones legales. Posteriormente, el barco *Anita*, que llevó refuerzos a Walker en tierras mexicanas, partió sin ser siquiera inspeccionado por las autoridades militares de San Francisco.<sup>117</sup>

Walker tenía un problema numérico en su intento de invasión: con menos de cincuenta hombres era casi imposible tomar el fuerte de Guaymas. Necesitaba una base desde donde reclutar voluntarios locales, promover una insurrección independentista y partir hacia la batalla. Por eso, el plan de William Walker fue el de ocupar la Baja California y desde allí invadir Sonora. El 3 de noviembre de 1853, desembarcó en La Paz y arrestó a las pocas autoridades del puerto y al gobernador Espinosa. Luego, izando una bandera con una estrella en el centro proclamó, junto con sus hombres, llamados "Primer Regimiento Independiente", la Independencia de la Baja California, declarando que la nueva entidad renunciaba a su alianza con México y tomaría su lugar con los "Estados soberanos de la Tierra". El entonces ya "Coronel" William Walker, se autoproclamó Presidente de la Nueva República: "Proclámase por el presente decreto la República de Baja California libre, soberana e independiente y repúdiase para siempre su lealtad a la república de México".<sup>118</sup>

Dos incisos del decreto resultan significativos:

- 1) Se declara vigente la misma ley de la Louisiana. (Lo que legalizaba de inmediato la esclavitud).
- 2) Se establece la libertad de comercio con el mundo.<sup>119</sup>

El segundo paso era justificar su intervención como un asunto que beneficiaba a los pobladores de la región. Pero al mismo tiempo, temiendo un ataque naval desde Guaymas, Walker debía trasladarse por tierra. Moviéndose más cerca de la prensa norteamericana, Walker tomó el puerto de Ensenada y, desde ahí, dirigió un mensaje que tenía como objetivo convencer a los financieros de San Francisco que él estaba cumpliendo con su parte del trato:

La Baja California ha sido vergonzosamente desatendida por el gobierno mexicano (...) Mi propósito al crear una Nueva República es el de desarrollar los recursos de la península y, para tal efecto, dotarla de una organización social más afín a su naturaleza interna. <sup>120</sup>

A continuación nombró un gabinete de norteamericanos que empezarían a administrar el país. "Ahora dependía de los apoyos y refuerzos que Henry Watkins le conseguiría entre los banqueros californianos. Si la prensa no publicaba su éxito, el proyecto entero se colapsaría por falta de atención". <sup>121</sup> La opinión pública californiana respaldó la expedición de Walker casi de inmediato:

La refriega de La Paz fue pregonada en California como un gran triunfo de Walker que 'libera a Baja California del yugo tiránico de un México decadente'. Tan pronto llegó la noticia a San Francisco, se abrió una oficina de enganche en una esquina de las calles Kearny y Sacramento, donde se izó la bandera de la nueva república. No se hizo alboroto; todo parecía común y corriente. Era manifiesto que la opinión pública respaldaba a estos filibusteros. <sup>122</sup>

Unos doscientos soldados mexicanos trataron de tomar Ensenada y cercaron a los filibusteros. Walker defendió la plaza en espera de que apareciera el *Anita* con Watkins, reclutas y, sobre todo, comida. <sup>123</sup> Walker rompió el cerco y ahí murió uno de sus tenientes coroneles, McKibbin. <sup>124</sup> Para cuando Watkins llegó, traía consigo 230 hombres más, igual número de armas, pero no comida. <sup>125</sup>

Es debido a esa necesidad que Walker organizó en seguida una expedición a Santo Tomás, justificándola como medida represiva contra un bandolero de nombre Meléndez ("Meléndrez", escribe Walker en sus memorias), que asolaba la región, y a quien declaró fuera de la ley. Allí se abasteció de ganado y caballería, creando animadversión entre rancheros y bandoleros. <sup>126</sup>

En el momento que las noticias de la "independencia" de Baja California llegaron a la prensa mexicana, el gobierno norteamericano, a través de su representante, el empresario ferrocarrilero James Gadsden, presionaba a Santa Anna para que le vendiera una franja de 29 mil millas cuadradas al norte de

Sonora, conocida como "La Mesilla", rica en minerales, muy fértil para el cultivo de pastos, y paso obligado para tender líneas férreas del oeste al sur. Gadsden ofreció diez millones de dólares y el gobierno mexicano aceptó:

Temiendo que Walker estuviera financiado por el gobierno norteamericano, los mexicanos concluyeron que podrían perder la península y Sonora sin compensación alguna. El resultado fue un tratado provisional, rápidamente boceteado y firmado el 31 de diciembre de 1853. Una carta separada del tratado aseguraba al gobierno mexicano que los Estados Unidos consideraba a William Walker un violador de las leyes federales y que se actuaría en consecuencia. <sup>127</sup>

Walker había sido derrotado por la diplomacia de los empresarios de ferrocarriles. El barco militar *Portsmouth* ancló en Ensenada y su comandante informó a William Walker de la compra de Gadsden. Walker respondió que la compra tenía un defecto fundamental: "no proveía a los Estados Unidos de una salida al Golfo de Baja California, una limitación para el desarrollo del Sur, de México y de Centroamérica." <sup>128</sup>

Sobre esta base, Walker anunció su avance desesperado sobre Sonora con la intención de levantar un movimiento local espontáneo que sustentara la separación de México. Para ello, debía de contar con cierta justificación legal para su incursión y decidió proclamar, desde Baja California, la "independencia de la nueva república de Sonora". Mediante cuatro decretos, todos fechados el 18 de enero de 1854, nombró a todos los territorios 'República de Sonora', dividiéndola en dos estados: Sonora y Baja California. Walker pasó a ser Presidente y Watkins, Vicepresidente. <sup>129</sup>

Avanzó con ciento treinta hombres —los desertores diezmaron su fuerza casi a la mitad— y el 17 de febrero llegó a San Vicente. Ahí celebró una asamblea popular con sesenta y dos mexicanos "leales":

Recibióse a los delegados con todos los honores militares, lo cual sin duda no se hizo sólo por simple ceremonia protocolar. Después de los cumplidos, vino el juramento de lealtad que los delegados hicieron voluntariamente, a decir de los filibusteros, y a la fuerza, según versión de los enemigos de Walker. Sea como fuere, el acto revistió la solemnidad que permittían las circunstancias. Púsose una mesa en campo

abierto. Ante ella se colocaron en arco dos banderas de la *República de Sonora*. El presidente, su gabinete y un cuadro de oficiales estaban de pie a un lado de la mesa y un miembro del Poder Judicial (creado para el caso) con un intérprete al otro lado. Uno a uno fueron arrimando a los mexicanos, daban su nombre, juraban y luego pasaban bajo el arco de bandera en prueba de sumisión. Después que hubo desfilado el último hombre retumbó el cañón, los soldados vitorearon y unos alemanes que desde California habían llevado sus instrumentos musicales, tocaron notas marciales. Al día siguiente se lanzó una proclama titulada "Declaración de los habitantes del Estado de Baja California, de la República de Sonora, a su Excelencia, el Presidente" (...) Su última frase pregonaba: "Rogamos a su Excelencia que los víveres de que disponemos, y los que más tarde podamos recolectar, pasen a su poder cuando la orden de requisición esté firmada por su comisario, la cual requisición siempre será gustosamente atendida, confiando en que seremos recompensados".<sup>130</sup>

Esta "proclama" tenía como objetivo convencer a los apoyadores californianos de la posibilidad que su expedición tenía de levantar a aquellos mexicanos a favor de una nueva república que se anexaría. Con esa convicción, Walker emprendió su viaje a Sonora el 20 de marzo por la sierra hasta el Río Colorado. El viaje duró dos semanas<sup>131</sup>, pero, al cruzar el río, todo el ganado se ahogó y el propio Walker quedó "con una sola y destrozada bota."<sup>132</sup>

Walker regresó derrotado a San Vicente sólo para descubrir que el bandolero Meléndez había masacrado a su retaguardia y pretendía emboscarlo en la frontera con California. "El cabecilla mexicano participó al comandante de la plaza de San Diego, su propósito de capturar a Walker y recibió garantías de que el gobierno americano no intervendría".<sup>133</sup>

En retirada, con deseciones al por mayor, Walker decidió entregarse a las autoridades militares en San Diego.

Nuevamente, los cambios en el panorama político habían ido en contra de las pretensiones filibusteras. Para el momento en que Walker intentaba ocupar Sonora, Antonio López de Santa Anna enfrentaba ya la insurrección liberal del general Juan Alvarez en Guerrero, la Revolución de Ayutla. Los liberales exiliados con Arista se encontraban refugiados en Nueva Orleans e Ignacio Comonfort logró establecer suficientes apoyos en Nueva York para llevar municiones y armas a Acapulco, en abril de 1854. Entrampado entre las

disputas mexicanas y los intereses del gobierno norteamericano de Franklin Pierce sobre "La Mesilla" y el istmo de Tehuantepec, Walker perdió sus oportunidades a la par que el gobierno de su país intervenía a favor, primero, de la compra de "La Mesilla", y luego, de la revuelta liberal. La expedición de Walker fue utilizada por Gadsden para presionar a Santa Anna. Más tarde, el mismo Pierce declara "ilegal" la aventura de Walker y, finalmente, hace jugar su peso político a favor de los liberales, de quienes espera mayores concesiones en Baja California y Tehuantepec. De hecho, fue el mismo Gadsden, el funiconario que, a nombre de los Estados Unidos, reconoció, en 1855, el gobierno liberal de Juan Alvarez, aún antes de que llegara a la capital de México. <sup>134</sup>

Fuera del juego de la política oficial de los Estados Unidos, el objetivo de la expedición filibustera en México y de las que le siguieron en Centroamérica queda al descubierto en las opiniones del supuesto acompañante de Walker, Clinton Rollins. Rollins no existió. Fue "una invención y el seudónimo de un periodista de principios de siglo, Henry Clinton Parkhurst. No existió ningún Clinton Rollins con Walker y los sensacionales artículos de Parkhurst estaban basados en la crónica del propio Walker, *La guerra en Nicaragua*". <sup>135</sup> Por lo tanto, las opiniones de Rollins sobre la misión de Walker en México y Centroamérica puede tomarse como la opinión de Walker mismo. Rollins escribe: "Walker no era más que un emisario, un instrumento. Su parte en el juego era hacerse dueño de toda la costa de cualquier estado mexicano o centroamericano, y luego hacer con él lo que Houston había hecho veinte años antes: comprenderlo en la Unión como Estado independiente y esclavista." <sup>136</sup>

Si Walker no logró su objetivo político en Sonora y Baja California, su expedición no estuvo exenta de resultados no esperados: como ya dijimos más arriba, por medio de la "Compra de Gadsden" de "La Mesilla", México accedió a vender a los Estados Unidos 49 mil millas cuadradas de tierras, una área casi igual a la de Pennsylvania, indispensable para la construcción de la ruta hacia el Sur del ferrocarril transcontinental americano y accedió, también, a la posibilidad de que los norteamericanos cruzaran libremente el istmo de Tehuantepec, sin necesidad de pasaporte.

Con base en este hecho podemos aventurar que el filibusterismo de la década del 1850, si bien tenía fuertes apoyos en personas que pertenecían al gobierno federal y estatal —y ello no constituía una política expansionista orientada sistemática y intencionada— también fue aprovechada por los operadores diplomáticos norteamericanos para adquirir nuevos territorios y concesiones. Esta relación ambigua con las empresas filibusteras permitió a los Presidentes de esos años —expansionistas— jugar con la opción de la invasión “privada” en caso de que las formas financieras y diplomáticas de anexión fracasaran.

Por otro lado, la aventura de Walker en México tiene importancia como modelo de la dinámica del filibusterismo por venir: la necesidad estratégica (militarmente, debido a la urgencia de reclutas y víveres, pero también política, por las reacciones que en la opinión pública norteamericana se buscaban) de contar con el apoyo interno de los pobladores de las regiones invadidas. Los filibusteros buscarán siempre a esa población apoyadora para hacerla pasar por una mayoría independentista que reaccionaría favorablemente a la propuesta de “instituciones democráticas” que le garantizaran una “organización natural” que, a su vez, les llevaría al progreso.

Todas las acciones de Walker en Baja California fueron encaminadas a generar ese apoyo, sin el cual su expedición se convertiría en una mera invasión y no habría justificación moral para la violación de la Ley de Neutralidad.

En general, el filibusterismo requiere que una parte de la población, harta de las “tiranías decadentes” pida ayuda a ciudadanos norteamericanos y, tras la invasión, colabore, aunque sea de forma protocolar (como en el caso de Baja California), con sus redentores. Sin este ingrediente, el filibusterismo no puede lograr sus últimos designios: conformar una república con elecciones y un Congreso que pida su aceptación como territorio de la Unión y, más tarde, como estado.

En el caso de la invasión a México, William Walker y Watkins fueron procesados en un juicio federal por violación a la neutralidad. Su abogado defensor alegó que si la invasión había constituido un ataque al pueblo de México, que tal delito debiera ser castigado en México y no en Estados

Unidos.<sup>137</sup> El propio Walker utilizó un artilugio legal para su defensa:

En defensa de los cargos que se me imputan, caballeros del jurado, voy a probar que al salir de este puerto mi propósito era desembarcar en Guaymas y de allí continuar por tierra a la frontera mexico-americana, y probaré asimismo que fue sólo hasta que estuvimos en alta mar y fuera ya de los límites jurisdiccionales de Estados Unidos que se cambió de idea, decidiéndose entonces desembarcar en La Paz; y, también, que antes de esto, yo no tenía intenciones de ir ni desembarcar allí en son de guerra.<sup>138</sup>

Si Walker había concebido la idea de hacer la guerra fuera de los Estados Unidos, nadie podía proceder contra él. Luego, utilizó una referencia que tiene mucho impacto en la opinión pública norteamericana de siempre:

Lo único que a mí y a mis hombres nos alentó en la terrible marcha del desierto fue la convicción de que de nuestro lado estaban el derecho y el humanitarismo. Los mexicanos me habían pedido que regresara con ellos. Albergó en mi pecho la esperanza de emular a los peregrinos del *Mayflower*, rescatando a Sonora de mano de los salvajes para convertir esa región en un lugar civilizado.<sup>139</sup>

En esta declaración, Walker utilizó casi todos los ingredientes del *Destino Manifiesto* en la lógica del "elegido": fe, predestinación, elección, vocación, justificación.<sup>140</sup> Sólo le faltó la "santificación", que vendría con sus expediciones a Nicaragua. Pero en el proceso penal por la invasión a México, tras ocho minutos de deliberación del jurado, Walker fue absuelto.

## Notas

<sup>1</sup> Dexter Perkins, *Historia de la Doctrina Monroe*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964, p. 88.

<sup>2</sup> Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History*. New York, Knopf, 1963, p.24.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 25. Véase también: Juan A. Ortega y Medina, *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y raíz teológica*, México, Alianza Editorial Mexicana-CNCA, 1989, pp. 112-117. Ortega y Medina señala uno de los componentes precisos de este imaginario sobre el cultivo de tierras: "la posesión de la tierra se legitimaba mediante el cultivo de la misma (...) En el caso de los mexicanos desposeídos en Texas, Nuevo México y California (ventas obligadas a bajísimo precio, usurpaciones violentas, expropiaciones ilegales e inclusive asaltos a mano armada, en despoblado, a los míseros vendedores que llevaban consigo los pagarés, o las monedas de la forzada venta) fue también de corte tradicional: que los mexicanos no obtengan de tales tierras el debido rendimiento (...) La teoría de que el cultivo del suelo estaba ordenado por Dios y constituía una causa de moralidad, ha figurado no solamente a lo largo de toda la historia de las relaciones con los indios, sino que también ha estado presente en todos los casos en que los *americanos* han codiciado el suelo ocupado por una *raza inferior*".

<sup>4</sup> Robert E. May, *op.cit.*, p. 5.

<sup>5</sup> Daniel Pick, *Faces of Degeneration. A European Disorder, c1848-c1918*, Cambridge, Cambridge University Press, p.11. Sobre la vinculación entre "regeneración social" y "civilización", Juan A. Ortega y Medina señala: "El cristiano empeño de salvar al hombre y al mundo incluso de sí mismos, abatiendo o arrollando a todos los obstáculos que se oponen al programa de regeneración, de salvación (...) adquiere una actitud hostil y combativa que sin dificultad podemos calificar de cruzada: operaciones de castigo que en el pasado ejecutaron con manifiesta ferocidad los peregrinos y puritanos contra

los indios rebeldes que rechazaban o renunciaban a la cristianización o al trato con los blancos; expediciones de conquista ayer, y punitivas, incluso hoy, contra pueblos y naciones desordenados, revoltosos y anárquicos que se resisten a aceptar el nuevo secularizado evangelio de la civilización, de la libertad y democracia". Juan A. Ortega, *op. cit.*, p. 111 y 112.

<sup>6</sup> Robert E. May, *op. cit.*, p.15.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p.4.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p.19.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 9

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 8.

<sup>12</sup> Albert Z. Carr, *op.cit.*, p.56.

<sup>13</sup> Robert E. May, *op. cit.*, p. 10.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>16</sup> John A. Garraty / Robert A. McCaughey, *The American Nation. A History of The United States*, New York. Harper & Row, 1987, p.371.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 372.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 373.

<sup>19</sup> Alejandro Hurtado Chamarro, *op. cit.*, p. 17.

<sup>20</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 18.

<sup>21</sup> *Ibid.*

<sup>22</sup> John Garraty / Robert McCaughey, *op. cit.*, p 371.

<sup>23</sup> Robert E. May, *op. cit.*, pp. 22-27.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>27</sup> *Ibid.* El expansionismo justificado con el argumento de la "seguridad" de los Estados Unidos fue invocado desde el siglo XVIII: "Los puritanos novoingleses y los virginianos anglicanos habían guerreado, removido y exterminado a las tribus hostiles pieles rojas invocando el derecho a la

seguridad y, cuando los descendientes de estos puritanos y virginianos se declararon independientes, siguieron preocupados, cada vez menos justificada, pero más interesadamente, en invocar su seguridad para ensanchar sus tierras a costa de los peligrosos indios (...) Quebec, San Juan, Nueva Escocia e inclusive posesiones no nórdicas como las Bermudas, las dos Floridas (estas últimas provisionalmente inglesas), además de todos los territorios adyacentes e intermedios, era absolutamente necesario que los poseyesen los norteamericanos 'por causa de la propia seguridad'". Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 131.

<sup>28</sup> Robert E. May, *op.cit.*, p.30.

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> Javier Rodríguez Piña, *Cuba*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad de Guadalajara-Alianza Editorial Mexicana, 1988, p. 72 y 73.

<sup>31</sup> Robert E. May, *op.cit.*, p.31.

<sup>32</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 79.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 80

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>35</sup> Robert E. May, *op. cit.*, p. 30.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 32.

<sup>37</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 82.

<sup>38</sup> William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 4.

<sup>39</sup> Robert E. May, *op. cit.*, p. 25.

<sup>40</sup> John Garraty / Robert McCaughey, *op. cit.*, p. 375.

<sup>41</sup> Robert E. May, *op. cit.*, p. 28.

<sup>42</sup> Alejandro Hurtado Chamorro, *op. cit.*, p. 30.

<sup>43</sup> Robert E. May, *op. cit.*, p. 27.

<sup>44</sup> *Ibid.*

<sup>45</sup> *Ibid.*

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 28.

- 47 *Ibid.*
- 48 *Ibid.*, p. 29.
- 49 *Ibid.*, p. 30.
- 50 *Ibid.*, pp. 29 y 30.
- 51 *Ibid.*
- 52 Alejandro Hurtado Chamorro, *op. cit.*, p. 31.
- 53 *Ibid.*
- 54 Robert E. May, *op. cit.*, p. 34.
- 55 *Ibid.*, p. 36.
- 56 *Ibid.*
- 57 *Ibid.*, p. 37.
- 58 *Ibid.*, p. 40.
- 59 *Ibid.*, p. 42.
- 60 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 71.
- 61 Robert E. May, *op. cit.*, p. 47.
- 62 *Ibid.*, p. 48.
- 63 *Ibid.*, p. 61.
- 64 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 59.
- 65 Robert E. May, *op. cit.*, p. 75.
- 66 Dexter Perkins, *op. cit.*, p. 102.
- 67 *Ibid.*
- 68 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 20.
- 69 John Garraty / Robert McCaughey, *op. cit.*, p. 362.
- 70 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 23.
- 71 *Ibid.*
- 72 *Ibid.*
- 73 *Ibid.*, p. 24.
- 74 *Ibid.*
- 75 *Ibid.*, p. 22.
- 76 *Ibid.*, p. 26.

77 *Ibid.*

78 Eugen Weber. "Blemishes in the breed?" en *Times Literary Supplement*, London, The Times Supplements Limited, march 30-april 5, 1990, pp. 15-17.

79 *Ibid.*

80 *Ibid.*

81 Daniel Pick, *op. cit.*, p. 21.

82 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 27.

83 Véase: Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 36 y Alejandro Hurtado Chamorro, *op. cit.*, p. 34.

84 Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 114.

85 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 36.

86 *Ibid.*, 38.

87 *Ibid.*, p. 40

88 *Ibid.*

89 *Ibid.*, p. 57.

90 *Ibid.*, p. 109.

91 *Ibid.* p. 60.

92 *Ibid.*

93 *Ibid.*, p. 61.

94 *Ibid.*

95 *Ibid.*, p. 63.

96 *Ibid.*

97 William O. Scroggs, *op. cit.*, pp. 23 y 24.

98 *Ibid.*, p. 36.

99 *Ibid.*

100 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 70.

101 *Ibid.*, p. 77.

102 *Ibid.*

103 *Ibid.*

104 *Ibid.*, p. 78.

105 *Ibid.*

- 106 *Ibid.*
- 107 *Ibid.*, p. 79.
- 108 *Ibid.*
- 109 Alejandro Hurtado Chamorro, *op. cit.*, p.36.
- 110 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 36.
- 111 Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. (Un ensayo histórico, 1776-1993)*, México. FCE, tercera edición, 1994. p. 67.
- 112 *Ibid.*, p. 35.
- 113 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 80.
- 114 William O. Scroggs, *op. cit.*, pp. 36 y 37.
- 115 *Ibid.*, p. 39.
- 116 *Ibid.*, p. 53.
- 117 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 83.
- 118 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 40.
- 119 Alejandro Hurtado Chamorro, *op. cit.*, pp. 36-38.
- 120 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 83.
- 121 *Ibid.*
- 122 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 41.
- 123 *Ibid.*
- 124 *Ibid.*, p. 43.
- 125 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 83.
- 126 Alejandro Hurtado Chamorro, *op. cit.*, p. 44.
- 127 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 84.
- 128 *Ibid.*, p. 85.
- 129 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 45.
- 130 *Ibid.*, pp. 47 y 48.
- 131 *Ibid.*, p. 48.
- 132 *Ibid.*, p. 49.
- 133 *Ibid.*, p. 50.

- 134 Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *op. cit.*, p. 77.
- 135 Ralph Lee Woodward Jr., "William Walker and the history of Nicaragua in the XIXth Century", en *Latin American Research Review*, Austin, Texas University Press, 1980, no. 15, vol. 1, p. 239.
- 136 Alejandro Hurtado Chamorro, *op. cit.*, p. 84.
- 137 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 66.
- 138 *Ibid.*, p. 67.
- 139 *Ibid.*, p. 68.
- 140 Juan A. Ortega y Medina, "La imagen del indio en la conciencia norteamericana", ponencia presentada en la VIII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos. San Diego, California, octubre 1990, p. 2 (*mimeo*).

## 2. William Walker y las condiciones en Nicaragua

Tras la derrota de Walker en México, tres condiciones se dieron para la aventura filibustera en Nicaragua. La primera es el desplazamiento de los Estados Unidos hacia su costa Oeste. La "Fiebre del Oro" en California y la ocupación de Oregon, requerían de nuevas rutas de comunicación transoceánicas. La segunda es la disputa de Estados Unidos con Gran Bretaña por el control de un canal interoceánico proyectado en Nicaragua. Y la tercera es el conjunto de circunstancias sociales y políticas en las nuevas repúblicas de Centroamérica y, en específico, la rivalidad entre las ciudades nicaragüenses de León y Granada que se concretan en un diferendo sobre el proyecto nacional.

Estas tres condiciones no sólo se conjugan para permitir las expediciones filibusteras a Nicaragua, sino que también conforman lo que aquí llamamos la "dinámica" del filibusterismo, es decir, sus justificaciones morales y políticas, sus acciones premeditadas y sus desenlaces no esperados.

En general, el conflicto de intereses entre Estados Unidos y Gran Bretaña, por un lado, y entre los liberales y conservadores de Nicaragua, por otro, diluyen el perfil *seccionalista* de la aventura de Walker. Los sucesos de la guerra contra Walker en Nicaragua son, en rigor, desatados por estados nacionales interesados en el control de la ruta interoceánica y por facciones locales que utilizan el filibusterismo como una forma de imponer el modelo "liberal" en la nueva república nicaragüense.

En esta compleja red de intereses, William Walker actuará, con sus sentimientos seccionalistas, en la búsqueda de un "imperio caribeño" que ni a los capitalistas del Norte de Estados Unidos, ni a Gran Bretaña, ni a Centramérica conviene. Y en el transcurso de este proceso de aislamiento gradual, Walker variará sus propósitos hacia la restitución de una Federación Centramericana que incluya a Cuba y que, nuevamente, pensará como esclavista.

En el camino hacia ese proyecto, Walker tratará de encontrar salidas políticas

y militares diversas, llevando los rasgos del filibusterismo de la década del 1850 a sus extremos posibles. Su derrota será obra de los intereses de los capitalistas del Norte y del gobierno federal de su país que lo sacrificarán a cambio del retiro de la Gran Bretaña de Centroamérica. De esa manera, el filibusterismo como movimiento *seccionalista* será una de las víctimas del desarrollo industrial de los Estados Unidos, quienes, en la segunda mitad del siglo XIX cambiarán la expansión territorial por la expansión económica. Como en otros casos de la historia moderna, las condiciones que posibilitaron el filibusterismo, serán también los detonantes de su extinción.

## 2.1 La batalla por la ruta nicaragüense

La historia de la ruta nicaragüense contiene el otro rostro del desarrollo capitalista norteamericano: la disputa con Gran Bretaña por el control del comercio del Pacífico. Desde 1823, la firma londinense *Messrs. Barclay & Co.* había enviado a un grupo de ingenieros a estudiar la posibilidad de cavar un canal en Nicaragua y buscar la obtención de una concesión del gobierno centroamericano. Las noticias de este proyecto británico, alentaron a un grupo de capitalistas neoyorquinos, encabezados por Aaron H. Palmer, para avanzar en el mismo propósito. El 14 de junio de 1826, el Congreso federal de las provincias unidas de Centroamérica otorgó a los norteamericanos un contrato para la construcción del canal a través de la formación de la *Central American and United States Atlantic and Pacific Canal Company*, que nunca pudo reunir el capital necesario para cumplir con aquel contrato.<sup>1</sup>

Con el fin de la Federación Centroamericana, la nueva República de Nicaragua buscó apoyos en Francia para la construcción de un canal, considerado, potencialmente, "la Constantinopla del comercio mundial".<sup>2</sup> Pero no consiguió ningún respaldo definitivo.

Por su parte, Gran Bretaña, que había perdido sus reclamos en Oregon y que no pudo evitar la anexión de Texas a los Estados Unidos, decidió intervenir territorialmente la zona donde podría alojarse el canal nicaragüense. La influencia de Gran Bretaña en las costas de Honduras y en Honduras Británica

(Belice) está ligada a sus intereses étnicos y, más adelante, canaleros: en 1740, el científico francés La Condamine, propuso a la Academia de Ciencias de París la construcción de un canal en Nicaragua para conectar el Atlántico con el Pacífico. Su estudio llegó a manos de la *Foreign Office* británica.<sup>3</sup> Ese mismo año, el gobernador británico de la región miskita, Robert Hodgson, obtiene un acuerdo mediante el cual los indios reconocen a la Gran Bretaña su soberanía sobre la costa, con base en las relaciones que ambos "gobiernos" habían establecido mediante la coronación de el "rey" miskito por el gobernador de Jamaica, en 1687.<sup>4</sup>

En 1839, los ingleses se apoderan del puerto de San Juan del Norte, con el "objetivo de cortar el comercio colonial atenazando el istmo por este punto"<sup>5</sup> y expandir la zona mosquita desde San Juan del Norte hasta Cabo Gracias a Dios por el norte.<sup>6</sup> Con el documento de 1687, por medio del cual los británicos comprobaron que el "rey" de los mosquitos en la costa atlántica de Honduras se había puesto bajo la protección del gobernador de Jamaica. Al independizarse Centroamérica de España, Gran Bretaña invistió a un descendiente de la "dinastía mosquita" como mayor del ejército de Su Majestad y, nombrándolo "Sir Robert Charles Frederick, Rey de la Costa y Nación Mosquito"<sup>7</sup>, lo hizo acompañar por una corte de "lords", que simbolizaban su soberanía sobre el territorio, del que era parte Honduras Británica, es decir, Belice. "King Robert" comenzó su reinado con un error: otorgar parte del territorio a comerciantes británicos y norteamericanos, entre los que se encontraban los hermanos Shepherd, a cambio de licor y ropa. Ante este exceso, los británicos decidieron encarcelar al "rey" miskito de por vida, no sin antes obligarlo a firmar un documento en el que cedía su poder a un regente inglés "en reconocimiento de todos los favores recibidos por mí y por mi pueblo de manos de los británicos".<sup>8</sup> En adelante el Reino de los Mosquitos sería gobernado por un Consejo de Estado, que ofrecía un resguardo diplomático a la influencia británica en la región. Con el fracaso de la Federación centroamericana, los británicos se instalaron en el Cabo Honduras, al norte de la Mosquitia, y decidieron empujar la frontera del Protectorado hacia el sur, a través de Nicaragua y Costa Rica. Para finales de

1839, tenían San Juan del Norte. En 1841, tomaron las Islas de la Bahía, en Honduras.<sup>9</sup>

A principios de 1847, el gobierno británico notificó a las repúblicas centroamericanas que el Protectorado de la Mosquitia se extendía desde el Cabo Honduras hacia el sur del Río San Juan y que, por lo tanto, los gobiernos de las nuevas repúblicas deberían reconocer al Reino de los Indios Mosquitos como un poder independiente, protegido por la Gran Bretaña. El Consejo del Estado Mosquito, por su parte, advirtió a Nicaragua que tenía hasta el primero de enero de 1848 para retirar sus fuerzas de San Juan del Norte, el extremo Este del canal proyectado. Frente a la negativa nicaragüense, la marina británica ocupó San Juan del Norte, retiró a los oficiales nicaragüenses del puerto, le cambió el nombre al puerto por otro menos católico (Greytown), e izó la bandera de los Mosquitos, que, en el extremo superior derecho, tenía la bandera británica.<sup>10</sup> Un mes después, los británicos habían extendido la frontera sur de la Mosquitia hasta el afluente Colorado del Río San Juan. Esta acción desplazó a los nicaragüenses de las dos orillas del propuesto canal interoceánico.<sup>11</sup> Oficialmente, la República de Nicaragua pidió al gobierno de James K. Polk la intervención de los Estados Unidos, pero éste permaneció inmóvil.

La respuesta del presidente vendría en su mensaje final de 5 de diciembre al Congreso: dió crédito a los descubrimientos de oro en California y la opinión pública de la costa Este, que hasta entonces había permanecido escéptica<sup>12</sup>, comenzó el éxodo hacia San Francisco. Polk heredó, sin más, el problema del expansionismo británico en Centroamérica a su sucesor, Taylor. Basados en la Doctrina Monroe, los periodistas del sur y de Nueva York pidieron la intervención militar de los Estados Unidos. En el *Crescent*, William Walker escribió: "Si la guerra debe venir, dejémosla venir. Encontrarán a América luchando desde el mismo lugar moral de siempre: a la cabeza de la columna del Progreso y la Democracia"<sup>13</sup>.

Pero más que un asunto de moral, la disputa por el control de la ruta interoceánica era de negocios. En los contornos de la disputa por ella vemos la marca del capitalismo neoyorquino, interesado en estabilizar las diferencias

entre liberales y conservadores nicaragüenses, para poder obtener concesiones sobre los derechos de la ruta con un gobierno estable, protector de las propiedades de las compañías norteamericanas.

Desde abril de 1847, el Congreso norteamericano había otorgado una concesión a las compañías *Atlantic* y *Pacific Mail Steamship*, de William Henry Aspinwall (la ciudad de Colón, en Panamá, llevó su apellido debido a la construcción del ferrocarril por una de sus compañías), para que llevara correo y envíos de la costa este a la oeste vía el istmo centroamericano.<sup>14</sup> Debido a dificultades técnicas, no fue sino hasta octubre de 1848 que el primer vapor de la *Pacific Mail Steamship Company* viajó hacia el istmo de Nueva Granada, navegó por el Río Chagres hasta el pueblo de Gorgona y ahí dejó a su tripulación, que caminó hasta Panamá, concluyendo el viaje en enero de 1849.<sup>15</sup>

No hay que subestimar lo que una ruta transistmíca significaba para los capitalistas neoyorquinos. La posible dimensión del negocio de transporte de la costa Este hacia California es el crecimiento que San Francisco tuvo en unos meses: en marzo de 1848, vivían ahí ochocientos doce personas; para finales de 1849 había aproximadamente cien mil nuevos residentes en busca de fortuna, treinta y ocho mil de estos gambusinos habían llegado por vía marítima.<sup>16</sup>

Buena parte de los nuevos residentes viajaban por la vía panameña en Nueva Granada o daban la vuelta al continente por el Cabo de Hornos. De hecho, la ruta nicaragüense se utilizó hasta finales de febrero de 1849 cuando la *Gordan's Passenger Line* de Nueva York embarcó a ciento treinta personas y tardó siete meses y catorce días en llegar a San Francisco.<sup>17</sup> Los pasajeros de esa ruta, en su mayoría gambusinos con rumbo a California, desembarcaban en San Juan del Norte o Greytown, en el Atlántico, subían a un vapor que remontaba el río hasta el límite de su navegabilidad y ahí subían a otro barco que les llevaba a La Virgen. Una vez ahí, se transportaban en diligencia hasta San Juan del Sur, puerto donde finalmente abordaban un barco hacia San Francisco.<sup>18</sup>

En la primavera de 1849, el millonario neoyorquino, Cornelius Vanderbilt se asoció con Joseph L. White para conseguir una concesión de la ruta

nicaragüense que, eventualmente, le permitiera construir un canal interoceánico y, de esa manera, "dejar que el comercio de California y la India cayera en sus manos"<sup>19</sup>. Joseph L. White, un abogado de Indiana, había sido representante Whig en el Congreso y dotó a Vanderbilt de todas las conexiones usufructuables dentro de la nueva presidencia Whig. La más importante de éstas: el *lobbying* de White a favor de un acuerdo con Gran Bretaña.<sup>20</sup>

Mientras Vanderbilt esperaba la respuesta que su negociador, el Coronel David White, había ido a buscar del gobierno de Nicaragua, la administración de Taylos nombraba a John M. Clayton como su secretario de Estado y éste, a su vez, elegía a Ephraim George Squier como representante en Nicaragua. Las instrucciones de Clayton en Centroamérica contenían los siguientes puntos:

Primero. Frustrar los designios de la Gran Bretaña en relación a la soberanía de los Indios Mosquitos en San Juan del Norte; Segundo. Squier estará obligado a usar sus buenos oficios para ayudar a Vanderbilt en el otorgamiento de una garantía para el tránsito interoceánico; Tercero. Estas acciones de los Estados Unidos no deberán ser interpretadas como el deseo por un privilegio exclusivo para los norteamericanos en la ruta, que, de ser así, implicaría guerras tan costosas como las de Inglaterra y España por el control de Gibraltar.<sup>21</sup>

El 26 de agosto de 1849, la flamante compañía de Vanderbilt y Joseph L. White, la *American and Atlantic Ship Canal Company* recibió del gobierno nicaragüense la concesión para construir el canal transoceánico a cambio de cien mil dólares anuales mientras las tareas duraran, doscientos mil dólares como acciones del gobierno de Nicaragua en la empresa y un diez por ciento de las ganancias de la ruta que, como veremos, nunca recibió. La compañía administraría el derecho exclusivo para construir un ferrocarril y caminos para carruajes y para establecer vapores y bergantines en los ríos y lagos por el que la construcción transitara.<sup>22</sup> El obstáculo de Vanderbilt consistía ahora en la presencia de los británicos en San Juan del Norte o Greytown.

Desde el punto de vista de una expedición filibustera, la apertura de esa ruta significaba la posibilidad de garantizar lo que a Walker le había faltado en el desierto mexicano: abastecimientos de armas y comida y una línea abierta de

voluntarios que preferirían "colonizar" Centroamérica en vez de ir a buscar oro. La posesión de la tierra y la mano de obra era, recuérdese, parte de la forma de vida y del imaginario social de los sureños.

Pero la apertura de la ruta, ratificada por el Congreso nicaragiense en 1849, atrajo la atención de Gran Bretaña. La operación para obtener la concesión de la ruta del Tránsito no fue sólo una maniobra de Cornelius Vanderbilt. En ella intervinieron con toda claridad el secretario de Estado del Presidente Taylor, John M. Clayton y el embajador norteamericano en Nicaragua, George Squier<sup>23</sup>. El agente de Inglaterra para Centroamérica, Frederick Chatfield, informó a su gobierno de la nueva concesión norteamericana y se decidió una intervención militar.

En 1849, Inglaterra ocupó la Isla del Tigre, perteneciente a Honduras en el Golfo de Fonseca, con el objetivo de obstaculizar la ruta del Pacífico. Su pretexto fueron antiguos reclamos debido a maltratos de súbditos británicos por oficiales hondureños. Al mismo tiempo, los barcos de guerra ingleses se aparecieron en Trujillo, el principal puerto hondureño del Atlántico.<sup>24</sup>

Es en este marco que deben entenderse las negociaciones que concluyeron en el Tratado Clayton-Bulwer (por los apellidos del secretario de Estado norteamericano y el representante británico en Washington, Sir Henry Bulwer) del 19 de abril de 1850 que establecía que "ninguna de ambas potencias asumiría o ejercería dominio alguno sobre ninguna de las partes de Centroamérica". Este Tratado, al que más tarde William Walker combatiría, prohibía nuevas adquisiciones de territorios centroamericanos por la fuerza. Pero, al no ser retroactivo, Gran Bretaña legalizó sus adquisiciones previas en la costa Este de Centroamérica y Estados Unidos se ató de manos. Al final de las negociaciones, Clayton le dejó claro a Bulwer que la anexión de territorios centramericanos a Estados Unidos no quedaba descartada:

No hay uno solo de esos cinco Estados centroamericanos que no se anexaría a nosotros mañana mismo, si pudiera; y le confesaré un secreto—algunas de ellas ya se han ofrecido y han pedido ser anexadas a los Estados Unidos. <sup>25</sup>

El Tratado Clayton-Bulwer convirtió a Greytown en puerto libre, pero el

Consejo de Estado de los mosquitos impuso una tarifa portuaria a todo barco que utilizara sus muelles. Esta decisión, fuera del Tratado, desataría las tensiones entre Estados Unidos y Gran Bretaña, como veremos más adelante.

Si bien, para los sustentadores de la Doctrina Monroe, el Tratado Clayton-Bulwer era una afrenta (el *Herald* de Nueva York llamó a Clayton "débil" e "ignorante")<sup>26</sup>, los empresarios interesados en la ruta transoceánica, como Vanderbilt, se mostraron complacidos. En medio de los debates en el Congreso, Vanderbilt envió a Edward Carcache, el encargado de los asuntos nicaragüenses en Washington, para que cabildara a favor del Tratado.<sup>27</sup>

Inmediatamente después del acuerdo anglo-americano, Vanderbilt comenzó a construir la ruta férrea nicaragüense y a tratar de hacer una alianza financiera con las firmas británicas *Rothschild* y *Baring Brothers* para que le respaldaran con capitales suficientes, a fin de construir el canal.

Desde Nueva York, Vanderbilt, junto con cien pasajeros, viajó en julio de 1851 en el vapor *Prometeus*. Tras diez días de navegación, llegan a Greytown o San Juan del Norte. Ahí, las autoridades del Consejo de Estado del protectorado británico le exigieron pagar una tarifa portuaria. Vanderbilt se negó argumentando que los Estados Unidos reconocían a la República de Nicaragua como único interlocutor y que, como la *Accessory Transit* tenía un contrato de exención de tarifas, ningún cobro adicional procedía.<sup>28</sup> Este asunto de las tarifas portuarias se desataría de forma militar unos años después.

Los pasajeros de la ruta estarían veinte días viajando por el istmo y quince más en el Pacífico hasta San Francisco, para un total de cuarenta y cinco días.<sup>29</sup>

La apertura de la línea nicaragüense ofreció a Vanderbilt la posibilidad de dividir su compañía: una, estrictamente dedicada a la construcción del canal, la *American Atlantic and Pacific Ship Canal Company*, y otra al traslado de viajeros desde Nueva York y Nueva Orleans a la costa oeste, la *Accessory Transit Company*.

La prospectiva y planos para el canal nicaragüense fueron publicitados en 1852. Vanderbilt se los mostró a sus potenciales socios británicos: con un costo total de treinta y un millones de dólares, la construcción de canal tomaría seis años de labores. Por las características del Río San Juan, el canal tendría unos

cinco metros de profundidad, lo que descartaba la opción de que sirviera para el tráfico de barcos de guerra, cuya profundidad mínima requerida era de ocho metros.<sup>30</sup> Este dato no es irrelevante; todo lo contrario: definió el fracaso del proyecto de Vanderbilt.

*Baring Brothers* declinó participar en el financiamiento del Canal de Nicaragua por tres razones: objetó el tamaño del canal y propuso uno de ocho a nueve metros de profundidad. "Con el tamaño propuesto", decía su respuesta, "cerca de la dos terceras partes del comercio del Este asiático y del comercio americano del oeste —las mercancías en las que Gran Bretaña se interesa— no pasarán". Más aún, según sus propios cálculos, la distancia del comercio con Oriente, a través del Cabo de Buena Esperanza, era dos mil cuatrocientos kilómetros menor a la ruta por el canal propuesto. La tarifa por el uso del canal que Vanderbilt proponía —tres dólares por tonelada— era incosteable para los cargueros británicos. Por añadidura, la posibilidad de ampliar el tamaño del canal aumentaría el costo total a cien millones de dólares, capital que los financieros londinenses se negaban a aportar.<sup>31</sup>

El defecto del canal de Vanderbilt era su adecuación absoluta a los intereses comerciales de los Estados Unidos y su total inutilidad para ser aprovechado en una guerra naval entre potencias.

No obstante su derrota, Vanderbilt se concentró en hacer de la ruta nicaragüense la más utilizada por los gambusinos, en vez de la más antigua de Nueva Granada, Panamá. Si para 1851, sólo mil novecientas treinta y un personas viajaron a California vía Nicaragua, contra quince mil cuatrocientas sesenta y cuatro que lo hicieron por el istmo panameño, para 1852, diez mil quinientas sesenta y tres escogieron Nicaragua, contra veintiún mil doscientas sesenta y tres que atravesaron por Panamá.<sup>32</sup>

Tras el primer año de operaciones de la compañía de Vanderbilt en Nicaragua, el *New York Times* estimó la utilidad del millonario en un millón de dólares libres de impuestos.<sup>33</sup> No obstante la rentabilidad de la empresa, Vanderbilt renunció a la presidencia de la *Accessory Transit* a cambio de un millón doscientos mil dólares al contado y un bono pagable a futuro por otros ciento cincuenta mil. Vanderbilt retuvo las agencias de barcos de vapor por los

siguientes doce meses en pago por un veinte por ciento de todas las ganancias de la compañía. Y se fue de vacaciones a Europa.<sup>34</sup>

Con este esquema financiero, Cornelius Garrison, más tarde socio de William Walker en la expedición filibustera a Nicaragua, obtuvo la dirección de la compañía en el Este, en San Francisco. Garrison era dueño de bancos en Panamá, Nueva Granada y, a sólo seis meses de haber llegado en busca de oro a San Francisco —el 23 de marzo de 1853—, fue electo alcalde de la ciudad.<sup>35</sup> Para operar el lado Atlántico, Vanderbilt aprobó a Charles Morgan, el empresario que abrió la ruta de Nueva Orleans a San Juan del Norte con su barco *Mexico*. Cuatro meses después de su nombramiento en la costa Este, Morgan accedió a la presidencia de la empresa, vacante desde que Vanderbilt había renunciado. En esa nueva posición, Morgan decidió quitarle a Vanderbilt los pagos contratados y comprar el resto de las acciones —que estaban a la baja desde el fracaso del canal— de la línea de vapores. Con el control de la *Accessory Transit*, Morgan fundó, además, la *Nicaragua Steamship Company*.<sup>36</sup> Aliado a Garrison, Morgan logró disminuir la competencia de las compañías del istmo panameño y consiguió, gracias a la habilidad política de Morgan, que el gobierno norteamericano discutiera la pertinencia de transferir a su compañía el contrato de correo y envíos transcontinental, asunto que no fue posible, porque el contrato en Nueva Granada expiraba en seis años.<sup>37</sup>

Pero la compañía del tránsito tuvo que enfrentar dificultades de todo tipo. Unas provinieron de la venganza de Vanderbilt contra Garrison y Morgan, otras de la disputa por las tarifas portuarias en Greytown, que los norteamericanos se negaban a pagar argumentando su contrato de exenciones con Nicaragua.

A su regreso a Nueva York, Vanderbilt fue enterado de los nuevos acontecimientos en su compañía y decidió fundar la *Independent Opposition Line* que operaría en Panamá. Con base en una guerra de tarifas, Vanderbilt logró invertir la tendencia de los viajeros hacia Nicaragua y devolverlos a la ruta panameña, pero ya no a través de los barcos de la *Pacific Mail*, sino de la suya. Su objetivo era “arruinar” a Morgan y a Garrison por su traición.<sup>38</sup>

Mayores fueron los problemas de la compañía del tránsito con los británicos de la Costa Mosquita. El centro de esta disputa es el procedimiento de la compañía con los pasajeros: los bajaban de los barcos de vapor a los botes del río, sin permitir que bajaran a Greytown a abastecerse de mercancías.<sup>39</sup> Una de las razones para este procedimiento está en el hecho de que era negocio de la compañía la venta de cítricos (trece centavos una naranja), agua (cincuenta centavos de dólar el vaso), comida y ropa a los pasajeros durante todo el viaje.<sup>40</sup> Fuente de tensiones entre locales y funcionarios de la compañía, el asunto pareció terminar en marzo de 1852, cuando el Cónsul Green renunció a su puesto al frente del Consejo de Estado en Greytown y el 15 de abril, la ciudad eligió nuevas autoridades y votó una nueva Constitución política.<sup>41</sup> Durante un año, la calma regresó y, en ese periodo, la Compañía construyó viviendas para sus trabajadores en Punta Arenas. El 7 de febrero de 1853, el Consejo de Estado ordenó que las trasladaran al puerto libre y que demolieran en cinco días lo hecho en Punta Arenas. Como la Compañía se negó, militares británicos procedieron a demolerlas con sus propios medios.<sup>42</sup>

Esto provocó que el Departamento de Marina de los Estados Unidos enviara un destacamento para "proteger los intereses de ciudadanos norteamericanos en San Juan"<sup>43</sup>, al mando del Capitán Hollins, quien desembarcó en el puerto. El ministro norteamericano para Nicaragua, Solon Borland, declaró en esos días que el Tratado Clayton-Bulwer debía ser abrogado, en vista de que la Gran Bretaña violaba sus términos, al pretender cobrar derechos portuarios a los barcos norteamericanos.<sup>44</sup> Pero Borland fue más allá: "Mi verdadero deseo es ver a Nicaragua formar una brillante estrella en la bandera de los Estados Unidos de América".<sup>45</sup>

La disputa se desató con la ofensiva de las autoridades norteamericanas en Greytown: reclamando sobre unas propiedades robadas a la *Transit Company*, J. W. Fabens, el agente comercial de los Estados Unidos, se unió al Capitán Hollins para asegurarse de obtenerlas.<sup>46</sup> Existen evidencias para asegurar que había una comunicación estrecha entre el Departamento de Estado norteamericano, Hollins, Fabens y la *Transit Company*.<sup>47</sup> La más evidente es la coincidencia en las instrucciones que Hollins recibió del Departamento de

Estado y las que Joseph L. White, socio mayoritario de la *Transit*, envió a Fabens.

La primera, entre militares, establece: "Es deseable que esta gente sea enseñada que los Estados Unidos no tolerarán estos ultrajes y que tienen el poder y la determinación de enmendarlos".<sup>48</sup>

La segunda, entre comerciantes, decía: "Es de suma importancia que la gente de la ciudad sea enseñada a temernos. El castigo les enseñará. Después de ello, deberás aceptar un acuerdo para que se organice un nuevo gobierno y sobre los funcionarios que lo dirigirán".<sup>49</sup>

De acuerdo a ello, el Capitán Hollins anunció un ultimátum: si las autoridades de Greytown no entregaban ocho mil dólares como compensación a la destrucción de las casas en Punta Arenas, dieciséis mil más por diversos agravios cometidos y una disculpa pública a Borland por insultos contra su dignidad, bombardearía la ciudad a las nueve de la mañana del siguiente día, 13 de julio de 1854. Tras dos horas de disparos de cañón, Hollins ordenó quemar la ciudad. La redujo a escombros.<sup>50</sup>

En el mensaje de diciembre de ese año, el Presidente Franklin Pierce sintetizó el imaginario de valentía y poder que los norteamericanos creían protagonizar en la ruta del Tránsito:

La arrogante obstinación de los ofensores hizo imposible evitar la alternativa de romper su sistema, o dejarlos con la impresión de que podrían continuar con impunidad en su carrera de insolencia y pillaje.<sup>51</sup>

Lo relevante para las condiciones de posibilidad del filibusterismo es que, tras la firma del Tratado Clayton-Bulwer, el centro —la disputa por el canal interoceánico— se trasladó de la diplomacia a las soluciones militares.

Pero se presentaría también un cambio más profundo: en la década del 1850, los designios "regeneradores" de los Estados Unidos en el continente empezaban a variar de la expansión territorial a la expansión económica.<sup>52</sup> Es en ese proceso de transición gradual que el filibusterismo quedará atrapado, como movimiento *seccionalista* expansivo, y en el que Nicaragua apostará su futuro.

## 2.2 El regionalismo en Nicaragua

Además del entramado de la disputa por la ruta interoceánica, la incursión del filibusterismo en Nicaragua fue históricamente posible gracias a la inexistencia de un proyecto nacional que dotara a sus oligarquías políticamente organizadas en las ciudades de León y de Granada de una idea común de pasado y destino. No fue sino hasta la expulsión de William Walker que ese proyecto alcanzó a construirse en el centro de la producción cafetalera y los valores del conservadurismo oligárquico. Este efecto no deseado de la "guerra nacional" centroamericana será analizado más adelante.

En general, Nicaragua enfrentó en la década del 1850 la dispersión en el terreno económico, la división entre conservadores y liberales en lo político y la incapacidad por construir, a nivel del imaginario social, el proyecto nacional. A diferencia del resto de las repúblicas centroamericanas, la inserción de Nicaragua como economía primario-exportadora al capitalismo mundial fue muy tardía,<sup>53</sup> debido a las continuas guerras internas y rebeliones, y a las dificultades para transformar las inercias de la economía colonial. De hecho, mientras la producción cafetalera ya tenía un peso significativo en las exportaciones de Honduras, Costa Rica y Guatemala a mediados del siglo XIX, en Nicaragua no será sino hasta la década de 1870 —con la estabilidad política que los conservadores consiguen tras la derrota del filibusterismo— que ese tipo de inserción al mercado capitalista conforme un nuevo tipo de estructura productiva en Nicaragua.<sup>54</sup> El círculo inestabilidad política-desarticulación económica hunde a Nicaragua en un continuo empate de fuerzas:

La permanencia de formas de producción colonial fueron a su vez causa y efecto de la situación política, es decir, de la carencia de un Estado consolidado y la anarquía fueron un obstáculo para el desarrollo de la economía, al tiempo que la prolongación de estructuras de producción pre-capitalistas y la desintegración del mercado propiciaron el regionalismo.<sup>55</sup>

En el periodo que nos ocupa, las condiciones de la economía nicaragüense estuvieron marcadas por un mercado interno desarticulado, base de la

mentalidad y los modos de vida regionalistas. En Nicaragua se prolongó en el tiempo la rivalidad regionalista que, desde la declaración de independencia del 14 de septiembre de 1821, toda Centramérica padeció:

La nación no existe en tanto que no hay conciencia de un proyecto sobre cuya naturaleza se disputa. Los conservadores creen que pueden rescatar al reino de la disolución del nexo colonial, anexándolo al Imperio Mexicano; los liberales sueñan con una república federal. En los hechos, la situación se invierte y lo que queda es una liga informal de ciudades rivales, evolucionadas de las fundaciones de la Conquista, cuyos municipios se habían fortalecido con la Constitución de Cádiz (...) En cada provincia, y casi como si se hubieran puesto de acuerdo para ello, las principales ciudades rivales (San Vicente y San Salvador; Tegucigalpa y Comayagua; Granada y León; Cartago y San José) que representaban a sus respectivas comarcas, tomaron determinaciones contrarias.<sup>56</sup>

La especificidad del caso nicaragüense se debe precisamente a la intensidad y la duración del conflicto regional, que puede ser comprensible si se toman en cuenta sus rasgos socio-económicos.

Como consecuencia del fin del sistema de mandamientos, la mayor parte de la mano de obra semi-esclava de indios nicaragüenses había regresado a una producción parcelaria de autoconsumo en sus comunidades. En ese tipo de agricultura "segregada" del mercado nacional, se encontraba buena parte de la población nicaragüense económicamente activa.<sup>57</sup> Con una población total de doscientos sesenta mil habitantes hacia 1850, la tercera parte la constituían indígenas, la mayor de ellos dispersos.<sup>58</sup> Esta falta de mano de obra fue determinante para la agudización de un cuadro de extrema desarticulación económica: hacia 1850, el sesenta y cinco por ciento de las tierras nicaragüenses eran baldíos<sup>59</sup> y la instauración de una moneda nacional que reemplazara a otras denominaciones internacionales y al cacao no fue posible sino hasta 1900.<sup>60</sup>

Por otro lado, el sector industrial en las zonas urbanas constituyó el refugio de una población artesanal sin parcelas, que comerciaba en pequeña escala y tenía un grado muy bajo de especialización.<sup>61</sup> Este nivel de desarticulación del mercado interno convivió durante las primeras décadas de vida independiente

con la influencia absoluta de Gran Bretaña en las operaciones comerciales, que aprovechaba así su dominio territorial sobre la costa Este centroamericana. Sobre un mercado interno en reflujó, las dos ciudades principales, León y Granada, se disputaban un modelo de nación distinto:

Los leoneses representaban los intereses de la oligarquía ganadera y cerealera, políticamente encabezados por egresados de la universidades que pugnaban por un Estado que reconociera los derechos del hombre y al cual visualizaban como la expresión de la soberanía popular. En cambio, la facción granadina se componía de la oligarquía comercial latifundista añilera; ésta se identificaba con los principios conservadores basados en una concepción elitista del Estado, que se oponía a la existencia de libertades individuales y pretendía mantener la estructura colonial.<sup>62</sup>

En este marco es que podemos ubicar uno de los rasgos de la separación entre Granada y León. Durante el periodo colonial, las dos ciudades funcionaron como centros comerciales que enlazaban la producción primario-exportadora —cebo, cueros, añil, cacao y ganado— al mercado externo e importaban las manufacturas inglesas que León y Granada consumían.<sup>63</sup> Pero, tras la independencia, su rivalidad se desató, sobre todo, debido a la conjunción de tres condiciones históricas: la falta de integración de distintas ramas económicas en un mercado interno, la gravitación favorable que el comercio británico tenía sobre León y no sobre Granada y, por último, la expresión de esta rivalidad en función de ideologías inamovibles como proyectos de nación. Al lado de la proliferación de la agricultura con base en parcelas de autoconsumo, la hacienda ganadera —nacida en el siglo XVII— continuó con su estructura colonial, extensiva y orientada a la exportación de sus derivados. En los años de anarquía que van de su declaración como república soberana en 1838 a la “guerra anti-filibustera”, la ganadería extensiva se presenta como el único negocio rentable<sup>64</sup> en la región de la llanura costera pacífica, bajo control de León y Granada. De hecho, son los ganaderos los que determinarán la inmovilidad conservadora en estos años:

Muchas de las principales familias del país eran ganaderas y, al formar parte del sector dominante, presionaron para que no se dictaran leyes que los obligaran a cerrar sus propiedades.<sup>65</sup>

De hecho, el carácter de los gobiernos nicaragüenses desde la separación de la federación en 1838 hasta la guerra contra Walker, estará marcada por esa visión regionalista de lo público, propia de las oligarquías ganadero-comerciales de principios del siglo XIX:

Acostumbrados por su origen de clase a desempeñar funciones públicas con la matriz ideológica propia de la larga tradición agropecuaria, apenas lograron imprimirle a las actividades del Estado el ritmo vegetativo en que se desenvolvía la lenta y estancada economía del país. No resulta nada extraña la perplejidad de los gobiernos conservadores frente a los actos gravemente lesivos de la soberanía del país por parte de las potencias coloniales: Inglaterra reclamando y ocupando la mitad de Nicaragua; los Estados Unidos arrasando a cañonazos el puerto de San Juan del Norte (...) No es extraño tampoco, en el estilo de estos gobiernos oligárquicos, el hecho de que en los contratos canaleros presionados por los Estados Unidos, atendieran primordialmente a la presunida reactivación comercial y a la plusvalía que sus propiedades ribereñas habrían alcanzado al abrirse la vía interoceánica, y muy poco a las cláusulas mediante las cuales se entregaban a la dominación colonial grandes porciones del territorio y virtualmente la administración país".<sup>66</sup>

Frente a la desarticulación del mercado interno por el autoconsumo y la falta de mano de obra, los sectores productivos se orientaron como única tabla de salvación al renglón comercial. Y esa será, a nuestro entender, el centro de la disputa regionalista en Nicaragua.

Del lado granadino, la producción de añil en Rivas comenzó a enfrentar en las décadas de 1840 y 1850 un declive acentuado,<sup>67</sup> debido a una sobreoferta del producto a nivel internacional y a la introducción de nuevos tintes sintéticos a la industria textil inglesa. Aunada a la crisis de los tintes que provocaría la llegada de los liberales al poder en El Salvador (Gerardo Barrios) y Nicaragua (Pineda y Castellón) con el proyecto de cultivar algodón,<sup>68</sup> el cacao de Rivas enfrentó en la década de 1850 una plaga y la falta de mano de obra, concentrada en parcelas de autoconsumo, comunidades indígenas artesanales y

haciendas ganaderas.<sup>69</sup>

Ante esta situación propia de las economías orientadas al mercado externo (dependencia de los vaivenes de la demanda internacional y concentración de la riqueza entre propietarios agrícolas y comerciantes), la rivalidad específica entre Granada y León que permite la entrada del filibusterismo es la que se concentra en las rutas comerciales. Las exportaciones nicaragüenses que salían a través de El Realejo, eran controladas por cuatro casas de comercio inglesas (*John Foster, Thomas Manning, Walter Bridge y Jonas Glenton*) establecidas en León.<sup>70</sup>

En cuanto al control del tráfico por el Atlántico, la oligarquía de Granada se vio muy perjudicada por la presencia inglesa en la Mosquitia. Además, dados los factores geográficos, era mucho más frecuente que entrara contrabando por El Realejo, bajo la égida de León, que por San Juan del Norte.<sup>71</sup>

El mismo William Walker describe esta rivalidad de base comercial en *La guerra en Nicaragua*, sus memorias: "La pugna entre León y Granada tenía su origen en el área de influencia de cada una de estas ciudades, lo que los hacía prácticamente autónomos (...) Mientras los leoneses eran partidarios del librecambismo, los granadinos pugnaban por una política proteccionista que favoreciera las altas tarifas aduanales".<sup>72</sup>

Este factor es de primera importancia para entender el regionalismo nicaragüense. Tras la Independencia centroamericana, todo el comercio ultramarino quedó en la órbita británica<sup>73</sup> y San Juan del Norte dependía para desarrollarse comercialmente de Jamaica.<sup>74</sup> Esta dependencia de los territorios británicos, que modelaba la demanda y los rasgos centrales del comercio centroamericano, terminará sólo con la expansión de los intereses norteamericanos en la ruta de Nicaragua.

Sin proyecto nacional de consenso y con una rivalidad insalvable en lo económico, Nicaragua llegó a una situación de caos constante en la que se alternan, de forma desordenada, liberales y conservadores, con proyectos de unidad federada con El Salvador y Honduras y alianzas visibles con los conservadores guatemaltecos. Esto será lo específico de la política

centroamericana en la primera mitad del siglo XIX: el carácter "complementario" de las facciones liberales y conservadoras en las cinco repúblicas.

### 2.3 Los liberales y las intervenciones

No se puede comprender la invitación que los liberales nicaragüenses hacen a diversos agentes norteamericanos del sur de los Estados Unidos para que les ayuden en su lucha contra los conservadores, sin establecer claramente dos hechos del imaginario político centroamericano del siglo XIX: por un lado, la idea liberal de que la "nación" es toda Centroamérica y, por otro, la idea de que una intervención de los Estados Unidos podía contrapesar los designios de Gran Bretaña en la región.

Tan pronto como Centroamérica se desvincula del Imperio Mexicano, la cuestión nacional se desprende como el tema central del imaginario centramericano:

La ausencia de un proyecto hegemónico y las contradicciones de los localismos, se imponían sobre la realidad de las pequeñas provincias aún no ligadas al mercado mundial, sin recursos fiscales serios, sin experiencia administrativa, las que por sí solas no eran viables como nación. La "nación" era Centroamérica y, por ello, la pugna política girará en torno al centralismo o el federalismo como sistema viable de esa unidad administrativa.<sup>75</sup>

De hecho, es el propio Manuel José Arce quien, por decisión del Congreso local de El Salvador, pide la anexión de esa provincia a los Estados Unidos, apenas tres meses después de formalizar su pertenencia al Imperio Mexicano.<sup>76</sup> Esa petición a la Unión americana, desatendida debido a la imposibilidad militar y económica de los Estados Unidos por realizar la idea de la "Doctrina Monroe" cuando fue concebida, pone de relieve la debilidad de las convicciones "nacionales" de los centroamericanos del siglo XIX. Al final de estos esfuerzos, lo que construye y, a la vez, obstaculiza la idea de nación, es la dinámica federalismo-centralismo, que más tarde será liberales-conservadores, cuyo saldo fue paradójico:

Al percatarse de que no podían dominar desde el centro a las provincias, los centralistas decidieron quedarse con Guatemala, mientras que, por su parte, al darse cuenta de que no había federación posible sin un centro y de ellos no podían controlar ese centro, los federalistas renunciaron a la unión para conservar en los estados —soberanos— su preeminencia partidista. Irónicamente, cada cual tricionó y sacrificó los principios ideológicos apasionadamente defendidos contra las razones del contrario, en favor de sus propios intereses.<sup>77</sup>

A partir de su declaración como república libre y soberana, en abril de 1838, Nicaragua enfrenta invasiones sucesivas de Costa Rica, Honduras y El Salvador que provocan, desde la modificación de sus fronteras (Guanacaste) hasta la formación de revueltas agraristas anti-oligárquicas (como la de Bernabé Somoza en 1848), incluyendo sucesivos proyectos de federación con Honduras y El Salvador (la Dieta de Nacaome en 1847 y la de Chinandega en 1849). Como ya hemos sugerido más arriba, estas diversas invasiones de unos país a otros, tienen un carácter aparentemente ideológico y faccionalista —desde la caída de Francisco Morazán, los liberales intentan reconstruir la federación por la fuerza y los conservadores también se coaligan desde Guatemala para defender sus intereses— que, en el fondo, tiene una fuerte marca caudillista. Como ha apuntado Carlos Bosch:

En ese enfrentamiento (liberales-conservadores y federalistas-centralistas) se combinaron las oligarquías aristocráticas que movieron sus peonadas y sus recursos económicos, y que veían en la república conservadora y centralizada la evolución natural de la colonia, a través de las guerras de independencia. Hasta el último momento apoyaron la posibilidad de establecer monarquías nacionales y trataron de no rescindir sus funciones de mando. Por otro lado, estaba la oligarquía de los profesionales y comerciantes que reflejaron la auténtica modernidad y yendo más allá que los anteriores, aceptaban la filosofía predominante de la época, el libre comercio y la libertad política (...) acentuaban la libertad concordando con los regímenes federales y adquirían una riqueza proveniente del contacto con el capitalismo inglés (...) Estos (partidos rivales) representaron puntos de vista generales y fueron dominados por la fuerte personalidad de sus conductores.<sup>78</sup>

En abril de 1853, esta inestabilidad cíclica de Nicaragua da la última vuelta de tuerca. El gobierno es asumido por un representante de la oligarquía granadina. Fruto Chamorro, quien manda apresarse a los líderes del liberalismo nicaragüense en ese momento: Francisco Castellón, José Guerrero, Máximo Jerez, Francisco Díaz Zapata y Mateo Pineda. Chamorro impone una nueva Constitución en 1854 que abroga la de 1838: Nicaragua es declarada república y el Director Supremo, que duraba dos años en el cargo, se convirtió en Presidente, ampliando su periodo a cuatro años. La política faccionalista daba un nuevo giro: Chamorro firmó una alianza con Guatemala y así destruyó el proyecto liberal de federación con Honduras y El Salvador que, incluso, había llegado a una Asamblea Constituyente Confederada en 1842.<sup>79</sup> El pacto con el líder conservador guatemalteco, Rafael Carrera, era un proyecto de defensa contra la posibilidad de que Manuel José Arce y Trinidad Cabañas promovieran otra federación de estados centroamericanos. Los liberales nicaragüenses huyeron a Honduras, donde el presidente liberal les ofreció el apoyo del ejército para que tomaran Chinandega en 1854. Se inició así una guerra civil entre liberales —autodenominados “demócratas”— y conservadores —“legitimistas”— que acabaría en la fundación de un gobierno liberal en León, paralelo al conservador de Chamorro y, a su muerte, al de José María Estrada en Granada. Apoyado por Gran Bretaña y Guatemala,<sup>80</sup> Estrada logró que Cabañas retirara el apoyo militar de Honduras a Castellón y Jerez, al promover que Guatemala invadiera Honduras. Es en ese momento que los liberales nicaragüenses conciben la posibilidad de introducir una fuerza militar norteamericana en el istmo, que contrapesa a las fuerzas británicas y conservadoras:

La guerra civil assolaba este país, y se pensaba que no era difícil obtener de una de las facciones, en tales circunstancias, la autorización para que la tropa llegase, no en calidad de expedición filibustera, sino en la forma de un ejército aliado cuyos soldados arribaban a identificarse con las luchas e ideales de un partido (...) Una vez establecidos como cuerpo compacto y disciplinado, se apoderarían del Gobierno del país; tal fue el plan concebido por el Sur.<sup>81</sup>

El encargado filibustero de efectuar los primeros contactos con la facción liberal nicaragüenses fue un periodista del *Comertial Adviser* de San Diego, llamado Byron Cole. Él y Walker habían trabajado juntos en ese diario en el tiempo en que a Walker se le enjuiciaba por su aventura en Sonora y Baja California. Cole buscaba un contrato de colonización en las inmediaciones de la ruta del Tránsito. Se hizo acompañar del agente de una compañía minera interesada en los lavaderos de oro en Honduras, William V. Wells. Lo relevante de esta operación es que "Wells era portador de numerosas cartas de recomendación para Castellón, las cuales sirvieron para que Cole fuera recibido con cordialidad por el jefe demócrata: este hecho implica que existió cierta previsión y precaución para asegurar esa benevolencia."<sup>82</sup>

Castellón, desesperado por el retiro de las fuerzas hondureñas que le apoyaban, aceptó el ofrecimiento de Cole y firmó un convenio. El contrato autorizaba el enganche de 300 americanos para el servicio militar en Nicaragua, con pago de sueldo y donación de tierras al final de la campaña. No era un convenio de colonización, y bajo esos términos, los expedicionarios podrían ser acusados de violar la Ley de Neutralidad norteamericana.<sup>83</sup>

La de Cole no fue la primera propuesta filibustera que los demócratas nicaragüenses recibieron. Henry Crabb (quien más tarde, en 1856, comandaría una nueva expedición contra Sonora) y el Capitán C.C. Hornsby (quien figuraría en la expedición de Walker), habían gestionado la obtención de esta misma autorización. Ambos, en compañía del dirigente sureño Thomas F. Fischer de Nueva Orleans, habían estado en Nicaragua con ese propósito. Fischer había visitado a Máximo Jerez en su campamento de Jalteva mientras atacaba Granada, y arregló con él, el transporte de quinientos hombres para el servicio del partido demócrata, con pago de dinero y tierras. Sin embargo, el acuerdo nunca se cumplió debido a que Crabb tuvo la vana intención de hacerse elegir senador por California. Más interesado en la política local que en Nicaragua, Crabb le ofreció el contrato que tenía con Jerez a Walker, pero éste lo rechazó; prefirió el que Cole había firmado con Castellón, no sin antes cambiarlo por uno de "colonización".<sup>84</sup>

A Máximo Jerez también lo había visitado en Jalteva, Joseph W. Fabens,

agente comercial de los Estados Unidos en Greytown, iniciando arreglos con él para la expedición a la costa mosquitia nicaragüense del Coronel Henry Kinney, su asociado. La aventura filibustera de Kinney, a diferencia de la de Walker, estaría apoyada y financiada por distinguidos políticos de la administración de Franklin Pierce y, en ese nivel, entraría en contradicción con los propósitos de Walker, contribuyendo a enemistarlo con el Presidente de los Estados Unidos, como se verá más tarde.

Los propósitos de los distintos actores de la "guerra nacional" se harán evidentes una vez que entren en conflicto: los liberales nicaragüenses estarán interesados en recapturar, con la ayuda de un ejército extranjero, el poder en Nicaragua; los capitalistas Morgan y Garrison ayudarán la empresa filibustera a cambio de una concesión definitiva de la ruta del Tránsito y, en consecuencia, el financiero Vanderbilt hará alianzas con los aliados centroamericanos y con Gran Bretaña para evitar que Morgan y Garrison lo consigan; el gobierno de Franklin Pierce obstaculizará moderadamente a los filibusteros y acentuará sus ataques una vez que Walker le niegue una alianza a Kinney en la costa Mosquito, para, más tarde, elogiar a Walker en vistas a la elección presidencial norteamericana; los sureños —destacadamente Pierre Soulé— apoyarán a Walker con empréstitos a cambio de que abra una vía de expansión de la esclavitud en Centroamérica; Domingo de Goicuría, de "La Junta de La Habana" en Nueva York reforzará las huestes de Walker a cambio de que le ayude a anexar Cuba a los Estados Unidos; y William Walker, atrapado en la red de intereses que su invasión causará, se obstinará en el proyecto político que subyace a su expedición: fundar un imperio esclavista en Centroamérica y el Caribe que pueda detener el avance de los industriales del Norte de los Estados Unidos y "regenerar" el istmo por medio de la introducción de pobladores "blancos", cuyas tierras serían cultivadas por negros africanos,<sup>85</sup> abrir una ruta canalera en Nicaragua que "ligara a esa república con las potencias" y, para conseguir esto, erigirse en dictador de una federación "con base militar".<sup>86</sup>

## Notas

- <sup>1</sup> David I. Folkman Jr., *The Nicaraguan Route*, Salt Lake City. University of Utah Press, 1972, p.13.
- <sup>2</sup> *Ibid.*, p. 14.
- <sup>3</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 29.
- <sup>4</sup> William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 100. Véase: Francesca Gargallo y Adalberto Santana, *Belice: sus fronteras y destino*, México, UNAM, 1993.
- <sup>5</sup> Jaime Wheelock Román, *Raíces indígenas de la lucha anticolonialista en Nicaragua*, México, Siglo XXI, 1980, p. 65.
- <sup>6</sup> *Ibid.*, p. 66.
- <sup>7</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 29.
- <sup>8</sup> William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 101.
- <sup>9</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, pp. 28-34.
- <sup>10</sup> David I. Folkman, *op. cit.*, p. 15.
- <sup>11</sup> *Ibid.*, p. 8.
- <sup>12</sup> *Ibid.*, p. 13.
- <sup>13</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 35.
- <sup>14</sup> David I. Folkman, *op. cit.*, p. 14.
- <sup>15</sup> *Ibid.*, p. 15.
- <sup>16</sup> *Ibid.*
- <sup>17</sup> *Ibid.*
- <sup>18</sup> *Ibid.*, p. 16.
- <sup>19</sup> *Ibid.*
- <sup>20</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 53.
- <sup>21</sup> David I. Folkman, *op. cit.*, p. 17.
- <sup>22</sup> *Ibid.*, p. 18.
- <sup>23</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, pp. 42-55.
- <sup>24</sup> Alejandro Hurtado Chamorro, *op. cit.*, p. 44.

25 Albert Z. Carr. *op. cit.*, p. 50.

26 *Ibid.*, p. 52.

27 David I. Folkman, *op. cit.*, p. 20.

28 *Ibid.*, p. 60.

29 *Ibid.*, p. 32.

30 *Ibid.*, p. 35.

31 *Ibid.*, p. 36.

32 *Ibid.*, p. 39.

33 *Ibid.*, p. 43.

34 *Ibid.*

35 *Ibid.*

36 *Ibid.*, p. 48.

37 *Ibid.*, p. 53.

38 *Ibid.*

39 *Ibid.*, p. 61.

40 *Ibid.*, p. 32.

41 *Ibid.*, p. 61.

42 *Ibid.*, p. 62.

43 *Ibid.*

44 *Ibid.*, p. 64.

45 *Ibid.*

46 *Ibid.*, p. 65.

47 *Ibid.*, p. 66.

48 *Ibid.*, p. 65.

49 *Ibid.*, p. 66.

50 *Ibid.*, p. 67.

51 *Ibid.*, p. 68.

52 Leopoldo Zea (coordinador), *América Latina en sus ideas, México, UNESCO-Siglo XXI, 1986, p. 247.*

53 Jaime Wheelock Román, *Imperialismo y dictadura. Crisis de una formación social, México, Siglo XXI, 1975, p. 50.*

- <sup>54</sup> *Ibid.*, p. 65.
- <sup>55</sup> Carmen Collado, *Nicaragua*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad de Guadalajara-Alianza Editorial Mexicana, 1988, p. 64.
- <sup>56</sup> Rodolfo Pastor, *Historia de Centroamérica*, México, El Colegio de México, 1988, p. 153.
- <sup>57</sup> Jaime Wheelock Román, *op. cit.*, p. 65.
- <sup>58</sup> William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 87.
- <sup>59</sup> Carmen Collado, *op. cit.*, p. 67.
- <sup>60</sup> Jaime Wheelock Román, *op. cit.*, p. 60.
- <sup>61</sup> *Ibid.*, p. 66.
- <sup>62</sup> Carmen Collado, *op. cit.*, p. 62.
- <sup>63</sup> Jaime Wheelock Román, *op. cit.*, p. 51.
- <sup>64</sup> Carmen Collado, *op. cit.*, p. 64.
- <sup>65</sup> *Ibid.*
- <sup>66</sup> Jaime Wheelock, *op. cit.*, p. 106.
- <sup>67</sup> Rodolfo Pastor, *op. cit.*, p. 177.
- <sup>68</sup> *Ibid.*, p. 178.
- <sup>69</sup> Carmen Collado, *op. cit.*, p. 65.
- <sup>70</sup> *Ibid.*
- <sup>71</sup> *Ibid.*, p. 66
- <sup>72</sup> William Walker, *La guerra en Nicaragua*, San José, EDUCA, 1970, p. 166.
- <sup>73</sup> Carmen Collado, *op. cit.*, p. 66.
- <sup>74</sup> *Ibid.*
- <sup>75</sup> Arturo Taracena Arriola, "Reflexiones sobre la Federación Centramericana 1823-1840" en *Revista de Historia*, Managua, Instituto de Historia de Nicaragua, 1992-1993, no. 2, vol. 1, p. 7. Sobre la disputa entre centralismo y federalismo en Centroamérica véase: Adalberto Santana, *El pensamiento de Francisco Morazán*, México, UNAM, 1992.
- <sup>76</sup> Rodolfo Pastor, *op. cit.*, p. 154.
- <sup>77</sup> *Ibid.*, p. 168.

- <sup>78</sup> Leopoldo Zea. *op. cit.*, p. 244 y 246.
- <sup>79</sup> Carmen Collado. *op. cit.*, p. 69.
- <sup>80</sup> Rodolfo Pastor. *op. cit.*, p. 183.
- <sup>81</sup> Alejandro Hurtado Chamorro, *op. cit.*, p. 41.
- <sup>82</sup> *Ibid.*, p. 42.
- <sup>83</sup> *Ibid.*
- <sup>84</sup> William O. Scroggs. *op. cit.*, p. 323.
- <sup>85</sup> *Ibid.*, p. 237.
- <sup>86</sup> William Walker. *op. cit.*, pp. 243-252.

### 3. Intereses y alianzas de Walker en Nicaragua

#### 3.1 El contrato de Walker en Nicaragua

En los últimos meses de 1854, Castellón firmó un contrato con Byron Cole por el cual éste último se comprometía a llevar trescientos soldados americanos a Nicaragua, con un sueldo mensual y donación de tierras al finalizar la campaña.<sup>1</sup> Walker rehusó firmarlo en virtud de que violaba la Ley de Neutralidad estadounidense y envió a Cole a negociar uno que presentara a los filibusteros como "colonos con derecho a portar armas permanentemente".<sup>2</sup> El contrato Castellón-Cole fue firmado por Walker en febrero de 1855, después, renunció a su trabajo de editor en Sacramento y se dirigió a San Francisco para hacerse cargo de su segunda expedición filibustera. Ahí se le unieron los miembros de la abandonada expedición de Crabb, Hornsby, De Brissot y Fisher.

Es importante notar que Walker introduce por primera vez la idea de "colonización" para evitar que las autoridades impidan su salida de San Francisco. Pero no sólo. En realidad, la idea del "colono permanentemente armado" se realiza en el imaginario de un "pionero" que se dirige a un territorio por "regenerar". Este "pionero" se ayudará de esclavos negros y mantendrá así, en el trabajo, la familia y el Estado una separación racial que conjure la degradación que conlleva la mezcla. Así lo aclara el propio Walker en su crónica de la expedición, *La guerra en Nicaragua*, un texto en el que habla de sí mismo en tercera persona del singular:

La política del gobierno de Walker en lo que atañe a la introducción de la raza blanca en Nicaragua aspiraba a (...) reorganizar no solamente el Estado, sino también la familia y el trabajo (...) La esclavitud negra tendría en Nicaragua una doble ventaja. A la vez que proporcionaría mano de obra para la agricultura, tendería a separar las razas y a destruir a los mestizos, causantes del desorden que ha reinado en el país desde la Independencia.<sup>3</sup>

La idea de presentar la expedición militar como una empresa de "colonización" logró, además, sus objetivos más inmediatos: salir de California. Para ello, se conjugaron dos factores: por un lado, las instrucciones sobre la aplicación de la Ley de Neutralidad del secretario de la Defensa del gobierno de Pierce, Davis, al encargado militar en San Francisco, Wool:

Algunas cuestiones dudosas se han presentado en relación a los poderes de los que está investido el Presidente para hacer cumplir las leyes de neutralidad y el grado hasta el que se puede delegar este poder en oficiales militares. Estas leyes no han recibido en todos sus puntos una consideración de orden judicial. Del lenguaje de la Suprema Corte se desprende que el Presidente puede autorizar a un general en funciones el uso de la fuerza contra los infractores de estas leyes y sin la interposición de las autoridades civiles. Pero, la corte también es de la opinión que este "alto y delicado uso del poder" se debe ejercer "sólo en el caso en el que la autoridad civil no pueda hacer que se acate la ley", y cuando se pide a la fuerza militar o naval para hacer obedecer el cumplimiento de las leyes.<sup>4</sup>

Estas instrucciones implicaban que las autoridades militares sólo podían intervenir contra los filibusteros si una autoridad civil así lo requería. Por ese entonces se preparaba la expedición filibustera de Henry Kinney a la costa del Atlántico centroamericana, cuyos bonos habían sido comprados por funcionarios del gobierno del Presidente Pierce, como veremos más adelante. Así que, cuando Walker fue a avisarle a Wool de su pronta partida "colonizadora", éste le respondió que la autoridad militar "no tenía objeción alguna, si no la tenía el fiscal de distrito en San Francisco".<sup>5</sup> Aunado a estas instrucciones que tenían como objetivo facilitar la expedición filibustera de Kinney a la costa Mosquito, está el hecho de que Garrison, el que más tarde usaría los vapores de la *Accesory* para trasladar reclutas a las filas de Walker, era en ese momento el alcalde de San Francisco. Así que el fiscal de distrito correspondiente, Inge, no tuvo ninguna objeción al dar el espaldarazo al contrato de Walker con Castellón.<sup>6</sup>

Con estas suaves medidas de contención del filibusterismo, Walker se dispuso a su nueva empresa. Para ello, leyó las descripciones que el ministro de Estados

Unidos en Nicaragua, George E. Squier había escrito y que impulsaron, sin duda alguna, la idea que el filibustero tenía de un *paraíso tropical* como prolongación del Sur:

Las mujeres nativas son de todos los colores, desde el blanco hasta el negro ébano, caminan derechas como una flecha, ligeras pero bien proporcionadas. con miradas rápidas y traviesas (...) los amos de las plantaciones de Nicaragua viven una vida pletórica de satisfacciones, como nadie en los Estados Unidos lo hace. Un aristócrata con la cosecha de cien mil árboles de cacao, obtiene treinta mil dólares al año, libres de impuestos.<sup>7</sup>

Esta era la idea de *paraíso tropical* tras la cual fueron los primeros filibusteros reclutados en San Francisco: Dr. Alexander Jones, un cirujano que había regresado de la búsqueda de un tesoro en el Océano Índico, Achilles Kewen, un expartidario de Narciso López en Cuba y, cuyo hermano, Edward, era ya un prominente político californiano; el Coronel C.C. Hornsby, del que ya hablamos participando en los contratos con los liberales nicaragüenses y que había combatido en la guerra contra México; también habían estado en la invasión a México, el Mayor Frank Anderson y Timothy Crocker, quien había acompañado a Walker en la aventura de Baja California. También acudieron al llamado de Walker, George Tillman, de Carolina del Sur, perseguido por asesinar a un apostador; C.W. Dobleday, un gambusino californiano; A.C. Allen, el hijo de quince años de un terrateniente de Kentucky, quien se enlistó porque "así lo mandaba el espíritu de los nuevos tiempos"; Sidney Breese Jr., el hijo de un ex-senador de los Estados Unidos; John Heiss, editor del periódico vocero de James K. Polk, el *Union*; William Cazneau, el agente especial de Franklin Pierce en República Dominicana, entre otros.<sup>8</sup> Estos serían los mandos de la expedición de cincuenta y ocho hombres, a los que Walker nombró "Los Inmortales".

Como ya hemos apuntado, buena parte de estos primeros reclutas venían de las aventuras de Narciso López y Domingo De Goicuria en Cuba —destacadamente Roberdeau Wheat, capitán en la expedición a Cárdenas—,<sup>9</sup> y otro tanto, de los campos gambusinos en California: muchos de ellos,

decepcionados frente a las dificultades que constituía ir a buscar el oro californiano, preferían embarcarse a Centroamérica.

En San Francisco se quedaba un equipo logístico para conseguir financiamiento y apoyos políticos: Edmund Randolph, Alexander Crittenden, Joseph Palmer, dueño de la compañía bancaria *Palmer, Cook & Company* y, de manera destacada, el Coronel John C. Frémont, uno de los políticos californianos más renombrados, quien sería el primer candidato a la Presidencia de los Estados Unidos por el Partido Republicano, contra Buchanan.<sup>10</sup> Por si esto no bastara, a Walker se acercó un personaje picaresco llamado Parker H. French, un periodista del periódico rival del *Democratic State Journal* de Walker, el *State Tribune*. French era diputado en la legislatura local de California y ofreció a Walker su intermediación para que C.K. Garrison, de la *Accessory Transit*, lo ayudara. Walker no le respondió de inmediato.<sup>11</sup>

Las conexiones que le habían dejado a Walker su oficio periodístico y su membresía en la barra californiana de abogados, además de las simpatías que había despertado su juicio por la invasión a Baja California, le permitieron zarpar: el barco que pudo comprar, el *Vesta*, fue embargado por la policía federal debido a que el dueño, a quien Walker había pagado con vales nicaragüenses, se arrepintió de su dicho y exigió dólares. Resultó que el dueño del *Vesta* era un amigo de Crabb, y Walker solucionó el asunto pidiéndole su intermediación.<sup>12</sup> La madrugada del 4 de mayo de 1855, Walker y "Los Inmortales" zarparon de San Francisco rumbo a Nicaragua.

Tres días después, salió de Nueva York la expedición de los protegidos de Pierce, encabezada por Henry L. Kinney, veterano de la guerra contra México y fundador de Corpus Christi. Su aventura, aunque distinta de la de Walker, comprueba que el filibusterismo era un movimiento que respondía a un clima político expansivo en lo territorial y "regenerador" en lo social, que expresaba a una opinión pública cuyo estado de ánimo era proclive a la Doctrina Monroe. En otro sentido, la existencia de la expedición de Kinney a Centroamérica comprueba que el filibusterismo no constituía un asunto de voluntades personales, sino que respondía a condiciones históricas y a un

imaginario colectivo de conquista después del triunfo sobre México, lo que hace inútil la perspectiva de tratar de comprender el filibusterismo a través de la "personalidad" o "psicología" de sus agentes. En otras palabras, si Walker no hubiera existido, alguien más habría emprendido su aventura.

El llamado "Coronel" Henry L. Kinney iba a la costa este de Nicaragua a reclamar su soberanía sobre tierras del Reino de la Mosquitia. Como ya mencionamos, en 1839, el entonces "rey" Robert Charles Frederick le había adjudicado tierras a Samuel y Peter Shepherd en la margen meridional del Río San Juan hasta Boca del Toro en Panamá. Las concesiones de tierras se habían declarado nulas cuando el superintendente de Belice, Coronel McDonald, encarceló al "rey" miskito y formó el Consejo de Estado de ese "reino". Pero esas fueron sólo algunas de las concesiones a los Shepherd, quienes tenían papeles firmados con una "x" de Sir Robert que les hacía dueños de dos terceras partes de la Mosquitia.<sup>13</sup> Antes de morir, los hermanos Shepherd vendieron los papeles a Kinney, a través de una *Central American Company*, que pagó cinco millones y medio de dólares por casi noventa kilómetros cuadrados de costa centroamericana.<sup>14</sup>

Kinney organizó su expedición con el objetivo de "colonizar" esas tierras y emitió doscientas veinticinco mil acciones con valor nominal de veinticinco dólares por pieza, respaldadas por cien acres de tierra cada una.<sup>15</sup> El agente comercial del gobierno de Pierce, Joseph Warren Fabens tenía tierras en los llanos de Chontales, a la orilla del Lago Nicaragua y, por ello, hizo una alianza con Kinney para ligar intereses dentro de la compañía. Fletcher Webster, miembro del gabinete de Pierce, compró buena parte de las acciones.<sup>16</sup>

Dos días antes de la fecha tentativa para zarpar, Kinney publicó en un diario de Brownsville, *The Flag*, un anuncio:

Bastan sólo unos pocos centenares de americanos, de preferencia texanos, para apoderarse de toda Nicaragua. Tengo concesiones de tierras, y en tal cantidad, para comenzar a actuar en forma segura y legal. Pienso establecer un buen gobierno; el resto vendrá por añadidura.<sup>17</sup>

Con ese discurso y aquellos apoyos, la operación financiera y filibustera de

Kinney contrastaba con la relativa pobreza con la que comenzó Walker: mientras éste último embarcó a cincuenta y ocho expedicionarios, Kinney metió en un barco, el 7 de mayo, a más de cuatrocientos "inmigrantes."<sup>18</sup> Pero Kinney se toparía con un obstáculo mayor: la *Accessory Transit Co.* tenía un acuerdo con el gobierno de Nicaragua y no estaba dispuesta a perderlo en una aventura más. Kinney no pudo zarpar y fue acusado de organizar una guerra contra la república de Nicaragua<sup>19</sup>; su barco, *United States*, fue confiscado en Nueva York.

Pero Kinney logró escapar: John Graham, miembro de "La Junta de La Habana" de Cuba en Nueva York organizó un mitin en los muelles para distraer la atención de las autoridades militares. Aprovechando la confusión, Kinney y otros trece filibusteros lograron embarcarse en la goleta *Emma* rumbo a la costa este de Nicaragua.<sup>20</sup>

Para el 7 de septiembre de 1855, Kinney ya se había autoproclamado gobernador civil y militar de la costa miskita y anunciaba la redacción de una Constitución.<sup>21</sup> El gobierno británico, como es obvio, se negó a reconocer gobierno alguno y Kinney se enteró de que William Walker ya había desembarcado con éxito en el Pacífico.

El 16 de junio, Walker llegó del puerto más septentrional de Nicaragua, El Realejo, a León, donde fue recibido con honores por el líder liberal Castellón.<sup>22</sup> La primera acción de Walker es reveladora de sus propósitos: avisó a los liberales que tomaría la ruta del Tránsito para mantener abierta la línea de abastecimiento de armas y reclutas. Como se recordará, Walker había fracasado en su intento por independizar Sonora, entre otras cosas, por la falta de víveres para sus tropas. En Nicaragua, Walker asimiló las lecciones de México y trató de tomar inmediatamente la ruta del Tránsito. Pero se enfrentó a su primer enemigo no declarado: el General en Jefe de las Fuerzas Demócratas, Trinidad Muñoz, quien filtró a los legitimistas el plan de los filibusteros y éstos tuvieron que batirse en retirada de Rivas, sin poder tomar su objetivo.<sup>23</sup>

Tras esta primera derrota de los filibusteros, los nicaragüenses demócratas comenzaron a calibrar las diferencias de propósitos que existían entre ellos y

los norteamericanos. Si bien Castellón había pensado en traer un ejército extranjero que ayudara a tomar Granada e imponer un gobierno demócrata a toda Nicaragua, la insistencia de Walker en la ruta del Tránsito lo hizo dudar de las intenciones de los filibusteros. El mismo Walker confiesa en sus memorias:

Cuanto más desesperada fuese la situación del Partido de Castellón, tanto más grande sería la deuda contraída con los que pudieran salvarlo del peligro y tanto más obligado se vería a seguir cualquier camino o política propuestos por los americanos.<sup>24</sup>

No obstante que las instrucciones de Castellón y Muñoz eran que Walker distribuyera de diez en diez a los filibusteros americanos, entre batallón y batallón nicaragüense, y así marchar a Granada, Walker desobedeció y trató de partir hacia Chinandega. Muñoz acuarteló a trescientos soldados para impedirlo, pero Walker le dio un ultimátum a Castellón: o lo dejaba partir en una hora, o combatiría contra los demócratas en el propio León. Castellón decidió dejarlo partir.<sup>25</sup> Este incidente señala el comienzo de una serie de desconfianzas mutuas entre demócratas y filibusteros, resultado de la diferencia en los intereses y propósitos.

Byron Cole obtuvo entonces un tercer contrato de Castellón que estipulaba su autorización para que Walker reclutara a trescientos filibusteros más, con un sueldo mensual de cien dólares y un "donativo" de quinientos acres al término de la campaña militar y que otorgaba al mismo Walker facultades para arreglar las deudas de la *Accessory Transit* y el gobierno nicaragüense. Castellón firmó.<sup>26</sup>

Sin autorización de nadie, Walker llevó a sus "Inmortales" a El Realejo y, en su trayecto, consiguió el apoyo del indio José María Valle, ex-subprefecto de Chinandega y enemigo acérrimo de los legitimistas.<sup>27</sup> Aunque Castellón le ordenó a Valle no apoyar a los filibusteros, el indio llegó a El Realejo con más de ciento sesenta hombres. A pesar de que sus instrucciones eran regresar a León, Walker encabezó una expedición a San Juan del Sur, guiado por el indio Valle.

No obstante que Walker justifica la invasión a Nicaragua en sus memorias

como un acto que se desprendía precisamente de la invitación de Castellón a los "ciudadanos norteamericanos", sus primeras acciones echan por tierra el supuesto "legalismo" o formalismo que algunos autores quieren ver en las decisiones de Walker.<sup>28</sup> Walker no tuvo nunca nada que ver con la causa demócrata y liberal nicaragüense. Desde que puso un pie en Nicaragua, el líder filibustero actuó como el futuro dictador de un imperio esclavista tropical.

En San Juan del Sur esta evidencia se esclarece: Parker H. French, vinculado a Garrison y Morgan, llegó hasta ahí y fue enviado por Walker a reclutar una compañía de setenta y cinco combatientes.<sup>29</sup> Unos días después, el 2 de septiembre, los filibusteros derrotaron a los legitimistas de Guardiola y tomaron Rivas y esa parte del Pacífico de la ruta del Tránsito.

En San Juan del Sur, Walker impuso su primera medida como jefe de unas fuerzas militares que actuaban por su cuenta: un impuesto de guerra a los comerciantes para la manutención de las tropas. Para estas fechas —principios de octubre de 1855—, Walker había recibido a los primeros reclutas a bordo de un vapor de la *Accessory Transit Co.*, entre los que venían Charles Gilman, un coronel que perdió la pierna en la invasión a Baja California y Charles McDonald, representante del gerente en San Francisco de la *Accessory Transit*, Garrison.<sup>30</sup>

Con los nuevos reclutas norteamericanos, más los voluntarios demócratas de León, las fuerzas de Walker en octubre eran de doscientos cincuenta soldados; ciento cincuenta eran nicaragüenses.<sup>31</sup> Entonces, Walker decidió que tenía la suficiente fuerza militar como para tomar Granada, el símbolo del poder legitimista. Fue el único cálculo militar de Walker digno de ese nombre. Aprovechando la ruta y los barcos de vapor, Walker embarcó a sus tropas en el puerto lacustre de La Virgen y cayó la noche del 13 de octubre sobre Granada. No había ahí más que una guarnición dormida y a la mañana siguiente Walker ya era, en rigor, el "hombre fuerte" de Nicaragua.

Esto lo demuestran los dos sucesos del 14 de octubre: Walker fue a escuchar el sermón del Padre Agustín Vigil y asistió a la reunión de la municipalidad que le ofreció la presidencia de la República. Walker declinó el ofrecimiento en

favor del General en Jefe de las Fuerzas Legitimistas, Ponciano Corral. Es decir, Walker, ya en control de la capital de los conservadores nicaragüenses, se acerca a sus dos enemigos: la Iglesia católica conservadora (el vicario de León, un liberal, José Hilario Herdocia, le escribió para "felicitarlo a su Excelencia por la victoria obtenida a favor de los principios liberales que son aquellos que han llevado al país a su prosperidad")<sup>32</sup> y los legitimistas. Corral, cuyo asiento militar estaba reducido a la ciudad de Rivas, se negó a recibir a una delegación de los filibusteros encabezada por John H. Wheeler, el ministro de Estados Unidos en Nicaragua, que le llevaba la propuesta. Corral exigió entrevistarse personalmente con Walker.<sup>33</sup>

Cuatro días después de la toma de Granada, Parker French llegó con el batallón que se le había solicitado. Pero lo que intentó French al llegar nos da la dimensión del clima y el estado de ánimo de los hombres del filibusterismo *seccionalista*: sin autorización de Walker, French embarcó al batallón para tomar el lado Atlántico del Río San Juan, San Carlos. Al no poder hacerlo con un sólo cañón de bronce, se embarcó de regreso a Granada, dejando a los pasajeros con rumbo a Nueva York en los edificios de la *Accesory Transit Co*. El problema fue que los legitimistas atacaron a los pasajeros neutrales y ello motivó el primer cierre de la ruta del istmo nicaragüense.<sup>34</sup> Frente al ataque de los legitimistas a los pasajeros norteamericanos, Walker reaccionó en el corte de ese imaginario norteamericano en Centroamérica: la valentía a la que todo mundo debe temer. En "represalia" por la actitud de los legitimistas, mandó fusilar a Mateo Mayorga Quadra, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno legitimista, capturado en la toma de Granada. No obstante que estaba refugiado en casa del representante norteamericano, Wheeler, William Walker mandó por él y lo ejecutó el 22 de octubre de 1855.<sup>35</sup>

Al día siguiente se encontró con Corral y convinieron en firmar un acuerdo de paz, por el cual quedaba al frente del Ejecutivo Patricio Rivas, un liberal moderado. Corral quedó al frente del ministerio de Guerra y Walker como General en Jefe del Ejército de la República. No se trataba más que de un convenio entre facciones beligerantes, pues no cumplía con lo establecido ni por la Constitución de 1838, defendida por los liberales, ni por la

conservadora del 1854. De hecho, Corral lo tomó como tal e hizo los preparativos para entrar con su ejército a Granada. Creyó que la capital quedaría en ese asiento conservador y que Walker no tenía intenciones de incluir a los demócratas en sus decisiones.<sup>36</sup>

Pero Máximo Jerez aceptó el convenio del 23 de octubre y, en consecuencia, Walker lo propuso para el cargo de ministro de Relaciones Exteriores y, a pesar de las protestas de Corral, Patricio Rivas firmó el decreto. Ese mismo día, Corral envió una carta a Guardiola en Tegucigalpa: "Nicaragua se verá perdida, perdidas Honduras, El Salvador y Guatemala, si dejan que esto tome cuerpo: vengan pronto si quieren hallar auxiliares".<sup>37</sup>

Esa carta y otra enviada al militar hondureño, Pedro Xatruch, cayeron en manos de William Walker, gracias a que fueron interceptadas por el indio Valle. Ponciano Corral fue fusilado el 8 de noviembre. Ese episodio ha sido considerado un error político del filibustero, quien —se dice— no midió la simpatía que los legitimistas le profesaban a Corral y actuó en la medida en que éste le fue desleal. Sin embargo, en el marco de los propósitos de Walker, el fusilamiento de Corral tiene una intencionalidad clara. Según la relatoría de la Corte marcial contra Corral, William Walker declara:

Para informar a la Corte sobre tales papeles (las cartas interceptadas) tengo que decir: que ayer vino el General Corral a preguntarme si yo había mandado una orden a Rivas y Managua para disminuir las guarniciones de aquellas plazas. Yo contesté que sí lo había hecho. Observó entonces que creía que, según el Tratado, correspondía solamente al Gobierno, dar tales órdenes. Yo le pregunté en seguida si él había comunicado a la comandancia de dichas plazas mi nombramiento de Comandante en Jefe del Ejército, a lo que me contestó afirmativamente.<sup>38</sup>

Esa es la declaración de Walker al respecto y, por ello, podemos concluir que el fusilamiento de Corral es el fin de una de las tácticas del filibustero: buscaba un gobierno, aparentemente de coalición entre las dos facciones, cuyas principales decisiones fueran tomadas desde la Comandancia en Jefe del Ejército. La idea era tener el apoyo "popular" y la legitimidad necesarias para que su gobierno fuera reconocido por los Estados Unidos. En este sentido,

recuérdese que, al frente de la delegación que fue a negociar con Corral para el tratado de paz, va el ministro de Estados Unidos en Nicaragua, Wheeler, quien es tomado como un testigo presencial para las discusiones que se presentarían en torno a los beneplácitos en Washington.

Por otro lado, Walker se refiere en sus declaraciones no a la deslealtad de Corral, sino a la reorganización de las fuerzas armadas en torno a "Los Inmortales", ahora llamada "La Falange Americana" por sus integrantes. En efecto, Walker había decidido, un día antes de descubrir las cartas, licenciar a las tropas que entraron con Corral a la ciudad de Granada y también a la mayor parte de las fuerzas demócratas. Así, "La Falange Americana" quedaba como único garante del uso posible de la fuerza en la "nueva" república.

Al no poder controlar a las dos facciones en disputa, Walker hizo un cambio de táctica y se sostuvo en su filiación "demócrata": el ministerio de Guerra recayó en un reconocido ultraliberal, Buenaventura Selva. Con esta decisión el supuesto equilibrio de fuerzas se rompió y, con él, el espíritu del tratado sobre el cual Walker justificaba su estancia. Así que, de nueva cuenta, Walker utiliza como legitimadora, la invitación de los liberales locales.

Pero el apoyo político local y regional del que carecía, tendría ahora que cubrirse con la ayuda de los Estados Unidos. McDonald, el agente de Garrison, le propone a Walker un préstamo de veinte mil dólares en una operación financiera onerosa para Nicaragua:

El dinero le fue inmediatamente entregado, tomando McDonald esa cantidad de un cargamento de oro procedente de California. Libró a los propietarios del oro letras de cambio contra Charles Morgan, gerente de la Compañía del Tránsito en Nueva York, por el valor de la cantidad tomada (...) El gobierno de Nicaragua se comprometió a amortizarlo con los pagos anuales que la compañía hacía al Estado, a cuenta de la concesión de la ruta del Tránsito.<sup>39</sup>

Al mismo tiempo que Walker recibía el préstamo, John H. Wheeler le extendió el reconocimiento de los Estados Unidos al gobierno de Patricio Rivas. Aunque el secretario de Estado, Marey, lo reprendió por no cerciorarse de que fuera un "gobierno de facto" con el que se podía tratar, la opinión pública en San Francisco, Nueva Orleans y Texas, celebró la decisión

norteamericana.<sup>40</sup>

Luego de estas dos muestras de apoyo, Walker se concentró en lograr el de la población. Como ya advertimos, tanto la expedición de Narciso López a Cuba como la del propio Walker a Baja California y Sonora, tuvieron resultados desastrosos, en parte por la poca repercusión social que tuvieron en las poblaciones "liberadas". Para que exista "regeneración", tiene que existir, por lo menos, una minoría interna dispuesta a ser regenerada.

Debido a la ayuda incondicional del indio Valle de Chinandega, Walker concibió la idea de presentarse como parte de la mitología indígena del Pacífico, es decir, buscar la "santificación", que, según Juan A. Ortega y Medina acompaña a todas las aventuras del *Destino Manifiesto*. Según una de las tradiciones nativas, los indígenas serían liberados del yugo español cuando llegara un hombre "de ojos grises". Esta tradición le fue revelada a Walker durante la lectura de *The Gospel in Central America*, un libro del misionero británico Frederick Crowe. Con ese objetivo, Walker se dispuso a encarnar el mito y el 8 de diciembre su periódico local, *El Nicaragüense* decía:

La Profecía se ha cumplido al pie de la letra. El Predestinado de los Ojos Grises está aquí. Y no llegó como un Atila o un Guardiola, sino como amigo de los oprimidos y protector de los mansos y desvalidos. Los indios saben que la profecía se ha cumplido.<sup>41</sup>

En ese momento, la parte de la población nicaragüense que combatía a Walker era la que había sido afectada por el conflicto: los comerciantes obligados a pagar impuestos de guerra y los oligarcas granadinos que habían visto perder a su facción en la disputa por la ciudad capital. Por ello, los indígenas eran un comienzo para construir apoyos masivos. Pero, los indios no leían el periódico y desataron la guerra anti-filibustera, aun antes de que existiera como tal.<sup>42</sup>

Henry Kinney tampoco obtenía el apoyo de los indios mosquitos en la costa Atlántica. Al día siguiente del fusilamiento de Corral, Joseph Fabens y un Capitán Swift llegaron a Granada para plantearle a Walker una alianza entre los dos filibusteros. Ante la negativa absoluta de Walker, los dos negociadores decidieron quedarse ahí, incorporándose a las fuerzas de "La Falange Americana".<sup>43</sup> Esta negativa del filibustero Walker a aliarse a Kinney,

apoyado por el gabinete de Franklin Pierce, ha sido interpretada por algunos como un síntoma de repentino "patriotismo" pro-nicaragüense en Walker.<sup>44</sup> Por supuesto que esto no es así. En el esquema de Walker, Kinney era un peligro al menos en dos sentidos: el gobierno de Estados Unidos no reconocía oficialmente la existencia legal de un reino miskito en la costa Atlántica de Centroamérica y, la *Accessory Transit Co.*, que ya había empezado a enviar reclutas en barcos de vapor y había conseguido un préstamo al filibustero, tampoco reconocía la existencia de otro gobierno, excepto el de Nicaragua, con el que negociar sus concesiones sobre la ruta interoceánica.

Ante la negativa y la deserción de sus representantes, Kinney se estacionó en San Juan del Norte, proclamándose de nuevo gobernador de ese territorio. En febrero de 1856, la respuesta de Patricio Rivas fue la misma que la de Walker: Nicaragua declaraba nulo cualquier reclamo sobre las costas que pertenecían a la "integridad" de Centroamérica.<sup>45</sup>

Así que Kinney decidió presentarse en Granada para ofrecerle a Walker una negociación: Kinney reconocería la autoridad militar de Walker sobre el Reino Miskito, mientras Walker le reconociera la autoridad civil.<sup>46</sup> Walker se interesó más en su última propuesta: traer inmigrantes, obtener un préstamo y ejercer su influencia en el gabinete de Pierce para obtener el reconocimiento de los Estados Unidos. Walker aceptó esto, pero, al día siguiente mandó arrestar a Kinney y le envió de vuelta a San Juan del Norte, de donde saldría huyendo en abril de 1858, para morir tres años después, en una balacera en Matamoros.<sup>47</sup> La razón para cambiar de opinión que Walker adujo es la "traición de Kinney": según Walker, Kinney le sugirió a Patricio Rivas que el "ejército desproporcionado que Walker está organizando, consumirá la hacienda pública".<sup>48</sup> Walker percibió que Kinney estaba tratando de enemistar al Presidente Rivas con "La Falange Americana" y decidió no correr riesgos. Nuevamente, tenemos otro indicio del proyecto militarista de Walker en Centroamérica y de su fuerte determinación de llevarlo a cabo con base en la eliminación de sus enemigos, sin importar si de ellos depende el reconocimiento de Estados Unidos al nuevo gobierno nicaragüense.

El incidente con Kinney tendría costos políticos para Walker. El Presidente

Pierce expidió un decreto advirtiendo a la ciudadanía que “de ninguna forma debería participar en la organización de expediciones filibustera a Nicaragua” y, en ese sentido, establecía que “los que ya han ido allá, organizados o no, a tomar parte en las operaciones militares contra ese país, deberán olvidarse de pedir nunca protección al gobierno de los Estados Unidos.”<sup>49</sup>

Por su parte, el Fiscal General, Caleb Cushing (quien tenía una fuerte inversión en acciones de la Compañía de Kinney), mandó una circular a los fiscales de distrito de los puertos involucrados —San Francisco, Nueva York y Nueva Orleans—, a fin de que evitaran la salida de más filibusteros.<sup>50</sup> Repentinamente, las “dudosas” instrucciones de Davis sobre la facultad de las autoridades militares de asistir a las civiles en el cumplimiento de la Ley de Neutralidad, quedaban aclaradas.

Ante esta ofensiva en el plano norteamericano, Walker no pudo sino avanzar en la consolidación de uno de sus propósitos en Nicaragua, al lado de la “regeneración” social de Centroamérica: la estabilización de la ruta interoceánica. La *Accessory Transit* de Vanderbilt, ahora dirigida por Garrison y Morgan ya le había prestado los barcos de vapor para tomar Granada, enviado reclutas y hecho un préstamo. Ahora tocaba al “hombre fuerte” de Nicaragua hacer su parte. Edmund Randolph le informó a Walker del acuerdo al que Crittenden y Garrison habían llegado en San Francisco y que consistía en revocar los derechos sobre la ruta a la *Accessory Transit* de Vanderbilt por incumplimiento de sus obligaciones con Nicaragua y darle una nueva concesión a Morgan y a Garrison.

La historia de los incumplimientos de la *Accessory Transit* con Nicaragua era larga. Cuando la Compañía obtuvo en 1849 la concesión del gobierno nicaragüense, se comprometió a pagar anualmente una suma de diez mil dólares hasta terminar la construcción del canal interoceánico y por los derechos exclusivos para navegar la ruta se comprometió a pagar el diez por ciento de las utilidades de dicho tránsito.<sup>51</sup> El pago anual se hizo de 1849 a 1855, pero el porcentaje por el tránsito jamás se le dió a Nicaragua. De hecho, el precio del tránsito por el istmo nicaragüense era muy bajo en comparación con el precio del viaje en el Atlántico y el Pacífico, de tal forma que la

Compañía de Vanderbilt siempre alegó que dicho tránsito no le reportaba utilidades.<sup>52</sup>

Arreglar este asunto no sólo representaba para Walker la posibilidad de ingresar dinero a las arcas del Estado, sino que también era una forma de estimular a los agentes financieros en los Estados Unidos para que engancharan un mayor número de voluntarios. Nombró a Parker H. French el representante del gobierno de Patricio Rivas en Washington y éste llegó a un arreglo con Morgan: seguirían llevando filibusteros a razón de veinte dólares por cabeza de la costa Este de Estados Unidos a San Juan del Norte; el resto del valor del pasaje sería pagado por el gobierno de Nicaragua y deducido de la deuda que la Compañía tenía con el gobierno.<sup>53</sup>

Con este acuerdo, Walker convenció a Rivas de que firmara un decreto de revocación de las concesiones a Vanderbilt el 18 de febrero de 1856 y otorgara la nueva concesión a Garrison, Morgan y Edmund Randolph.<sup>54</sup> El último barco que tuvo la concesión a Vanderbilt fue en el que salió de Nueva Orleáns Domingo de Goicuría para unirse a Walker.

Vanderbilt, con su gran influencia sobre los miembros del gabinete de Pierce, escribió una carta al secretario del departamento de Estado, Marcy, en el que le pedía la intervención de los Estados Unidos "para la protección de la propiedad de sus ciudadanos".<sup>55</sup> Incluso el *Herald*, el periódico que tanto había apoyado los designios *seccionalistas* del filibusterismo, advirtió lo que vendría:

La gran masa del pueblo simpatiza plenamente con el gobierno actual de Nicaragua y lamentaría saber que su valiente jefe ha puesto en peligro su hasta hoy halagüeño futuro. En manos de Mr. Vanderbilt está el echar por tierra al nuevo gobierno, abriendo otra ruta para cortar a Walker sus comunicaciones con San Francisco y Nueva York. <sup>56</sup>

El tiempo que tardó Garrison en conseguir los nuevos vapores de su compañía fue el mismo que Walker no recibió un recluta más: seis semanas.

Mientras tanto, Walker se concentró en pedir el reconocimiento del gobierno de Patricio Rivas entre las naciones vecinas. El Salvador y Honduras, presididas por demócratas felicitaron al nuevo gobierno. Pero Carrera, el conservador de Guatemala, decidió declararle la guerra a Cabañas e invadir

Honduras. Por la ayuda prestada por Cabañas a los liberales nicaragüenses cuando Fruto Chamorro intentó apresar a Castellón y Jerez, éste último (ahora ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Rivas), pidió a Walker que se ayudara militarmente a Honduras desde Nicaragua. Walker se opuso, debido a que, como ya apuntamos, los propósitos del filibusterismo no contemplaban problemas de facciones locales. Esta negativa motivó la renuncia del más prestigiado de los liberales nicaragüenses, Máximo Jerez. Por su parte, Cabañas se refugió en El Salvador —el único país proclive a Walker— y emprendió desde ahí una campaña contra lo que ahora llamó “invasión norteamericana”.

Las cosas se complicaron en Costa Rica, que era el refugio de todos los legitimistas tras la caída de Granada. Ahí, el conservador Juan Rafael Mora, mandó expulsar de su país a la comisión de “amistad” que Walker le envió en febrero de 1856. Dos meses antes, el cónsul de Costa Rica en Gran Bretaña había solicitado la protección militar inglesa contra los filibusteros:

La Gran Bretaña con sus vastas y distantes posesiones en el Pacífico, está tal vez más interesada que cualquier otro Estado en la integridad de Centroamérica, cuya importancia para Inglaterra será en breve tiempo poco inferior a la de Turquía que ahora se sostiene tan ansiosamente por motivos políticos y comerciales (...) Los Estados Unidos consideran a Costa Rica siempre más o menos con sentimientos hostiles y aún ha sido acusada de estar dispuesta parcialmente a favor del Gobierno y de los intereses de Gran Bretaña (...) Es un asunto públicamente notorio y un hecho bien conocido de V. E. que se arman buques para transportar aventureros armados que se reúnen en los puertos de EEUU para hacer expediciones contra países y territorios del hemisferio, con los cuales Estados Unidos no está en guerra. El golpe contemplado se puede dar en Cuba, México o en otra parte; y el Gobierno de EEUU, de cuyas costas salen estas expediciones, no reconoce estos actos ni tiene el poder ni la disposición de contenerlos (...) Puedo atreverme a solicitar de la Gran Bretaña adopte medidas efectivas basadas sobre algún principio internacional para extender la protección de los Aliados poderosos de Europa a los países y territorios débiles, contra este sistema de agresión sin principio.<sup>57</sup>

Esta extensa cita sirve para dimensionar la idea del contrapeso de potencias al que ya habíamos hecho referencia: los conservadores centroamericanos están

dispuestos a dejar entrar a la marina británica para equilibrar las fuerzas que, si bien no pertenecen al Gobierno de Estados Unidos, si operan con cierta clara complicidad. De hecho, una vez estallada formalmente la guerra centroamericana contra Walker, los voluntarios europeos del bando aliado serán considerablemente mayores que los del bando filibustero. Los intereses británicos en Costa Rica, concentrados en el comercio del café, serán mencionados más adelante.

De entre todos los intereses enfrentados a Walker, acaso sea la Iglesia la que más apoyos le brindó. Ya hemos hecho referencia al apoyo del Padre Agustín Vigil y a las felicitaciones del Vicario de León, Herdocia, al filibustero, a quien entregó 963 onzas de plata en barra para llenar las arcas del Ministerio de Hacienda, a cargo de Parker French.<sup>58</sup> Los apoyos de Vigil, que a diferencia de Herdocia, había sido identificado como proclive a los legitimistas, se explican acaso por la negativa que recibió de Fruto Chamorro cuando aspiró al episcopado de Granada. Pero más allá del papel que jugaron los intereses personales en la conformación de las facciones, este apoyo de algunos sacerdotes alcanza a explicar en alguna medida por qué Walker decidiría, al tomar la Presidencia de Nicaragua, convertirse al catolicismo. Su actitud también puede comprenderse si se entiende que era la religión lo único que podía guiar las revueltas de los indígenas que, frente a los gobiernos criollos, prefirieron siempre la protección de los británicos.<sup>59</sup> Walker sabía del poder de los sacerdotes en las comunidades y, en vez de enviar un batallón a combatir la insurgencia contra los filibusteros en Matagalpa, mandó sacerdotes.<sup>60</sup>

Pero lo que más interesaba a Walker, además de la pacificación, era el reconocimiento de los Estados Unidos al gobierno de Rivas. En diciembre de 1855, envió a Parker French como representante a Washington, sin embargo, el secretario de Estado norteamericano no le recibió, pues exigía una prueba de mínima legitimidad: "Los hombres que derrocaron al gobierno de Nicaragua no son ciudadanos de esa nación (...) Cuando se vea que el nuevo gobierno tiene el apoyo de la ciudadanía, Estados Unidos reanudará relaciones diplomáticas con él".<sup>61</sup>

Esta declaración de Marcy, fue interpretada por el *Herald* de Nueva York como una evidencia más de que Walker había errado al no pactar con Kinney, "dado que Sidney Webster, secretario particular del Presidente Pierce y Caleb Cushing, el Fiscal General, tuvieron una participación económica en la *Compañía de la América Central*, a la que Walker le negó los reclamos de las tierras que hacía esta Compañía".<sup>62</sup>

El cambio de representante en Washington de un ciudadano norteamericano —French— a un nicaragüense —el Padre Vigil— trajo el reconocimiento del gobierno de Rivas en Estados Unidos el 14 de mayo de 1855. Es importante señalar que este reconocimiento no cumplía con lo dicho por Marcy unos meses atrás sobre la legitimidad del nuevo gobierno en Nicaragua. Algunos historiadores atribuyen el cambio en la actitud del Presidente Pierce a la cercanía de las elecciones presidenciales.<sup>63</sup> Frente a la simpatía que los ciudadanos norteamericanos de los puertos y el Sur tenían por los acontecimientos en Nicaragua, Pierce tomó una decisión demagógica en vísperas de la Convención Demócrata en Cincinnati. Lewis Cass, senador por Michigan y uno de los candidatos que luchaban por la nominación Demócrata a la presidencia, celebró el reconocimiento de las actividades del nuevo gobierno en Nicaragua, en un mitin en Nueva York organizado por un buen amigo de Walker, Domingo de Goicurúa:

Nuestros compatriotas plantaron allá la semilla de nuestras instituciones, y Dios ha de querer que fructifiquen, produciendo una copiosa cosecha de industria, empresa y prosperidad.<sup>64</sup>

Pierre Soulé, el apoyador del expansionismo y uno de los que firmaron el "Manifiesto de Ostende", presidió el Comité de Plataforma para la Convención Demócrata. Logró introducir y hacer aprobar en Cincinnati dos puntos a favor de Walker:

Resolvemos que la gran vía marcada para ser la comunicación libre entre los océanos Pacífico y Atlántico debe ser asegurada por el ejercicio de un control eficiente al que tenemos derecho. Ningún poder humano puede impedir u obstaculizar este progreso (...) Resolvemos que, en esta perspectiva de nuestro interés, el pueblo de los Estados

Unidos no puede evitar el simpatizar con los esfuerzos que la gente de Centroamérica está haciendo para regenerar esa porción del continente que cubre el paso a través del istmo interoceánico.<sup>65</sup>

El tema filibustero en la campaña de nominación de candidatos a la Presidencia de los Estados Unidos nos brinda una idea aproximada del grado de retroalimentación que Walker, Kinney o De Goicurya tenían con el ánimo de la opinión pública. Por un lado, el entusiasmo respondía a las inercias mentales que la guerra contra México habían despertado en una población que encarnaba la Doctrina Monroe. Por otro lado, es necesario resaltar que el tema del esclavismo y la secesión ya polarizaban la opinión pública y, como vimos en el primer capítulo, el Destino *Seccionalista* se veía como una alternativa a la separación entre Sur y Norte, expandiendo la esclavitud a nuevos territorios propios para la economía de plantación.

Si bien el reconocimiento del representante de Walker en Washington se vio como un síntoma de estabilización de su poder en Nicaragua,<sup>66</sup> su divulgación aceleró la declaración de guerra de Costa Rica.

### 3.2 La guerra de Costa Rica contra Walker

Los intereses de Costa Rica en el conflicto filibustero fueron siempre transparentes: apoderarse de toda la ruta del Tránsito a lo largo del Río San Juan. El litigio que se desata después de la guerra anti-filibustera así lo comprueba. Como ya hemos mencionado, los principales productores de añil, café y maderas preciosas en Costa Rica, El Salvador y Guatemala, dependían de las casas comerciales inglesas para comercializar sus productos. Este fenómeno conllevó una dinámica que aisló a las regiones dentro de las naciones centroamericanas y vinculó ciertos sectores productivos y puertos con el Gran Bretaña:

Dadas las dificultades de la comunicación interior, al instaurarse el libre comercio de manera permanente con la independencia, la geografía impondrá la utilización de puertos, en cada país, respaldando así, en las

vinculaciones comerciales con el exterior, el aislamiento entre regiones.<sup>67</sup>

De hecho, la Federación Centroamericana había dependido de un préstamo privado de la casa británica *Barclay, Herring y Richardson* por cinco millones de pesos, cuyos pagos no se saldaron hasta 1945.<sup>68</sup> Gran Bretaña siempre apoyó a los conservadores centralistas, a través de sus sucesivos representantes desde Lord Chatfield, porque le convenía que cada país absorbiera la parte correspondiente de aquella onerosa deuda y prefería negociar montos y rutas de productos comercializables con cada pequeña república. El café de Costa Rica se transportará así por Belice y Jamaica donde la *Royal Mail Steam Packet Co.*, de los ingleses, monopolizará su transporte desde 1839.<sup>69</sup> La cochinilla de Guatemala y, más tarde, la producción cafetalera también caerá en manos de Gran Bretaña y Francia, así como el añil salvadoreño. Por su parte, Honduras estaba ocupada en la costa del Atlántico por Inglaterra y los puertos de Omoa y Trujillo dependían enteramente de Belice, en un comercio "de cabotaje".<sup>70</sup>

En este contexto, sólo Nicaragua era distinta:

La economía nicaragüense está dominada por la ganadería que cumple un rol complementario con respecto a las economías del resto de Centroamérica vinculadas directamente al mercado mundial. Esta función de economía complementaria se ejerce sin la necesidad de cambios estructurales internos. Por esto la persistencia de elementos arcaicos, de origen colonial: la hacienda ganadera tradicional, el minifundio, un sistema financiero rudimentario y un bajo nivel técnico. Estos caracteres aseguran la preponderancia del regionalismo, la consolidación de oligarquías locales. Debe notarse que al desarrollarse la economía cafetalera de exportación en la región de Managua, después de 1875, los cafetaleros no consiguen desplazar de sus posiciones a la hacienda ganadera tradicional. Es más, los cafetaleros están sometidos al dominio financiero de los ganaderos y comerciantes de Granada. Esta coexistencia en ciernes de los grupos oligárquicos originará una inestabilidad estatal, y una fragmentación del poder que serán notorias en Nicaragua hasta los años de 1930.<sup>71</sup>

En este marco puede entenderse, no sólo la iniciativa costarricense de pedir ayuda militar británica para declararle la guerra a "La Falange Americana",

sino también el proceso mediante el cual las demás repúblicas centroamericanas se aliarán con ese mismo propósito. Sobre los desarrollos desiguales de las economías cafetaleras tras la "guerra anti-filibustera", volveremos más adelante, pero es necesario apuntar desde ya que es Nicaragua la última en tomar la producción de café como vínculo con el mercado mundial capitalista y que, aún así, no tendrá a cabalidad las reformas liberales de tenencia de la tierra, del crédito agrícola, del control sobre la mano de obra y del sistema de transportes que el cultivo generó en las otras cuatro repúblicas.

El significado político de la iniciativa de Costa Rica contra los filibusteros de Walker está contenido en la propia declaración de guerra que el Presidente Juan Rafael Mora hace el 27 de febrero para "empuñar las armas en defensa de la República de Nicaragua, a defender también a sus habitantes".<sup>72</sup> Es decir, Costa Rica se abroga el derecho de la defensa de Nicaragua. Y advirtió: "Todo norteamericano que sea aprehendido con armas en la mano, será fusilado".

Costa Rica contaba con una diplomacia anti-filibustera que le dio buenos resultados. Gran Bretaña envió, en enero de 1855, cargamentos con armas para defender el puerto costarricense de Punta Arenas; un total de dos mil fusiles y un millón de cartuchos <sup>73</sup> y, para finales de ese año, Francia enviaba también ayuda militar. <sup>74</sup> Pero su primer acto de guerra no fue una batalla sino la ocupación del tránsito del río San Juan al Lago de Nicaragua y la suspensión del tráfico naval.<sup>75</sup> Por sus visibles relaciones con Francia e Inglaterra, los Estados Unidos condenaron la declaración de guerra costarricense y Walker se apresuró a explicar que su presencia en Nicaragua se debía a la defensa que los liberales le habían solicitado y que el gobierno resultante era una negociación entre las facciones en conflicto. Pero Walker le dio a su proclama un sesgo que polarizó nuevamente la situación centroamericana. El mismo lo explica en sus memorias (recuérdese que lo escribe en tercera persona):

El mismo día lanzó el General en Jefe una proclama que terminaba

ordenando al ejército llevar la cinta roja. El objeto de ello era obtener la colaboración entusiasta de los demócratas de Nicaragua, así con la de los liberales de los otros Estados en aquella guerra inminente y el motivo de ello fue la conducta observada por los legitimistas nicaragüenses.<sup>76</sup>

Con ello, Walker declaraba la guerra al partido dominante en el resto de Centroamérica. Como Walker lo sabía, Costa Rica había decidido avanzar sobre la ruta del Tránsito con armas británicas y acaso por eso decidió por su parte formar cuatro compañías para la defensa de Guanacaste, una de franceses exclusivamente y otra de alemanes.<sup>77</sup> Con su visible inclinación a ver razas superiores e inferiores, Walker se llevaría un chasco al saber que esas dos compañías corrieron cuando fueron atacadas por el ejército de Mora.<sup>78</sup>

El gobierno *de facto* se dividió: Rivas llevó la capital a León, donde Máximo Jerez volvió a aceptar el ministerio de Guerra y dejó en Granada a Fermín Ferrer. La declaración de Rivas en León le resultó sospechosa a Walker, ya que llamaba a la "amistad" entre los pueblos de Nicaragua, El Salvador, Honduras y Guatemala.<sup>79</sup> Rivas explicaría más tarde al líder filibustero que existía en esos países un movimiento anti-norteamericano y que estaba tratando de evitar una alianza con Costa Rica.<sup>80</sup>

Sin embargo, Walker volvió a tomar una decisión que esclarece sus propósitos originarios: se trasladó a Rivas para evitar que los costarricenses ocuparan la ruta de Tránsito porque

era preciso defender el Tránsito con mayor tenacidad que todas las demás partes del Estado, no sólo porque las propiedades ahí situadas necesitaban más la protección contra el enemigo externo que todas las otras de la República, sino también porque de acuerdo con los nuevos arreglos hechos, la fuerza militar de Nicaragua debía obtener del Tránsito víveres y nuevos soldados.<sup>81</sup>

Desde esos "nuevos arreglos" Walker no había recibido noticias. Los vapores de Garrison no llegaban y sólo contaba con cuatro mil hombres, contra una fuerza costarricense diez veces superior.<sup>82</sup> No está muy clara la participación

de Patricio Rivas en este contexto. Fue el presidente provisional el que le avisó a Walker que una fuerza enemiga entraría por el norte del país y que requería su presencia en Granada. Así, Walker abandonó Rivas y la ruta del Tránsito fue tomada sin disparar por Mora. Al llegar a Granada, Walker entendió el error que había cometido y regresó a Rivas, en donde Mora ya estaba acuartelado. Todo indica que Patricio Rivas traicionó así a Walker para debilitarlo. Los filibusteros no pudieron ya tomar la ciudad y perdieron el Tránsito. Pero, unos días más tarde, cundió el cólera por Rivas, y Mora, quien había recibido un mensaje de un posible golpe de Estado contra él, abandonó la ciudad para regresar a San José. José María Cañas, el encargado militar en Rivas, decidió abandonar el lugar de la epidemia sin saber que la llevaba a San José, donde murieron de cólera cerca de doce mil personas.<sup>83</sup>

El cólera terminó este episodio militar a favor de Walker. Su último suceso fue la llegada de un barco de guerra británico al Golfo de Nicoya para prevenir que los filibusteros se apoderaran de la costa del Pacífico en Costa Rica. La señal divina en forma de epidemia llegó para el "elegido" William Walker.

### **3.3 La presidencia de William Walker en Nicaragua y su proyecto político**

Cuando se habla de la Presidencia de William Walker en Nicaragua debe tomarse en cuenta que se hace, en cierto modo, de manera figurada. Pues, aunque lo respaldaban unas elecciones de dudosa legalidad, nunca tuvo control de la totalidad del territorio nicaragüense.<sup>84</sup> El mismo día que tomó posesión como Presidente, el 12 de julio de 1856, entraron a León las tropas salvadoreñas y guatemaltecas y esta situación no le permitió sino esbozar, por medio de decretos, lo que aquí llamamos su proyecto político. Sobre este último consideraremos tres aspectos fundamentales: el esclavismo, la venta de tierras a "colonos" norteamericanos y su posición con respecto a la anexión de Centroamérica y Cuba a los Estados Unidos en el contexto de la polaridad

### Norte-Sur.

Las condiciones en las que Walker fue electo son, a todas luces, las que permitieron que se rompiera su ya endeble alianza con los liberales. De acuerdo a los resultados de la elección del 13 de abril, realizada casi enteramente en poblados por los que no pasaban la guerra o las rebeliones indígenas —como Chontales y Nueva Segovia—, los votos habían favorecido a los candidatos demócratas. en ese orden, a Salazar, Rivas, y Jerez. Pero no se le dio validez debido a su escasa participación y por el temor de los granadinos a que la capital fuera trasladada de nuevo a León. Este regionalismo nicaragüense, que prefería que el país fuera gobernado por un norteamericano antes que por una facción nacional contraria, hizo de Walker el candidato de los granadinos. Se precipitaron las recomposiciones políticas: Vigil fue reconocido como representante nicaragüense en Washington, mientras Máximo Jerez rompía con el oficial filibustero, Bruno Von Natzmer, encargado de controlar León.<sup>85</sup>

Como en los casos de Muñoz y Corral, la disputa entre Jerez y Von Natzmer se debió a la intención de Walker de licenciar tropas nativas y reemplazarlas por compañías de "La Falange Americana". Con los soldados demócratas a punto de enfrentarse a los soldados norteamericanos en la plaza de León, Jerez, todavía Ministro de Guerra y Patricio Rivas, Presidente Provisional, decidieron huir a Chinandega. A su paso agitaron a la población que terminó en un motín de leoneses contra "los americanos que llevarían la capital de regreso a Granada."<sup>86</sup>

Jerez y Rivas llegaron a El Salvador pidiendo ayuda militar para expulsar a Walker con la evidente intención de evitar que se celebraran nuevas elecciones. Walker, por su parte, los declaró "traidores a la República" y otorgó el cargo de Presidente Provisional hasta el día de las elecciones a Fermín Ferrer. Ferrer expidió una proclama en la que advirtió que los movimientos de los vecinos centroamericanos tenían como objetivo "sojuzgar" a Nicaragua y expulsar a los norteamericanos "que dejaron sus hogares y cruzaron los mares a fin de tomar parte en nuestras luchas y pelear por nuestra libertad."<sup>87</sup>

La proclama de Ferrer hace evidente la precariedad de su situación como

liberal en espera de la toma presidencial de Walker, apoyado por los pobladores de Granada. A partir del exilio de Rivas (cuyo gobierno había sido reconocido por Pierce) y de Jerez, las fuerzas demócratas desaparecen como frente único y dispersan el poder de convocatoria que tuvieron en otros tiempos. Los intereses contrapuestos en el istmo estaban representados por la existencia de tres fuerzas que reclamaban para sí la Presidencia: José María Estrada, en Nueva Segovia, en atención a la Constitución de 1854; Patricio Rivas, en Chinandega, sobre la base del acuerdo entre Corral y Walker; y Fermín Ferrer en Granada. A ellas se uniría el propio Walker por medio de elección un tanto peculiar.

Las elecciones en las que triunfó Walker con 15 mil 835 votos, arrojaron una votación total de 23, 236 votos depositados, para una población votante de aproximadamente 35 mil.<sup>88</sup> Resulta increíble que, en un país en las condiciones de guerra y ausencia de comunicaciones telegráficas como Nicaragua, hubiera votado el 66 por ciento de los electores potenciales y, que de los votantes efectivos, el 68 por ciento lo hiciera por un norteamericano. De hecho, en el departamento de León no se verificó la elección porque Rivas no aceptó su realización y porque ya habían entrado las fuerzas guatemaltecas por el norte.<sup>89</sup>

Con esta dudosa elección Walker dio el primer paso en la construcción del imperio que deseaba gobernar. Una señal, aunque mínima, es que tomó protesta el 12 de julio de 1856 bajo las banderas de Nicaragua, Estados Unidos y la de "La Junta" cubana, una estrella.<sup>90</sup> En el discurso fue mucho más claro al respecto de sus propósitos:

Espero que las grandes potencias, en relación con nuestras naciones, entiendan que, si bien Nicaragua es una nación relativamente débil, guarda con celo y honor y está decidida a defender su dignidad soberana e independiente. Su posición geográfica y potencialidades comerciales pueden excitar la codicia de otros gobiernos, vecinos y distantes, pero confío que habrán de reconocer el reclamo de Nicaragua a regir sus destinos e impidiendo que naciones extrañas concerten tratados que afectan su integridad territorial, sin pedirle su parecer ni consentimiento.<sup>91</sup>

El discurso de toma de posesión de Walker contiene dos posiciones muy claras sobre sus propósitos en Centroamérica: una, es la determinación de defender la república contra la agresión de los otros países centroamericanos y sus apoyadores, los británicos; la segunda es una crítica al Tratado Clayton-Bulwer que salvaguardó las posesiones británicas en la costa atlántica, impidiendo la expansión norteamericana. Ese sentido explícito de las palabras de Walker se ha prestado a interpretaciones benévolas en las que pareciera que Walker se compromete con un "patriotismo" repentino y cambia su proyecto político. En realidad, Walker, como Crabb y otros filibusteros, pensaban en términos del modelo texano: colonización de una república independiente y, más tarde, anexión.

Y eso es precisamente lo que promueve a continuación. El primer objetivo de los dos decretos con los que comienza su administración en la Presidencia de esta nación asentada en Granada e invadida por el norte, es la norteamericanización de Nicaragua.

Tras proponer un gabinete de nicaragüenses y ubicar a los norteamericanos en las vicepresidencias de los ministerios, Walker declara "nulos todas las leyes y decretos de la Asamblea Federal Constituyente, lo mismo que del Congreso Federal". Con ello, quedaba sin valor legal la abolición de la esclavitud de las Constituciones anteriores y se abría la puerta a la instauración del sistema de trabajo forzoso. Sobre este asunto mucho se ha debatido, pero es el propio Walker el que lo aclara en sus memorias y cuyas ideas y propósitos requieren citarse extensamente:

Por este decreto debe juzgarse la administración de Walker, porque es la clave de toda su política. En realidad, la cordura y la insensatez de este decreto implican la cordura o insensatez del movimiento americano en Nicaragua; porque del restablecimiento de la esclavitud africana dependía la estabilidad de la raza blanca en el país. Si no era juicioso el decreto de la esclavitud, Cabañas y Jerez estaban en lo cierto de querer servirse de los americanos tan sólo para levantar una facción y derrocar a la otra. Sin una mano de obra como la que se proporcionaba con esta ley, los americanos sólo habrían podido hacer en Centroamérica el papel de la guardia pretoriana en Roma o de los jenízaros en el Oriente, y prestar servicio tan degradante, estaban mal preparados por las costumbres y tradiciones de su raza.<sup>92</sup>

Walker sostiene como justificación del decreto que restablece la legalidad de la esclavitud en Nicaragua la idea, ya visitada por los teóricos del Sur norteamericano, de la separación de razas como condición mínima para la regeneración de un Estado. Esa separación está dada, como también ya revisamos, por las características climáticas de Centroamérica y el Caribe: los negros, creados así por Dios, son compatibles con el trabajo de las plantaciones en el trópico; mientras que los blancos han sido designados para la organización financiera y política. En medio restan las razas "mezcladas", no sólo origen de la inestabilidad política y económica en la región, sino indeseables en sí mismas por la anarquía que su mezcla representa. Anarquía de la sangre, anarquía social, era una de las constantes en el pensamiento europeo tras las revoluciones de 1848. A esta idea se pliega el filibustero en su exposición del decreto:

En realidad, la esclavitud que les dejó España era demasiado poca para preservar su orden social. En vez de mantener la pureza de las razas, como lo hicieron los ingleses en sus colonias, los españoles echaron sobre sus dominios continentales la maldición de una raza mestiza. Por lo tanto, habría sido casi milagroso que los Estados hispanoamericanos hubiesen resuelto mantener la esclavitud al emanciparse (...) Después de la Independencia, los Estados hispanoamericanos aspiraron a establecer repúblicas sin la esclavitud, y la historia de cuarenta años de desorden y crímenes políticos es fértil en enseñanzas para quien tenga ojos para ver y oídos para escuchar (...) Si España no pudo legar a sus colonias la fuerza interna o un sistema capaz de reorganizar la sociedad independiente, debía surgir en el acto y automáticamente el plan de aplicar en ellas las leyes que han formado una civilización sólida y armoniosa, allí donde el angloamericano se ha encontrado en el mismo suelo con alguna de las razas de color. La introducción de la esclavitud negra en Nicaragua suministraría una cantidad de mano de obra constante y segura para el cultivo de los productos tropicales.<sup>93</sup>

Más allá de la secuencia *anarquía racial-anarquía social*, Walker especula sobre los beneficios del modo de vida de las plantaciones del Sur de su país como en otro tipo de secuencia: para que existan pensadores blancos tiene que haber trabajadores de otras razas:

Tan sólo en los últimos años se ha empezado a apreciar en los Estados Unidos el carácter realmente beneficioso y conservador de la esclavitud de los negros. La esclavitud penetra hasta las relaciones vitales del capital y del trabajo, y mediante el sólido asiento que da al primero, permite a la intelectualidad social avanzar audazmente persiguiendo nuevas formas de civilización.<sup>94</sup>

Walker no sólo pensaba reinstaurar la esclavitud en Nicaragua sino también el tráfico desde Africa. La introducción de negros africanos, aunque necesaria para crear un mercado con amplia oferta, no dejaba a los indígenas centroamericanos sin la oportunidad de incorporarse a la nueva sociedad, siempre y cuando no hubieran contaminado el carácter apasible de su sangre con el de otras razas:

El indio puro no tardaría en caer dentro de la nueva organización social, porque no aspira al poder político y sólo pide protección para el fruto de su trabajo. El indio de Nicaragua se parece mucho al negro de los Estados Unidos en lo fiel y dócil, así como en la aptitud para el trabajo, y pronto se asimilaría a los usos y costumbres de éste último. En su modo de ser para con las razas que gobiernan, el indio es ahora realmente más sumiso que el negro respecto de su amo (...) En Nicaragua el negro parece estar en su clima natural. Los que de Jamaica han ido allí están sanos, fuertes y pueden hacer un trabajo penoso. La Compañía Accesoría del Tránsito los empleaba mucho en el río San Juan y La Virgen y soportaban la faena y el sol tan bien como los naturales del país. Es más, la sangre negra parece afirmar su superioridad sobre el indio de Nicaragua.<sup>95</sup>

Tras esta explicación "cientificista" sobre los beneficios de la esclavitud en Nicaragua, Walker pasa a sus razones políticas que no dejan duda alguna sobre su proyecto de construir un imperio ligado a los intereses del Sur norteamericano:

Hasta aquel entonces (el día de los decretos) no había más intereses norteamericanos en el país que los del ejército y los de la Compañía del Tránsito; por lo tanto, convenía ligar algún interés fuerte y poderoso de los Estados Unidos a la causa por la que luchaban los nicaragüenses naturalizados. El decreto que restablecía la esclavitud, al declarar cómo se proponían los americanos regenerar la sociedad nicaragüense, hacía de ellos a la vez los campeones de los Estados del Sur de la Unión en el

conflicto bien llamado 'inevitable' entre el trabajo libre y el trabajo esclavo. La razón política de la medida estriba en indicar a los Estados del Sur el único medio no revolucionario de que disponen para conservar su presente organización social.<sup>96</sup>

En seguida, Walker atiende al problema de los nuevos territorios conseguidos en Oregon y en la guerra contra México que se convirtieron en estados libres y ofrece una alternativa a la secesión: emigrar a Centroamérica y prolongar en las tierras creadas por Dios para la plantación sureña, las instituciones regeneradoras:

En 1850 empezó a notar el Sur que todo territorio adquirido de aquí en adelante por el gobierno federal sería destinado para uso y provecho del trabajo libre. El inmigrante procedente de los Estados donde el trabajo es libre, se traslada fácilmente a los nuevos territorios; y como el exceso de población es más grande en el Norte que en el Sur, la mayoría en todo el nuevo territorio vendría seguramente de la región anti-esclavista.<sup>97</sup>

Contra el exceso poblacional del Norte, Walker vincula su crítica a la democracia norteamericana:

El conflicto entre el trabajo libre y el trabajo esclavo es lo que hoy impide orientar las energías del primero contra el capital del Norte, mediante el ingenioso mecanismo de las urnas electorales y del sufragio universal; y con dificultad se concibe cómo puede ponerse el capital a cubierto de las embestidas de la mayoría en una democracia pura, sin el auxilio de una fuerza cuyo poder dimane del trabajo esclavo.<sup>98</sup>

Es evidente para Walker el hecho de que no se hayan enfrentado los trabajadores libres del Norte a los capitalistas se debe a que se disipa el conflicto central con otro menos importante dirigido contra el Sur. Pero, además parece proponer que la democracia de los capitalistas puede ser resguardada con los votos de los esclavos. Sorprende la claridad de las afirmaciones de Walker, sobre todo porque de la misma forma él obtuvo el triunfo en las elecciones presidenciales en Nicaragua.

Walker no es un liberal, en el sentido estricto del término, como podrían

haberse engañado los demócratas nicaragüenses. Sus ataques a las ideas centrales de la Ilustración así lo confirman:

Los hombres que concibieron la Constitución de los Estados Unidos no estaban libres de las influencias que en Francia llevaron a los horrores de Haití y en Inglaterra a las miserias de Jamaica. Los genios y filósofos de la convención constitucional —el robusto talento de Franklin, el genio brillante de Hamilton y el alma excelsa de Washington— no estaban exentos de los errores de los reformadores franceses de la época. Las rapsodias locas de Rousseau, el sarcasmo incisivo y amargo de Voltaire habían infestado a sus lectores de aquel tiempo con una especie de hidrofobia: una aversión mortal a la palabra "esclavitud" (...) estaban todavía bajo la influencia de los delirios del ginebrino sobre la igualdad y la fraternidad (...) Los disidentes de la Gran Bretaña inculcaron sus opiniones sobre la trata de esclavos a sus religiosos hermanos de América, y así fue como mediante la unión de la filosofía francesa y del humanismo inglés, se echó sobre la Constitución de 1787 el peso de cláusulas cuyos malos efectos se hacen sentir constantemente en las comunidades que son dueñas de esclavos en los Estados Unidos.<sup>99</sup>

Finalmente, Walker aclara los vínculos de su expedición con los propósitos de la Convención Demócrata y la plataforma redactada por Pierre Soulé. Víctima y producto de los nuevos tiempos, Walker piensa que las polaridades políticas han dejado de pasar por los partidos y se han convertido en identidades secesionistas:

En septiembre de 1856, la propaganda para la elección presidencial estaba enardeciendo las pasiones y los prejuicios de las diversas partes de la Unión, y uno de los grandes partidos del país, reunido en una convención, había declarado que simpatizaba con los esfuerzos que se estaban haciendo para regenerar a Centroamérica, comprometiéndose a darles apoyo. Estas promesas y compromisos fueron de parte del partido que confiaba en los Estados esclavistas para obtener el triunfo, y este partido debió mirar favorablemente una medida tendiente a fortalecer la esclavitud en el Sur; pero el modo como recibió la democracia del Norte el decreto que restablecía la esclavitud en Nicaragua, prueba la falsía de sus declaraciones amistosas respecto de los intereses del Sur (...) Los Estados partidarios del trabajo libre verán, tal vez, cuando ya sea demasiado tarde, que la única manera de evitar la revolución y un conflicto armado entre los del Norte y los del Sur de la Unión, es seguir la política propuesta por Nicaragua.<sup>100</sup>

Recapitulando, tenemos que los decretos de legalización del trabajo esclavo y del tráfico desde Africa a Nicaragua estaban dirigidos a la americanización del país y a la instauración de un conjunto de instituciones esclavistas que permitieran solucionar el conflicto entre Norte y Sur de una forma pacífica. Walker se mira a sí mismo como el intelectual sureño que puede otorgar la salvación a los Estados Unidos:

El Sur no tiene exceso de mano de obra que mandar al Oeste o al Sur. Al contrario, los Estados del Golfo piden a gritos más negros y el malestar de la sociedad del Sur proviene de la superabundancia de intelectuales y capitalistas en proporción al número de trabajadores. Tal como están las cosas, es imposible que el Sur pueda conseguir la mano de obra de la que carece, y el único medio de que su industria recobre el equilibrio sería mandar a sus intelectuales desocupados a un campo donde no hayan obstáculos políticos que les impidan obtener la mano de obra necesaria.<sup>101</sup>

Vinculadas a ese propósito, que él confiesa es la razón principal de su expedición a Nicaragua, están otras dos medidas de su gobierno. La primera está representada por el decreto de confiscación de tierras del 16 de julio de 1856, que establece que les serán quitadas las propiedades "a todo aquel que desde el 23 de octubre (fecha de la firma del pacto con Corral) hubiese colaborado con los enemigos de la República".<sup>102</sup> A estos dueños de tierras se les emplazaba a presentarse en un término de cuarenta días para alegar las razones por las que consideraban que sus predios y propiedades no deberían ser rematadas por el Estado. El objetivo era, por un lado, hacer efectivos los vales y bonos con los que se habían enganchado los reclutas y, por otro y el más importante para Walker, promover la norteamericanización de la riqueza en Nicaragua. Los remates empezaron a precios bajísimos y así, se vendieron en enero de 1857 cincuenta haciendas en el departamento de Rivas entre trescientos y mil dólares cada una y unas cien fincas de café, añil, ganado y cacao por un valor global de setecientos cincuenta y tres mil dólares.<sup>103</sup>

Walker acompañó este decreto con otro en el que se obligaba a que "todo documento que tenga atinencia con los asuntos públicos, esté escrito en inglés

o español, tendrá la misma validez". Por medio de esta regulación, los norteamericanos podían entablar demandas por posesión de tierras, firmar contratos de compra-venta y escrituras. Pero, como siempre, Walker ve en ello una medida racialmente regeneradora al preservar la pureza de las lenguas:

La diferencia de idiomas entre los individuos de la sociedad vieja y el grupo de los de raza blanca que debían necesariamente dominar en la nueva, a la vez de ser motivo de que se mantuvieran los elementos separados, proporcionaba también el medio de reglamentar las relaciones entre las diversas razas reunidas en el mismo suelo.<sup>104</sup>

Pero, con el cinismo que le caracteriza, Walker advierte de las trampas que se podían hacer con los documentos en inglés a los hispanohablantes de Nicaragua:

Con esta cláusula los procedimientos de todos los tribunales y la redacción de todos los documentos oficiales podían hacerse en inglés (...) Los abogados comprenderán, desde luego, la ventaja que esto daba a los que hablaban el inglés y el español sobre los que solamente poseían este último idioma (...) La fuerza militar del Estado podía asegurar por un tiempo a los americanos el gobierno de la República; pero, a fin de que lo poseyesen de manera estable, necesitaban ser dueños de la tierra.<sup>105</sup>

Junto con estas primeras regulaciones para establecer el imperio esclavista que deseaba Walker, se dieron otras medidas complementarias: se prohibió la vagancia en un plazo no mayor a quince días y se legalizaron los contratos de servidumbre (en caso de incumplimiento por parte del sirviente, se legalizó el uso de la fuerza).<sup>106</sup>

Como Presidente, Walker tomó algunas medidas para promover el comercio. En este sentido, Walker tampoco resultó ser un liberal; sólo los productos que podían importarse del Sur de los Estados Unidos quedaron libres de aranceles: carne, harina, grasas, lana, papas, herramientas de labranza,

campanas, órganos para las iglesias, maletas, muebles, semillas, plantas y animales domésticos. A los demás —recordemos que uno de los principales productos comerciales británicos en Centramérica son los textiles— se les asignó un impuesto del veinte por ciento sobre el valor total.<sup>107</sup>

En el caso de las diversas monedas que se utilizaban en esas décadas en Nicaragua, Walker no hizo más que contribuir al caos al generar valores en "vales" intercambiables por reales, dólares o francos.<sup>108</sup>

Los Estados del Sur vieron todas estas medidas como favorables a su causa y, por medio de Pierre Soulé, los plantadores Pilcher y Slatter de Nueva Orleans dieron a Walker un préstamo de quinientos mil dólares amortizable en veinte años y con una tasa, en el *Bank of Louisiana*, del seis por ciento anual, garantizado por un millón de acres de tierras nicaragüenses.<sup>109</sup>

Con todas estas medidas tendientes a poner a Nicaragua en la órbita de la economía de los Estados del Sur, el representante de los Estados Unidos en Nicaragua, Wheeler, reconoció el gobierno de Walker sólo cinco días después de la toma de posesión: "Los Estados Unidos se une cordialmente a usted en el firme propósito de impedir que ninguna potencia extranjera intente en forma alguna frenar el progreso de Nicaragua. Eso dice la gran voz de la Nación."<sup>110</sup>

Una vez reconocido el gobierno, Walker cambió a su representante en Washington, el Padre Vigil, por un buen amigo suyo que había llegado a Nicaragua tres semanas antes de su nombramiento, Appleton Oaksmith.

Oaksmith era uno de los miembros de "La Junta" cubana en Nueva York, presidida ahora por Domingo de Goicuría. Pero este nuevo cambio resultó demasiado para el secretario del Departamento de Estado, Marcy, quien rechazó siquiera recibir a Oaksmith.<sup>111</sup>

De hecho, Marcy tuvo poca iniciativa en el caso nicaragüense y dejó a su representante, Wheeler, hacer lo que mejor le parecía. Wheeler había estado actuando en el apoyo irrestricto a Walker sin consultar a Marcy: formó parte de la comisión que Walker mandó a dialogar con Ponciano Corral; reconoció al gobierno de Patricio Rivas y, más tarde, la Presidencia de Walker. Pero, si bien Marcy le pidió su renuncia a Wheeler en 1856, éste nunca la firmó y se

despidió de su cargo la víspera del término de la administración de Franklin Pierce.<sup>112</sup> Si el Departamento de Estado norteamericano hubiera tenido una posición contraria a las decisiones visiblemente intervencionistas de Wheeler, estamos seguros de que lo habría presionado con más fuerza para que renunciara.

El otro caso de la política exterior de Walker que conviene tocar, por su relevancia en cuanto a las posiciones políticas del filibustero en la zona y porque el conflicto que desató le agregó un obstáculo más en la construcción de su imperio esclavista, es el caso del nombramiento del cubano Domingo de Goicuría como embajador de Nicaragua en Londres. Goicuría, como ya mencionamos en otro momento, fue parte de la organización de la expedición de Narciso López a Cuba y, más tarde, se asoció a la de John A. Quitman en 1853. Su propósito era transparente: anexionar Cuba a los Estados Unidos.<sup>113</sup> Pero para que eso sucediera, tenía que organizar una expedición desde algún lugar en el que pudiera entrenar a sus filibusteros con plena libertad y embarcarlos en gran cantidad sin preocuparse por leyes de neutralidad. Ese lugar era la Nicaragua de Walker. Como se recordará, De Goicuría fue el organizador del mitin pro-Walker en Nueva York en el que habló Lewis Cass, y había enviado al Capitán Francisco Alejandro Lainé, otro veterano de la aventura de Narciso López, a entrevistarse con Walker para llegar a un acuerdo. Dicho acuerdo se firmó el 11 de enero de 1856, conforme al cual De Goicuría se comprometía, a nombre de los cubanos "revolucionarios" a "ayudar a consolidar la paz y el gobierno de Nicaragua", mientras que Walker "ayudaría y cooperaría personalmente y aportando sus diversos recursos, tales como hombres y armas, en pro de la causa y la libertad de Cuba".<sup>114</sup>

De hecho, el último barco de la compañía de Vanderbilt hacia Nicaragua salió con los doscientos cincuenta filibusteros cubanos de De Goicuría. Cuando cruzaban el Caribe, Walker firmaba la concesión a Morgan y Garrison.<sup>115</sup>

De Goicuría y Vanderbilt tenían, a su vez, un acuerdo al que llegaron cuando el cubano pasó por Nueva York rumbo a su embajada en Gran Bretaña y que consistía en que, si el cubano era capaz de convencer a Walker de que anulara los decretos que rescindían los derechos de Vanderbilt sobre la ruta del

Tránsito, el financiero neoyorquino les otorgaría cien mil dólares "el día que zarpase rumbo a Nicaragua el primer vapor y pagar además ciento cincuenta mil dólares más en el curso del año".<sup>116</sup> Con los dos acuerdos —uno con Walker y otro con Vanderbilt—, De Goicuría veía la posibilidad clara de invadir Cuba: soldados y dinero.

Pero Walker tenía demasiados compromisos con los empresarios Garrison y Morgan que le habían ayudado con sus vapores a tomar Granada y a los que debía un empréstito que se amortizaba gradualmente con la concesión de la ruta. Su respuesta a De Goicuría fue tajante: "Haga el favor de no molestarme más ocupándose de la Compañía del Tránsito. Puesto que el gobierno no ha conferido a usted poderes, no puede por ningún motivo prometer nada en su nombre".<sup>117</sup>

El cubano sintió que su plan de anexar Cuba se le iba de las manos y renunció a la embajada en Londres sin siquiera cruzar el Atlántico. Su renuncia significó, también, una ruptura con "La Junta" en Nueva York. La venganza de De Goicuría consistió en la publicación de las instrucciones que Walker le había dado para su misión en Gran Bretaña en agosto de 1856. De su lectura se comprueba una vez más el componente *seccionalista* de la empresa de Walker en Centroamérica. Walker había escrito:

Usted puede hacer más que ningún americano, porque puede hacer creer al gabinete británico que nosotros no tenemos en mente ningún plan de anexión. Puede también hacerles ver que la única manera de detener la creciente y expansiva democracia del Norte es mediante la instauración de una poderosa y compacta Federación Sureña, asentada en principios militares.<sup>118</sup>

Al final de las instrucciones, Walker agregó un mensaje para "alguien" de "La Junta" en Nueva York, que decía: "Dígale que debe enviarme noticias y decirle ahora que Cuba ha de ser libre y lo será, pero no para los Yanquis. Ese amable pueblo no está hecho para los bárbaros Yanquis. ¿Qué harían esos cantadores de salmos en la isla?".<sup>119</sup>

Con la publicación en Nueva York de estas instrucciones, los capitalistas del Norte acabaron de desengañarse sobre los verdaderos propósitos que Walker

perseguía en Cuba y Centroamérica. En el contexto de una polaridad Norte-Sur en los Estados Unidos, exasperada por los sucesos tras el Acta Kansas-Nebraska, la ocupación de Oregon y California y por la misma dinámica de la sucesión presidencial, cuyo tema central fue la preocupación por la inminencia de una guerra civil, Walker se posicionaba con toda claridad, no sólo del lado del Sur, sino a favor de la secesión:

Los hombres del Sur presentían que tarde o temprano los estados del Sur se verían obligados a separarse de la Unión, y que posiblemente se aliarían a los países hispanoamericanos para contrarrestar una probable agresión de la república del Norte. Poco importaba por tanto a los sureños que Walker desdeñara la idea de incorporarse a la Unión americana, a la cual ellos daban poca vida, pero sí les interesaba vivamente su plan de crear una nueva república esclavista.<sup>120</sup>

Los designios de un Destino *Seccionalista* en condiciones tan complejas, a nivel de intereses irreductibles y contrapuestos en el istmo, hicieron que, frente al proyecto político de Walker en Nicaragua, se unieran fuerzas rivales o distanciadas. El bloque anti-filibustero comprendió a todos aquellos que no estaban dispuestos a la formación de una república esclavista bajo la órbita de los Estados del Sur que pensaban en escindir de la Unión americana: los liberales centramericanos que, tras la convocatoria a nuevas elecciones desde Granada, ya no creyeron más en que los filibusteros eran sólo un apoyo militar contra los conservadores; las oligarquías centroamericanas que no estaban dispuestas a perder propiedades y fincas; las comunidades indígenas, a quienes Parker French les confiscó sus productos de autoconsumo; Costa Rica, que buscaba el control de la ruta del Tránsito; Gran Bretaña, cuyos intereses comerciales eran hegemónicos en la zona y no estaba dispuesta a ceder sus territorios en la costa Este, respaldados por los acuerdos contenidos en el Tratado Clayton-Bulwer; los capitalistas del Norte, representados por Vanderbilt, quienes habían perdido las inversiones de capital en la región por el cierre de la ruta del Tránsito; las vecinas repúblicas latinoamericanas, destacadamente Nueva Granada y Perú, que promovían condenas al expansionismo norteamericano; y, por último, España que veía con preocupación la posibilidad de que Cuba siguiera el mismo camino que

Nicaragua.

Fuera de este bloque anti-filibustero se encontraban los Estados del Sur, cuyos intereses concentra la figura de Pierre Soulé (sus rivales en Lousiana, los senadores Benjamin y Slidell, promovían la construcción de un canal en el istmo de Tehuantepec, México <sup>121</sup>). Estos aliados no podían respaldar con fuerza al gobierno de Walker debido a que la ruta del Tránsito permanecía cerrada y porque su situación dentro de la Unión se tornaba cada vez más defensiva.

Por otro lado, la opinión pública de San Francisco, Nueva Orleáns y Nueva York, tendió a bajar su entusiasmo en vísperas de una guerra civil dentro de los Estados Unidos y había dudado de Walker por lo menos en tres momentos: cuando nombró a Parker French como representante en Washington (la prensa hizo circular una historia sobre el pasado de French, en la que dejaba a su suerte a unos gambusinos en el desierto de Sonora), cuando enajenó propiedades estadounidenses en el *affaire* Vanderbilt y, cuando De Goicuría exhibió aquellas instrucciones en las que llamaba a los Yanquis, "cantadores de salmos".<sup>122</sup>

Así que, cuando se desató la guerra anti-filibustera, Walker presintió el final de su proyecto esclavista en Centroamérica. Estaba en una posición que se asemejaba cada vez más al discurso que dirigió a sus tropas tras la guerra contra Costa Rica:

Déjenme tratar de ubicarlos frente a la grandeza moral de la posición que ocupamos. Estamos solos en el mundo, sin un gobierno amistoso que puede siquiera brindarnos sus simpatías, mucho menos ayuda. No tienen nada que los apoye en esta lucha sino la conciencia de la justeza de nuestra causa.<sup>123</sup>

### 3.4 El final del proyecto de William Walker

Los pormenores de la "guerra nacional" contra Walker no resultan relevantes para los fines de este ensayo. Han sido descritos con todo detalle por diversos autores latinoamericanos.<sup>124</sup> Sólo diremos que el episodio más importante de

esa guerra fue el sitio que las fuerzas aliadas, al mando del general guatemalteco Zavala, le pusieron a Walker en Granada y la decisión de éste de incendiarla, lo que motivó la indignación de todos los conservadores.

Nos referiremos, en cambio, a la correspondencia exacta entre los intereses del bloque anti-filibustero y las fuerzas militares que penetraron a Nicaragua: los capitalistas del Norte de los Estados Unidos, Costa Rica y Gran Bretaña, por un lado; y, por el norte de Nicaragua, los ejércitos aliados de Centroamérica.

En la toma de la ruta del Tránsito, encontramos al ejército de Costa Rica, los representantes de Vanderbilt y Gran Bretaña. Hacia finales de noviembre de 1856, dos agentes de Vanderbilt llegaron a negociar un acuerdo militar con el Presidente Mora. Ellos eran: el norteamericano Sylvanus Spencer, accionista de la *Accessory Transit* y el británico William R.C. Webster. Éste último, al mismo tiempo que representaba a Vanderbilt, había sido enviado por la corona británica para coordinar operaciones militares con el Capitán Cauty, el oficial en jefe de la marina británica en Costa Rica.<sup>125</sup> Su acuerdo era previsible: mientras los aliados salvadoreños, guatemaltecos y hondureños tomaban Nicaragua por el Norte, Costa Rica, los marineros británicos y el dinero de Vanderbilt tomarían la ruta interoceánica.

Para esta fecha, Vanderbilt había doblegado a Garrison y Morgan con la reinstauración de la ruta de Chagres, departamento de Panamá. No sólo no habían podido competir en la guerra de precios desatada por Vanderbilt, sino que la situación en Nicaragua descrita por los diarios neoyorquinos proclives a Vanderbilt y a los capitalistas del Norte, había casi extinguido la demanda de viajes a través del istmo nicaragüense.<sup>126</sup> La ruta había permanecido intermitentemente cerrada a partir de la toma de Rivas por Costa Rica. En estas condiciones, Garrison y Morgan enviaron una carta a Walker en la que le avisaban que habían abandonado la pretensión de luchar contra Vanderbilt y que dejaban, desde ese momento, de apoyarlo con barcos de vapor.<sup>127</sup>

Reducido a una sitiada ciudad de Rivas, Walker resistió la embestida de las fuerzas aliadas el 11 de abril de 1857, pero dos factores provocaron su rendición: una epidemia de cólera que enfermó a doscientos veinticuatro de los

ochocientos soldados disponibles<sup>128</sup> y el cambio en el ultimátum del Presidente Mora a los filibusteros. Esto resulta importante para la rendición de Walker. Como se recordará, Rafael Mora, el presidente conservador de Costa Rica, había comenzado las hostilidades con la amenaza de "fusilar a todo norteamericano que sea encontrado con armas en la mano". Frente al enemigo sitiado, Mora tomó la decisión de ofrecer a los filibusteros que desertaran y entregaran sus armas, la posibilidad de embarcarse en los vapores de Vanderbilt y regresar a los Estados Unidos, sin menoscabo de su integridad física. Con esta nueva medida de Costa Rica, Walker perdió un promedio de veinte hombres diarios durante el sitio de Rivas<sup>129</sup>, el 55 por ciento del total que concentró ahí.<sup>130</sup>

En toda la expedición a Nicaragua, Walker tuvo dos mil quinientos dieciocho soldados. Se calcula que alrededor de mil murieron en combate o de cólera; setecientos desertaron; doscientos cincuenta fueron dados de baja y ochenta cayeron prisioneros; el resto fue el que se rindió en Rivas.<sup>131</sup> En porcentajes, estos datos resultan mucho más significativos: el 34 por ciento fue muerto o herido; el cuarenta por ciento cayó en los campos de batalla o por el cólera; el 18 por ciento desertó; el diez por ciento fue dado de baja; y el cuatro por ciento fue hecho prisionero.<sup>132</sup> Es decir, casi el setenta por ciento de los filibusteros murió por las condiciones del proyecto de Walker: en batalla o por cólera.

De parte de los aliados centroamericanos, se calcula que su fuerza militar llegó a los diecisiete mil ochocientos soldados, once mil quinientos cincuenta (67 por ciento) de los cuales no eran nicaragüenses, sino de las otras repúblicas centroamericanas. El total de heridos ascendió a cinco mil ochocientos sesenta.<sup>133</sup>

Las razones de este desnivel entre las fuerzas locales de Nicaragua y los aliados centroamericanos puede entenderse en función de los procesos de cambio estructural que, con diversos ritmos, están enfrentando las repúblicas centroamericanas hacia el final de la década del 1850, con la excepción de Nicaragua. Como ya mencionamos, la expansión de diversos cultivos para el mercado externo —añil, cochinilla y café— configuró en cada país grupos

sociales ligados a la producción y comercialización de esos productos y generó intereses que reclamaban medidas gubernamentales de estímulo y estabilidad política. En Costa Rica, los cafetaleros establecidos desde la década del 1830; en Guatemala, la alianza conservadora de los burócratas y comerciantes de la capital con la Iglesia y una enorme población rural dedicada al cultivo de la cochinilla, el tinte más demandado por la industria textil británica hasta la introducción de los colores sintéticos en 1858; en El Salvador, los comerciantes urbanos que monopolizaban la comercialización de la producción añilera de los pequeños propietarios; y, por último, Honduras, cuyas maderas explotaban los ingleses y cuyas importaciones dependían absolutamente de sus buenas relaciones con Belice.

En general, el cuadro centroamericano contiene un común denominador en los años de la ofensiva contra Walker: su fuerte dependencia del comercio con Gran Bretaña:

Para 1860, casi el 60 por ciento de las importaciones guatemaltecas llegaban vía la colonia de Belice, mientras que otro 20 por ciento llegaba directamente de la Gran Bretaña. Del 20 por ciento restante, tres cuartas partes llegaban de España. La expansión de la industria textil británica era importante porque constituía el mercado para el añil y la cochinilla salvadoreños y guatemaltecos. Desde 1825, Gran Bretaña había reducido sus obligaciones (aranceles) en casi la totalidad de las exportaciones de Centroamérica: cochinilla, añil, maderas de tinte, caoba y otras maderas preciosas, cueros, caparzones de tortuga. En 1846 todos los productos centroamericanos, excepto el café, entraron en el mercado libre británico. El café, que había pasado a ser más importante que el tabaco en Costa Rica después del colapso de las exportaciones cubanas de café a mitad de los años treinta, pronto recibió trato preferencial.<sup>134</sup>

Así, las élites centroamericanas dependían de la Gran Bretaña para importar los productos que modelaban sus estilos de vida y consumo y para comercializar la producción orientada casi en su totalidad a la industria textil británica. Por ello, no es de extrañar que los gobiernos centroamericanos, cuyas bases sociales descansaban en los sectores sociales ligados a la producción primario-exportadora, respaldaran a Costa Rica en su alianza con Gran Bretaña y contra los Estados Unidos.

Por otro lado, la comparativamente escasa participación de los nicaragüenses en la guerra contra el filibusterismo de Walker resulta más compleja. Hay que recordar la poca población que Nicaragua tenía en aquella década y lo dispersas que estaban sus comunidades. Durante el periodo de inestabilidad que culminaría con la llegada de Walker a la Presidencia, la élite se refugió en la ganadería extensiva, una producción que, como ya señalamos, caracteriza la complementariedad de la economía nicaragüense con respecto a sus vecinos. Acaso este hecho alcance a explicar en alguna medida la actitud de los liberales nicaragüenses, en especial, la de Patricio Rivas: su presidencia está respaldada por los norteamericanos, pero rompe con Walker en el momento en que las demás repúblicas centroamericanas se unen a la guerra de Costa Rica.

En este momento, Nicaragua no sólo no tenía un vínculo de dependencia estrecha con Gran Bretaña, sino que estaba dividida por una disputa regionalista, más que entre proyectos distintos de nación. La movilización en Nicaragua obedecía, no a ideologías en pugna, sino a la reacción frente a medidas concretas. Así, las confiscaciones de Parker French a las comunidades indígenas en nombre del gobierno de Rivas o las licitaciones de fincas que Walker realizó contra la élite granadina fueron generando la oposición al filibusterismo, no un repentino sentido de la soberanía nacional. La fragmentación social de Nicaragua, por último, explica de otra forma lo exiguo de su participación en la guerra anti-filibustera.

Walker se rindió el primero de mayo de 1857 a la marina de los Estados Unidos. En realidad, el comandante frente al que se rindió, Charles N. Davis, tenía órdenes expresas del nuevo Presidente Buchanan de "tomar aquellos pasos que las circunstancias requieran, a fin de proteger a los ciudadanos norteamericanos".<sup>135</sup>

Sus instrucciones se debían, no sólo a la precaria situación de Walker en Rivas, sino a la combinación de los intereses del nuevo Presidente de los Estados Unidos y los de Vanderbilt. Buchanan era un expansionista al estilo de Polk —recuérdese que él firmó, junto con Soulé, el tristemente célebre "Manifiesto Ostende"— pero tenía su mirada puesta en la construcción de un canal en el istmo mexicano de Tehuantepec. Los negociadores en México, los senadores Benjamin y Slidell, tenían problemas para llegar a un acuerdo jugoso, en vista

de la penosa situación en Nicaragua, que el gobierno mexicano de Ignacio Comonfort veía como un aviso de lo que podría pasar en su caso.<sup>136</sup> Buchanan decidió darle una salida a ese conflicto y ayudar, así, a destrabar las conversaciones con México.

Vanderbilt, por otro lado, quería obtener su concesión de la manera más rápida posible y preveía que el sitio de Rivas podría prolongarse demasiado antes de que se resolviera imponer un nuevo gobierno con quien negociar la concesión de la ruta del Tránsito.<sup>137</sup>

Debido a esa combinación de intereses, Davis llegó a Rivas, hizo que los filibusteros aceptaran la derrota, y se llevó a Walker de regreso a su país. Walker regresaría a Centroamérica en dos ocasiones más. Una, en noviembre de 1857 y, en la que perdería la vida, en 1860. Nunca más ganó una batalla debido a que, más allá de su iniciativa personal, las condiciones internas en Estados Unidos y Centroamérica y externas en las relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos habían cambiado rápidamente, imposibilitando el resurgimiento de la fiebre filibustera. No era suficiente que un solo hombre tuviera esa fiebre, se requería que su extensión e intensidad llegaran a niveles sociales.

El fin de la expedición que llevó a William Walker a la presidencia de Nicaragua lo será también del fenómeno del filibusterismo como aquí lo hemos entendido, es decir, como un movimiento que tiene su raíz en el imaginario expansivo tras la guerra de los Estados Unidos con México, que no está directamente impulsado por el gobierno federal, pero cuyos principales financiadores, propagandistas y operadores políticos les facilitan las condiciones materiales y simbólicas en San Francisco, Nueva Orleans y Nueva York.

La derrota del filibusterismo de Walker en Nicaragua será definitiva en varios sentidos. A partir de ésta, la administración de James Buchanan impulsará por vías diplomáticas la compra de Cuba y la construcción del canal transoceánico en Tehuantepec, México. Pero es importante hacer notar la diferencia: el expansionismo de Buchanan será una política del Estado norteamericano y no un arreglo de empresarios y políticos con filibusteros.

En la siguiente década, las salidas, verdaderas o no, a la crisis entre el Norte y el Sur no aparecieron, y los cuatro años de la guerra de secesión demuestran que el problema del proyecto nacional norteamericano, entre trabajo esclavo y trabajo contractual, era un asunto que se resolvería necesariamente dentro de los límites de la Unión y no con la "ayuda" de las repúblicas latinoamericanas. Tras la guerra entre los estados del Norte y el Sur, el expansionismo norteamericano tendería, cada vez más, a pasar de lo territorial a lo comercial y, más tarde, a lo financiero. El *Destino Manifesto* dejará de ser *seccionalista* y cambiará sus coordenadas hacia los designios de una sociedad basada en el capitalismo industrial y financiero.

Dentro de los principales actores del bloque anti-filibustero, la derrota de Walker acarreará nuevos procesos que se tejieron en la guerra misma. Uno de ellos fue la consolidación en Nicaragua de la oligarquía conservadora, a través de treinta años de presidencias legitimistas y, por medio de la instauración de un modelo primario-exportador que descansaba sobre el cultivo cafetalero y ligaba a Nicaragua al resto de Centramérica y al mercado capitalista.

Tras la derrota de Walker, los dos principales líderes de las facciones regionalistas, Máximo Jerez, de León y Tomás Martínez, de Granada, firmaron un pacto por el cual se cambió la capital a Managua (1857), y se instauró una nueva constitucionalidad (1858) que le permitiría a los conservadores quedarse en el poder, por medio de elecciones restringidas a los propietarios, hasta 1909.

Al ser vistos como los responsables de haber traído a Walker a Nicaragua, los liberales tuvieron que enfrentar durante todos estos años las consecuencias de su invitación. Todavía en el tercero y último intento de Walker por regresar a Centroamérica, Cabañas lo ayudó en la isla del Tigre, horas antes de que la marina británica entregara a Walker a Santos Guardiola para que lo fusilara (1860). En la conspiración liberal de Jerez, Cabañas y Victoriano Barrios en El Salvador, la debilidad de la causa demócrata tras la derrota de Walker es tal, que, de nueva cuenta, Carrera invade El Salvador e impone a Francisco Dueñas en la presidencia. Cabañas, junto con Barrios, terminarán sus días frente a un pelotón de fusilamiento salvadoreño.

Será la caída en picada de la demanda internacional de tintes y el cambio hacia

otra tipo de producción lo que minaría las bases sociales del conservadurismo en Centroamérica y traería consigo las revoluciones liberales de la década del 1870. Sólo en Nicaragua, en donde el rencor contra los liberales por haber recurrido a Walker no se olvidaba, éstos quedaron rezagados en sus tareas históricas.

Pero es en estos años que Nicaragua comienza un proceso inverso al de la década de los años cuarenta y cincuenta del siglo XIX: la integración nacional. Las migraciones internas que trajo consigo la guerra anti-filibustera generaron cierta conciencia de pertenencia nacional. En los nueve años de la presidencia de Tomás Martínez, se consolidó un ejército nacional y se impulsó la educación generalizada. Estos dos elementos darían un fuerte impulso a la idea de una nacionalidad que interpeló, cada vez más, a una mayor cantidad de poblaciones. Pero el mayor empuje vino de la expansión de la frontera agrícola que provocó la estructuración de la economía alrededor del cultivo del café. De esta forma, una nueva oligarquía agro-comercial se expandía a costa de los baldíos y las comunidades indígenas, cuya inserción en la economía debía darse en forma de peonaje.

Los estados centroamericanos vecinos no resultaron realmente beneficiados con la guerra anti-filibustera. Si bien Costa Rica alcanzó a reclamar su posesión de la fortaleza de El Castillo y del puerto lacustre de San Carlos, sólo consiguió la primera, por un periodo de veinte años. Cómo llegó a ese resultado es un proceso que incluye una disputa entre las fuerzas vencedoras en el conflicto, pero cuyo temor frente a la segunda aparición de Walker, precipita el acuerdo.

El General costarricense Cañas pretendió crear una nueva nación en los departamentos nicaragüenses de Rivas, Guanacaste y el Río San Juan pero, para ello, requirió la ayuda de Vanderbilt, a cambio de otorgarle la concesión tan esperada. Pero, con los intereses generados en la guerra anti-filibustera, todo se complicó: en espera de aquella concesión estaban H.G. Stebbins y Joseph L. White de la *Atlantic and Pacific Ship Canal Company*; la conocida *Accessory Transit* de Vanderbilt; y Morgan y Garrison que había regresado exhibiendo su contrato con el depuesto Walker.

Vanderbilt trató de maniobrar para que el nuevo representante del nuevo

gobierno de coalición nicaragüense. Irisarri, que también lo era de El Salvador y Guatemala, renunciara a favor del General Cañas, pero Buchanan se apresuró a darle el beneplácito a Irisarri, al día siguiente de la rendición de Walker. Irisarri firmó un contrato sobre la ruta del Tránsito con Stebbins y White y presentó al nuevo gobierno nicaragüense un tratado por el que Nicaragua se comprometía a tener la ruta abierta y neutral y concedía a los Estados Unidos "emplear fuerzas militares destinadas a proteger pasajeros y carga que se transportasen por la ruta".<sup>138</sup> Ese tratado de Irisarri con el gobierno de Buchanan fue rechazado por Nicaragua y eso abrió las expectativas de Vanderbilt de que ahora Estados Unidos negociara con Costa Rica y el General Cañas.

Pero, ante el rechazo de Nicaragua a entregar a Costa Rica la fortaleza de San Carlos en el Lago, el Coronel Cauty sitió el lugar de la disputa. Una vez absuelto por el jurado federal norteamericano, Walker volvió a Punta Castilla en noviembre de 1857. La posibilidad de otra guerra anti-filibustera reunió a los bandos, Walker fue arrestado por el marino norteamericano Paulding y, al día siguiente, Costa Rica y Nicaragua firmaron el mencionado acuerdo fronterizo sobre El Castillo.<sup>139</sup>

Este hecho constituye otra de las definitividades de la derrota de Walker: la urgencia que el filibusterismo tiene por dotar de una salida a la crisis Norte-Sur en los Estados Unidos, le hace regresar cuando todavía existen en la zona las fuerzas y actores del bloque anti-filibustero. A pesar de sus intereses contrapuestos, este bloque se reagrupa en cuanto llega su enemigo común. Esa dinámica sólo la romperá el cambio económico en Centroamérica y la nueva inserción oligárquica que le acompaña. Pero eso sucederá cuando la causa esclavista está siendo derrotada en Estados Unidos y Walker descansa en una tumba sin nombre.

Gran Bretaña, que siguió una política casi secreta en sus relaciones con Costa Rica y los Estados Aliados, aceptó pactar terminando la guerra en relación a sus posesiones en la Costa Este. Para 1860, las fronteras de Belice se definieron a la satisfacción de los Estados Unidos. Honduras recuperó las Islas de la Bahía y Nicaragua y Honduras obtuvieron el reconocimiento

internacional de su soberanía sobre el territorio de los indios mosquitos. Greytown o San Juan del Norte readquirió su estatus de puerto libre.<sup>140</sup> Con estos acuerdos se cerró una parte de las posibles controversias que podían permitir la ingerencia de nuevas expediciones filibusteras.

Pero quizás el dato más relevante para el fin definitivo del filibusterismo como movimiento, y no como obra de una persona, es el destino de la ruta del Tránsito. En la disputa por controlarla, Vanderbilt, Garrison y Morgan acabaron retirándose. Después de forcejear durante años, Vanderbilt obtuvo la concesión de nuevo el 8 de marzo de 1858. Inmediatamente, Vanderbilt aceptó un soborno de cincuenta y seis mil dólares de la *Pacific Mail Company* de Panamá para no reabrir el tránsito en Nicaragua.<sup>140</sup> El financiero neoyorquino sabía el futuro que le esperaba a esa ruta, marcada ya por las continuas guerras que suspendían el tráfico. La apuesta de Buchanan era Tehuantepec y la de los capitalistas del Norte era Panamá. Además, la construcción de la línea del ferrocarril transcontinental en los Estados Unidos cambiaba las perspectivas de lucro. Y el capital, lo sabía más que nadie Vanderbilt, cambiaría en pocos años el rostro de Norteamérica.

Así, el carácter y las condiciones del filibusterismo de William Walker acabaron por pertenecer a otro mundo. En unos años más, los Estados Unidos aplicarían una política desde el Estado tendiente a influir comercialmente en el continente americano. El esclavismo expansivo de los Estados del Sur desaparecería gradualmente tras su derrota militar y política en la Guerra de Secesión y los Estados centroamericanos pasarían a formar parte del mercado mundial con un tipo de inserción capitalista primario-exportadora y oligárquica, que mantendría gobiernos más estables y con proyectos nacionales claros. La opinión pública norteamericana abandonaría el entusiasmo por sus filibusteros y vería encarnaciones sucesivas de sus "pioneros" en sus propias instituciones militares. Las condiciones históricas y el imaginario social cambiarían de tal forma que el filibusterismo no resurgiría más.

## Notas

- 1 William Walker, *op. cit.*, p. 29.
- 2 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 91.
- 3 William Walker, *op. cit.*, p. 253.
- 4 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 111.
- 5 *Ibid.*
- 6 *Ibid.*
- 7 *Ibid.*, p. 116.
- 8 Robert E. May, *op. cit.*, p. 93.
- 9 *Ibid.*
- 10 William O. Scroggs, *op. cit.*, pp. 93 y 94.
- 11 *Ibid.*, p. 95.
- 12 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 119.
- 13 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 105.
- 14 *Ibid.*, p. 106.
- 15 *Ibid.*
- 16 *Ibid.*, p. 107.
- 17 *Ibid.*, p. 112.
- 18 *Ibid.*, p. 107.
- 19 *Ibid.*, p. 109.
- 20 *Ibid.*, p. 111.
- 21 *Ibid.*, p. 113.
- 22 *Ibid.*, p. 115.
- 23 William Walker, *op. cit.*, p. 66.
- 24 *Ibid.*, p. 39.
- 25 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 119.
- 26 *Ibid.*, p. 120.
- 27 *Ibid.*

- 28 Véase: Ricardo Dueñas Van Severen, *La invasión filibustera de Nicaragua y la guerra nacional*, San Salvador, Centro de Estudios Centroamericanos, 1959, 230 pp.
- 29 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 121.
- 30 William Walker, *op. cit.*, p. 124.
- 31 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 123.
- 32 Comisión de Investigación Histórica de la Campaña de 1856-57, *Documentos relativos a la guerra contra los filibusteros*, San José, CIHD, 1956, p. 351.
- 33 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 125.
- 34 *Ibid.*, p. 126.
- 35 *Ibid.*, p. 127.
- 36 *Ibid.*, p. 129.
- 37 *Ibid.*, p. 130.
- 38 Comisión de Investigación Histórica de la Campaña de 1856-57, *op. cit.*, p. 297.
- 39 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 133.
- 40 *Ibid.*
- 41 *Ibid.*, p. 136.
- 42 Jaime Wheelock Román, *Raíces indígenas de la lucha anticolonialista en Nicaragua*, México, Siglo XXI, 1980, p. 106.
- 43 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 137.
- 44 Ver: Alejandro Hurtado Chamorro, *op. cit.*
- 45 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 138.
- 46 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 120.
- 47 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 140.
- 48 *Ibid.*, p. 139.
- 49 *Ibid.*, p. 148.
- 50 *Ibid.*
- 51 David I. Folkman, *op. cit.*, p. 112.

- 52 *Ibid.*
- 53 *Ibid.*, p. 113.
- 54 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 158.
- 55 *Ibid.*, p. 160.
- 56 *Ibid.*, p. 161.
- 57 Comisión de Investigación Histórica de la Campaña de 1856-57, *op. cit.*, pp. 389-392.
- 58 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 173.
- 59 Rodolfo Pastor, *op. cit.*, p. 180.
- 60 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 172.
- 61 *Ibid.*, p. 175.
- 62 *Ibid.*, p. 176.
- 63 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 182.
- 64 *Ibid.*, p. 183.
- 65 *Ibid.*, p. 182.
- 66 Robert E. May, *op. cit.*, p. 78.
- 67 Ciro F.S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Centroamérica y la economía occidental (1520-1930)*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1986, p. 151.
- 68 *Ibid.*, p. 156.
- 69 *Ibid.*, p. 162.
- 70 *Ibid.*, p. 177.
- 71 *Ibid.*, p. 178 y 179.
- 72 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 187.
- 73 Comisión de Investigación Histórica de la Campaña de 1856-57, *op. cit.*, p. 114.
- 74 *Ibid.*, p. 383.
- 75 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 187.
- 76 William Walker, *op. cit.*, p. 174.
- 77 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 191.
- 78 *Ibid.*, p. 192.

- 79 *Ibid.*, p. 191.
- 80 *Ibid.*, p. 193.
- 81 William Walker, *op. cit.*, pp. 175 y 176.
- 82 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 193.
- 83 Robert E. May, *op. cit.*, p. 102.
- 84 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 201.
- 85 *Ibid.*, p. 205.
- 86 *Ibid.*, p. 206.
- 87 *Ibid.*, p. 208.
- 88 *Ibid.*, p. 210.
- 89 William Walker, *op. cit.*, p. 222.
- 90 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 189.
- 91 *Ibid.*, p. 190.
- 92 William Walker, *op. cit.*, p. 247.
- 93 *Ibid.*, pp. 250-251.
- 94 *Ibid.*, p. 250.
- 95 *Ibid.*, p. 252-253.
- 96 *Ibid.*, p. 253-254.
- 97 *Ibid.*, p. 254.
- 98 *Ibid.*, p. 250-251.
- 99 *Ibid.*, p. 249.
- 100 *Ibid.*, p. 255.
- 101 *Ibid.*, p. 254.
- 102 Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 191.
- 103 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 216.
- 104 William Walker, *op. cit.*, p. 243.
- 105 *Ibid.*, p. 244.
- 106 William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 218.
- 107 *Ibid.*, p. 217.
- 108 *Ibid.*

- Ibid.*, p. 218.
- <sup>110</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 193.
- <sup>111</sup> *Ibid.*
- <sup>112</sup> Robert E. May, *op. cit.*, p. 83.
- <sup>113</sup> *Ibid.*
- <sup>114</sup> William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 227.
- <sup>115</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 195.
- <sup>116</sup> William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 229.
- <sup>117</sup> *Ibid.*
- <sup>118</sup> *Ibid.*, p. 232.
- <sup>119</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 195.
- <sup>120</sup> William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 234.
- <sup>121</sup> Robert E. May, *op. cit.*, p. 106.
- <sup>122</sup> *Ibid.*
- <sup>123</sup> William Walker, *op. cit.*, p. 181.
- <sup>124</sup> Véase: Virgilio Rodríguez Beteta, *Trascendencia nacional e internacional de la guerra de Centroamérica contra Walker y sus filibusteros*, Guatemala, Editorial Ejército, 1965; Gregorio Selser, *Nicaragua: de Walker a Somoza*, México, Mex-Sur, 1984; Héctor Pérez Brignoli, *Breve historia de Centroamérica*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1989; Rodolfo Pastor, *Historia de Centroamérica*, México, El Colegio de México, 1989.
- <sup>125</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 214.
- <sup>126</sup> David I. Folkman, *op. cit.*, p. 76.
- <sup>127</sup> Albert Z. Carr, *op. cit.*, p. 215.
- <sup>128</sup> *Ibid.*, p. 216.
- <sup>129</sup> *Ibid.*, p. 217.
- <sup>130</sup> William O. Scroggs, *op. cit.*, p. 314.
- <sup>131</sup> *Ibid.*, p. 319.
- <sup>132</sup> *Ibid.*
- <sup>133</sup> *Ibid.*, p. 220.

- 134 Leslie Bethell (ed.) *Historia de América Latina. América Latina independiente, 1820-1870*, Barcelona, Cambridge University Press-Editorial Crítica, Serie Mayor, 1991, p. 166.
- 135 Albert Z. Carr. *op. cit.*, p. 218.
- 136 *Ibid.*
- 137 *Ibid.*
- 138 William O. Scroggs. *op. cit.*, p. 371.
- 139 *Ibid.*, p. 372.
- 140 Robert E. May. *op. cit.*, p. 104.
- 141 William O. Scroggs. *op. cit.*, p. 379.

## Conclusiones

La expedición filibustera que llevó a William Walker a la Presidencia de Nicaragua se dió en un punto de quiebre en la historia de las relaciones de Estados Unidos con sus vecinos latinoamericanos. Como hemos señalado a lo largo de esta tesis, las condiciones que posibilitaron el carácter esclavista y anexionista de la empresa de Walker variaron en el transcurso de su invasión, generando su propia extinción. En primer término, la red de intereses dentro de los Estados Unidos hacia la expansión territorial iría cambiando aceleradamente en el camino hacia la guerra de secesión: la conquista de nuevas tierras "no cultivadas" o que constitufan un elemento de la "seguridad" de los Estados Unidos pasaron de ser un factor de interés nacional a ser una preocupación de uno de los sectores de la Unión Americana, los plantadores del Sur. El clima de apoyo que engendró al filibusterismo como una empresa privada aliada a funcionarios federales, periodistas, plantadores y autoridades civiles, se vió, en pocos años, opacado por la agudización y polarización de la disputa entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos. El Norte dejó de apoyar la expansión territorial por medios filibusteros, entre otras razones, porque su proyecto de desarrollo industrial requería más de mercados e inversiones que de tierras cultivables. Sólo los intereses del Sur, cuyos capitales estaban atados a la posesión de tierras y esclavos, podría haber sostenido el filibusterismo, pero, dada la polarización entre abolicionistas y esclavistas, su margen de maniobra se empezó a reducir con rapidez. Como hemos revisado, la "táctica" expansiva utilizada en Texas, nunca volvió a rendir frutos. De hecho, los sucesivos presidentes de los Estados Unidos utilizaron a los filibusteros como factores de presión en negociaciones expansivas, pero nunca tomaron las determinaciones precisas para sostener sus aventuras. En este sentido, y dada la creciente hipersensibilidad de la opinión pública hacia cualquier acción del gobierno federal que favoreciera al Sur o al Norte, la política del gobierno norteamericano hacia los filibusteros fue siempre de "dejar hacer y dejar pasar". Utilizados como factor de presión, los filibusteros casi siempre acababan por convertirse en un obstáculo para las negociaciones de

concesiones transocéanicas, y, entonces, se les combatía con declaraciones y con la aplicación, siempre desigual, de la Ley de Neutralidad.

Los cambios que la disputa entre desarrollo agrícola e industrial generaron al interior de la Unión Americana imposibilitarían que los apoyadores del filibusterismo compraran tierras en Nicaragua y llevaran esclavos africanos hasta ahí, violentando las disposiciones de su propio país y de Inglaterra en la región.

Aislados dentro de la Unión, los esclavistas del Sur interesados en resguardar "la institución peculiar" también se vieron aislados en la zona: en México, el triunfo de la revolución liberal contra Santa Anna llevaría a un periodo de definiciones cruciales que tendría que pasar la prueba de la invasión francesa, precisamente en el momento en que los Estados Unidos se hallaban en la disputa secesionista. De hecho, los liberales mexicanos recibieron el apoyo norteamericano con las fuerzas de Napoleón III. En Centroamérica la guerra "anti-filibustera", llamada después "Guerra Nacional", había consolidado un grupo menos inestable que gravitaba en torno a los productos de exportación hacia Gran Bretaña y los regímenes conservadores que salieron fortalecidos de la empresa de Walker. Los dos intentos fallidos del filibustero por regresar a Centroamérica expresan claramente que ese bloque "anti-filibustero" podía dejar sus diferencias internas en función de terminar definitivamente con la amenaza de Walker. Y ello nos lleva al punto crucial del carácter y condiciones del filibusterismo de Walker en Nicaragua: a pesar de las voluntades personales de sus agentes, el filibusterismo requería del clima que Estados Unidos, México, Centroamérica y Cuba vivieron desde la posguerra mexicana hasta el inicio de la guerra de secesión norteamericana. Con la visible condena de los capitalistas industriales norteamericanos a la esclavitud sureña se terminaba también un imaginario peculiar, el *Destino Seccionalista*, cuyo interés se asemejaba al de los "pioneros" del puritanismo: el cultivo de la tierra, como designio de Dios, la ocupación expansiva de Su reino, el desprecio racial a la mezcla, la exportación de sus instituciones. De ningún modo se extinguió en la opinión pública el imaginario del *Destino Manifiesto*, sino que se conformó al modelo del Norte: garantizar la democracia y las inversiones norteamericanas en el mundo. Se hace impensable la "exportación"

del esclavismo como institución norteamericana y con ello se termina el filibusterismo.

En el terreno centroamericano y mexicano, las invasiones extranjeras a petición de una facción interna pierden su legitimidad: en vez de producir un desenlace entre grupos internos en discordia, se acaban convirtiendo en guerras internacionales y ello consolida la "conciencia nacional" y la preocupación por la soberanía. Con el cambio norteamericano de la expansión territorial a la expansión comercial y financiera, los vecinos latinoamericanos generaron en su interior un discurso político anti-norteamericano, al mismo tiempo que establecerán alianzas de orden económico —sobre todo en concesiones para desarrollar los transportes— con el país industrial que salió de la guerra de secesión. De ese momento, las intervenciones norteamericanas se convertirán en políticas desde el Estado y por la protección de sus intereses económicos.

Así, William Walker quedó fuera de la historia. Su gran proyecto de evitar un enfrentamiento militar entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos, a través de la instauración de un "imperio" esclavista en Centroamérica, se desvaneció en el reagrupamiento interno que cada país sufrió en su interior. Como agente histórico operó dentro de una transición histórica cuyos puentes no estaban aún definidos; cuando los procesos con viabilidad histórica se clarificaron —la revolución industrial y financiera en Estados Unidos y los arreglos liberales en México y en la mayor parte de Centroamérica— él ya estaba muerto. Es muy probable que nunca supiera explicarse por qué su proyecto había fracasado en tan poco tiempo.

## Bibliografía

Alegría, Claribel y Flakoll, D.J., *Nicaragua: la revolución sandinista. Una crónica política, 1855-1979*. México, Serie Popular ERA, 1982.

Alemán Bolaños, Gustavo. *Centenario de la guerra nacional de Nicaragua contra Walker*, Guatemala, Tipografía Nacional, 1956.

Bethell, Leslie (ed.). *Historia de América Latina. América Latina independiente, 1820-1870*, Barcelona. Cambridge University Press-Editorial Crítica, 1991.

Bosch García, Carlos. *Problemas diplomáticos del México independiente*. México, Fac. Ciencias Políticas y Sociales/ UNAM, 1986.

\_\_\_\_\_, *La base de la política exterior estadounidense*, México, UNAM, 1986.

Cardoso, Ciro F.S., Pérez Brignoli, Héctor, *Centroamérica y la economía occidental (1520-1930)*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1986.

Carr, Albert Z., *The World and William Walker*, West Port, Greenwood Press, 1975.

Collado, Carmen, *Nicaragua*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad de Guadalajara-Alianza Editorial Mexicana, 1988, (América Latina, una Historia Breve).

\_\_\_\_\_, et. al., *Centroamérica I*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad de Guadalajara-Nueva

Imagen, 1988, (*Textos de la Historia de Centroamérica y el Caribe*).

\_\_\_\_\_, et. al., *Centroamérica 2*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad de Guadalajara-Nueva Imagen, 1988 (*Textos de la Historia de Centroamérica y el Caribe*).

Comisión de Investigación Histórica de la Campaña de 1856-57, *Documentos relativos a la guerra contra los filibusteros*, San José, CIHD, 1956.

Chamorro, Pedro Joaquín, *Fruto Chamorro*, Managua, Editorial Unión, 1960.

Crawley, Eduard, *Nicaragua in perspective*, New York, Martin's Press, 1984.

Dueñas Van Severen, Ricardo, *La invasión filibustera de Nicaragua y la guerra nacional*, San Salvador, Centro de Estudios Centroamericanos, 1959.

Dufour, Charles L., *Gentle Tiger. The gallant life of Roberleau Wheat*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1957.

Eliot Morison Samuel, et. al., *Breve historia de los Estados Unidos*, México, FCE, 1987.

Folkman Jr., David I., *The Nicaraguan Route*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1972.

García Cantú, Gastón, *Las invasiones norteamericanas en México*. México, Era, 1971.

Gargallo, Francesca y Santana, Adalberto, *Belice: sus fronteras y destino*, México, CCyDEL/ UNAM, 1993, (*Nuestra América*, No. 32)

Garraty, John A. / McCaughey, Robert A., *The American Nation. A History of the United States*, New York, Harper & Row, 1987.

Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*. México. FCE. 1982.

Glantz, Margo, *Un folletín realizado*, México. CREA-FCE, 1985.

Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América latina*. México. Alianza Editorial, 1987.

Hurtado Chamorro, Alejandro, *William Walker. Ideales y propósitos*. Granada, Academia Nicaragüense de la Lengua, 1965.

Láscaris, Constatino, *Historia de las ideas en Centroamérica*. San José, EDUCA, 1970.

Masis Rojas, Teresa, *Breve introducción para el estudio de la guerra contra los filibusteros, 1856-57*, San José, Imprenta Atenas, 1956.

May, Robert E., *The Southern Dream of a Caribbean Empire, 1854-1861*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1976.

Merk, Frederick, *Manifest Destiny and Mission in American History*, New York, Knopf, 1963.

Ortega y Medina, Juan A., *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Alianza-Editorial Mexicana-CNCA, 1989.

\_\_\_\_\_, "La imagen del indio en la conciencia norteamericana", ponencia presentada en la VIII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, San Diego, octubre 1990 (*mimeo*).

Pastor, Rodolfo, *Historia de Centroamérica*, México, El Colegio de México, 1988.

Pérez Brignoli, Héctor. *Breve historia de Centroamérica*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1989.

Perkins, Dexter, *Historia de la Doctrina Monroe*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964.

Pick, Daniel, *Faces of Degeneration. A European Disorder, c1848-c1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Rodríguez Beteta, Virgilio, *Trascendencia nacional e internacional de la guerra de Centroamérica contra Walker y sus filibusteros*, Guatemala, Editorial Ejército, 1965.

Rodríguez, Javier, *Cuba*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad de Guadalajara-Alianza Editorial Mexicana, 1988, (América Latina, una Historia Breve).

\_\_\_\_\_, *Cuba 1*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad de Guadalajara-Nueva Imagen, 1990, (Textos de la Historia de Centroamérica y el Caribe).

\_\_\_\_\_, *Cuba 2*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad de Guadalajara-Nueva Imagen, 1990, (Textos de la Historia de Centroamérica y el Caribe).

Rudolph, James D., *Nicaragua: a country study*, Washington, D.C., Government Print Office, 1982.

Santana, Adalberto, *El pensamiento de Francisco Morazán*, México, CCyDEL/UNAM, 1992, (500 Años Después, no. 14).

Scroggs, William O., *Filibusteros y financieros*, Managua, Banco de América,

1975.

Selser, Gregorio, *Nicaragua: de Walker a Somoza*, México, Mex-Sur, 1984.

Soto Valenzuela, Marco Antonio, *La Guerra Nacional de Centroamérica*, Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1975.

Suarez Argüello, Ana Rosa, *Un duque norteamericano para Sonora*, México, CNCA, 1987.

Taracena Arriola, Arturo, "Reflexiones sobre la Federación Centroamericana, 1823-1840", en *Revista de Historia*, , no. 2, vol 1., Managua, Instituto de Historia de Nicaragua, 1992-1993.

Vázquez, Josefina Zoraida y Meyer, Lorenzo, *México frente a Estados Unidos. (Un ensayo histórico, 1776-1993)*, México, FCE, 1994, (tercera edición, corregida y aumentada).

Weber, Eugen, "Blemishes in the breed?", en *Times Literary Supplement*, march 30-april 5, London, The Times Supplements Limited, 1990.

Weinberg, Albert, *Destino Manifiesto: el expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

Wheelock, Jaime, *Raíces indígenas de la lucha anticolonialista en Nicaragua*, México, Siglo XXI, 1980.

\_\_\_\_\_, *Imperialismo y dictadura. Crisis de una formación social*, México, Siglo XXI, 1975.

Walker, William, *La guerra en Nicaragua*, San José, EDUCA, 1970.

Woodward Jr., Ralph Lee. "William Walker and the history of Nicaragua in the XIXth Century", en *Latin American Research Review*, no. 15, vol. 1. Austin, Texas University Press. 1980

Yáñez, Agustín. *Santa Anna. Espectro de una sociedad*. México, Ediciones Océano, 1982.

Zea, Leopoldo (coordinador), *América Latina en sus ideas*. México. UNESCO-Siglo XXI. 1986.